

el Buscón

Valdés: ¿QUIEN TEME A LA CRISIS?

♣ Bellingeri: EL ULTIMO ZAPATISMO
LA CLASE OBRERA NO VA AL

PARAISO: González Rojo ♣

♣ UNA CANCION REZO POR TI
canta Victor Roura ♣

3
1983
MARZO-ABRIL



SAN JUAN
PARANGARICUTIRO

Un ensayo-testimonio
inédito de

VICTOR
SERGE



GRAFICA
LA COCINA

● VAZQUEZ ● MOLINA ● GUTIERREZ
L. AZCARATE ● SOLER ● LOPEZ

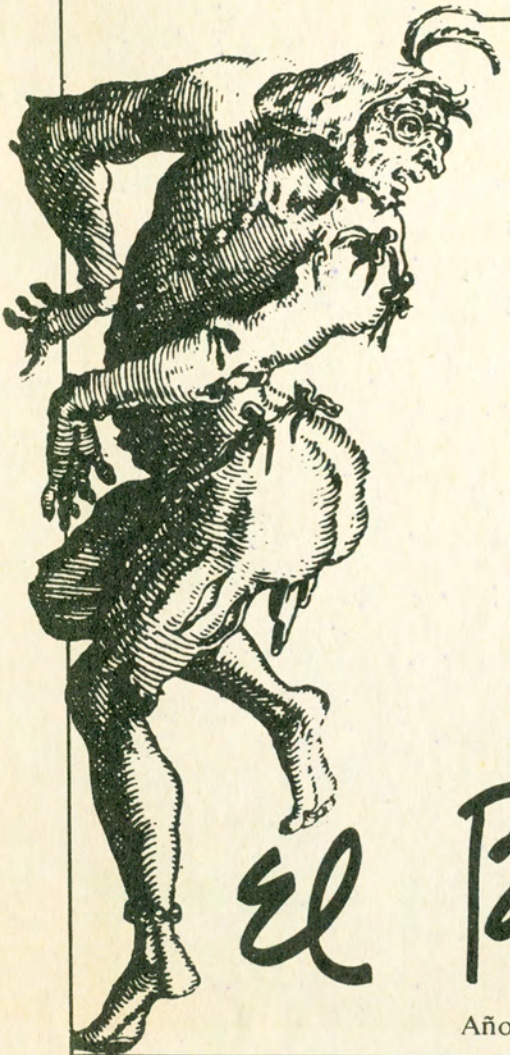
APLAUDIDOS
Y HUMILLADOS

por

Adolfo CASTAÑON

CAROLIA PAN 3 dibujos
y un texto de COMESAÑA Y AGUA

3



el Buscón

Año I - marzo/abril 1983 - No. 3

DICE

IN

El Buscón Ilustrado <i>Marcos Limenes</i>	5
¿Quién teme a la crisis? <i>Francisco Valdés</i>	7
Rubén Jaramillo: el último zapatismo <i>Marco Bellingeri</i>	17
Aplaudidos y humillados <i>Adolfo Castañón</i>	27
La vía intelectual al poder <i>Enrique González Rojo</i>	43
Ciencia que te quiero ciencia <i>Antonio Lazcano</i>	63
Carolia pan y agua <i>Mariángeles Comesaña</i>	(poster)
Poemario <i>Alicia García, Antonio López, Eduardo Vázquez</i>	75
Una canción cada mañana rezo por ti <i>Víctor Roura</i>	85
La pequeña Amaranta <i>Pablo Soler</i>	94
El sueño de los peces (obra poética en un acto) <i>Leonor Azcárate</i>	97



San Juan Parangaricutiro
Victor Serge 115

TIEMPOS BIZARROS:

Desbalance de una fracción
parlamentaria
Luis Gutiérrez 156

¿Jugamos a los desencantados?
(continuación)
Javier Molina 162

Contra la ley *Simpson-Mazzoli* 165

REBUSCONADAS:

Diccionario Británico del Zoocialismo 171

Página de Zoociales
Javier Guerrero 182

ABRAMOS LAS VENTANAS

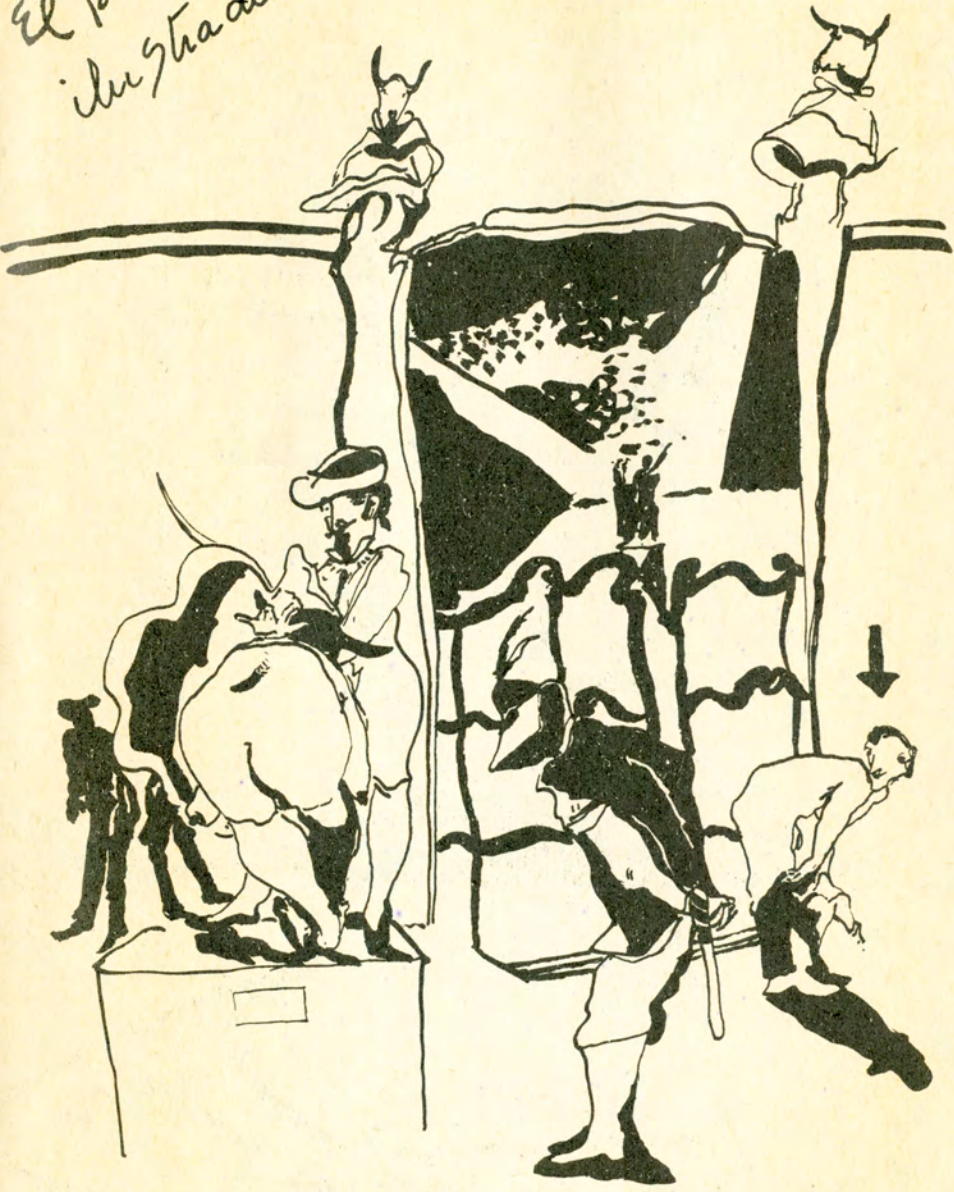
Dirección: Ilán Semo. **Dirección Editorial:** Francisco Valdés. **Secretario de Redacción:** Gilberto Meza. **Redacción:** Mariángeles Comesaña, Christopher Domínguez, Daniela Grollova, Javier Guerrero, Alejandro Rozado, Juan Manuel Sandoval, Martha Singer. **Diseño y portada:** María Shelley. **Información:** Leopoldo Michel. **Producción:** Abraham Zúñiga. **Relaciones Públicas:** Maika Calvo. **Consejo Editorial:** Elvira Concheiro, Luciano Concheiro, Olac Fuentes, Angel Mercado, Enrique Montalvo, Carlos Payán, Gilberto Rincón Gallardo, Enrique Semo, Maribel Solei, Liberato Terán. **Consejeros:** Gerardo Bracho, Sergio de la Peña, Katy Eibenschutz, Felipe Ehrenberg, Eduardo González, Elsa Gracida, Gilberto Guevara, Carlos Maya, Eduardo Montes, Abraham Nuncio, Francisco José Paoli, María Luisa Puga, José Luis Rhi Sausi, Víctor Manuel Toledo. **Distribución en el D.F. en locales cerrados:** Tatewari, Editores.

Aparece bimestralmente. Oficinas: Jojutla 37-1, Tlalpan, México, D.F., Tels. 573-41-61, 553-54-40. Suscripciones y correspondencia: Apartado Postal 21-893, Col. Coyoacán, Delegación Coyoacán, 14000, México, D.F.

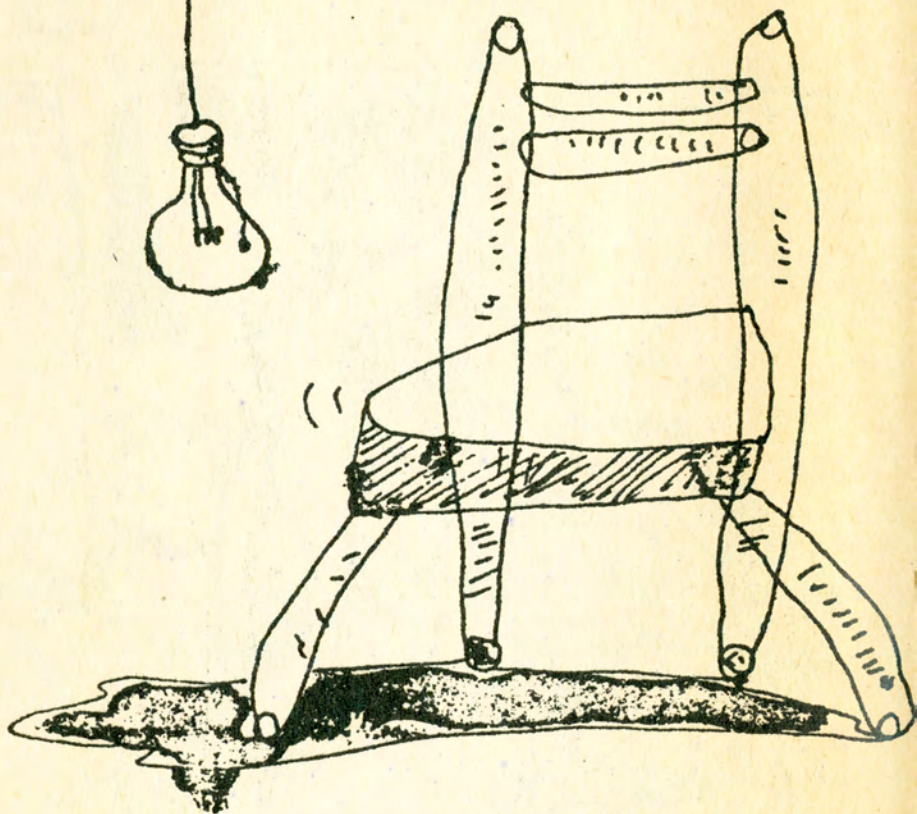
La revista *El Buscón* es una publicación de *Letrofilia, A.C.* Registro en trámite. *El Buscón* tiene los derechos reservados sobre los materiales que publica, pero autoriza su reproducción parcial o total, siempre que se haga con fines no comerciales y previa notificación a la redacción de la revista. Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores y los no firmados de la redacción. Títulos y subtítulos a cargo de la redacción.

Precio \$115.00. Suscripción en el D.F. por un año \$1.000.00. Suscripción en provincia \$1,200.00, en el extranjero 30.00 Dlls.

el Buscón
ilustrado



díglas cosas indebidas



indebidas mi amor, como para acostarte

Después de

La Expropiación Expropiada...



¿Quién teme
a la crisis?



Había un país
donde el Estado
se hacía grandote,
se hacía chiquito...



Como en otras ocasiones de su historia la sociedad mexicana ha vuelto al estupor que producen el fracaso, la decepción y el cinismo. Y no podía ser de otra manera. A esta situación la han conducido las políticas empeñadas en salvar al Estado de la crisis reproduciendo el reformismo que acompañó a su fundación y la orientación capitalista a la que indefectiblemente se ha debido.

Después de los años en los que el gobierno endureció progresivamente su postura frente a las demandas populares, vinieron los de los intentos por recuperar la credibilidad perdida, ajustando las formas de dominio a las nuevas situaciones que el desarrollo trajo consigo. Luego, la promesa de que la crisis de mediados de la década anterior podía superarse mediante un programa de control de los salarios, garantías a la inversión y reordenamiento económico con base en la extracción y venta de petróleo. Hoy, después de presenciar los resultados catastróficos de estas orientaciones, México se dispone —queramos o no— a afrontar las consecuencias de la crisis que está todavía por venir.

El 1º de septiembre la expropiación de la banca privada y el establecimiento del control de cambios dejaron inscrita en el Estado una profunda contradicción producida por un desplazamiento de las alianzas del bloque en el poder (ruptura del grupo gobernante con la fracción bancaria de la burguesía), que no se concretó en una reformulación real de las mismas. Esto se debe en parte, al respeto de la norma, esta vez explícita, de no llevar a cabo ninguna acción de gobierno que pudiera restringir el espacio de maniobra del siguiente régimen para desarrollar su nueva política. Sin embargo, en esta ocasión y ante la gravedad de las circunstancias del país, el Poder Ejecutivo, a pesar de las medidas decretadas, quedó atrapado entre el peso de su previa política de apoyo al capital monopolista y el vacío de poder que toda víspera sexenal lleva consigo. Una revisión atenta del periodo que siguió a la expropiación de la banca muestra el grado preciso de profundidad de la medida y sus repercusiones en las correlaciones de fuerza y las instituciones sociales y políticas.

Como en un gigantesco crisol, se fundieron las más diversas posiciones. La derecha partidaria se contagió de un afán democrático que la izquierda, por su parte, dejó escurrir entre las

fisuras y contradicciones que sus argumentos pusieron de manifiesto. La confusión, aderezada de nacionalismo provinciano, reinó; la nacionalización fue vista como una conquista “popular” pero no se vio ni se previó por ningún lado la fuerza propia de las masas que la hubiere producido, ni aquella capaz de defenderla y orientarla a satisfacer los intereses de los trabajadores. Por su parte, la burocracia gobernante y el poder legislativo se apresuraron a crear las condiciones legales y administrativas para el control efectivo de los bancos por parte del Estado: “el servicio público de banca y crédito no será objeto de concesión a particulares”, rezó el añadido que la Comisión Legislativa de Gobernación y Puntos Constitucionales introdujo en la iniciativa de Ley de JLP el 30 de septiembre. Tres meses después esta adición sería *complementada* por el derecho de los particulares a participar hasta con 34% de las acciones en la banca nacional. Moraleja: no es lo mismo *concesión* que *participación*.

Los grandes burgueses nacionales, desconcertados por el escaso apoyo nacional e internacional que pudieron recoger para la causa de los exbanqueros, se lanzaron a una ofensiva ideológica (México en la Libertad I, II, III,...) advirtiendo, risible pero firmemente, la inminente entrada de México por las puertas del socialismo (esta vez sí del *fantástico*). No obstante, su patriótico afán dejó ver, por detrás de vehementes declaraciones, el cobre de sus verdaderos intereses. Sin fuerza moral ni ideológica para recuperar lo perdido, optaron por la política de viejo sello empresarial de amagar al régimen saliente mientras buscaban acuerdos en la renovada casona de Francisco Sosa.

Mientras tanto la solución del urgente problema financiero ocupó al gobierno con la misma intensidad que la inauguración de las últimas obras del sexenio —o las que se escogieron para tal fin. Llegado el momento, el propio José López Portillo declaró que la definición de las formas de reorganización de la banca nacionalizada era una tarea correspondiente al gobierno entrante; que sus manos estaban atadas ya por una nueva política inminente. De esta forma, la nacionalización se convirtió en una verdadera “papa caliente” para el nuevo Presidente.

Entre la nacionalización y la restauración

El nuevo gobierno al tomar el poder proclamó intenciones de firmeza en el manejo de la crisis. Firmeza que implícitamente le habría faltado al precedente: “no se busca volver al esquema anterior. El programa representa la base que el Estado proporciona para un *nuevo pacto social...*” (*Criterios Generales de Política Económica*). Ya en el discurso del 10. de diciembre, el Presidente insistió en la necesidad de demarcar los límites correspondientes a cada sector social en la economía, asegurando la rectoría del Estado, pero favoreciendo, según sus propias palabras, “no más Estado solamente, sino más sociedad integrada al Estado”.

Los diez puntos de su Programa Inmediato de Reordenación Económica dejaron ver pálidamente lo que a continuación sería su conversión en actos de gobierno. Las iniciativas de Ley que saturaron el Congreso de la Unión circularon paralelamente (o casi) a la concertación del pacto de *solidaridad* que, no obstante haber sido roto de inmediato —de antemano, casi podríamos decir— por los prescindibles dueños del capital, intituló la campaña publicitaria que emprendió el gobierno. Mientras en las cámaras se discutían los proyectos del ejecutivo, los comerciantes e industriales preparaban un nuevo ascenso en la inflación de sus ganancias. El gasto navideño, quizás el último en esa magnitud, preanunció la reetiquetación de enero; y al tiempo que la nueva rectoría del Estado quedaba fijada en la Constitución, la realidad se encargaba de poner en evidencia su raída capacidad para imponerse a la voracidad, su lejanía de la vida popular. Así, el poder del gobierno para incorporar más sociedad al Estado se ha enfrentado desde el primer momento con la profundidad de la crisis y la erosión que ha ocasionado, lenta pero segura, en el sistema político.

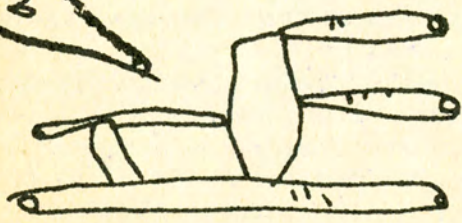
Ante estos hechos, la reiterada apelación al *orden* recuerda los límites de la vida política. Límites que comienzan en el ejido, el sindicato, la fábrica, el barrio, la escuela y la casilla electoral, y que forman el sustrato más íntimo de la dominación y de todo desbordamiento posible de la irritación social que la amenaza. El llamado al *orden vigente* (constitucional, social y moral) como marco de resolución de los conflictos,

remite a las luchas que escenifican cada vez más agudamente las clases y las fuerzas sociales.

Por una parte, la derecha económica y política, que a pesar de privilegios y ganancias se siente amenazada en toda la línea por un clima que la pone cada vez más en evidencia y por un Estado que no puede, después de la nacionalización de la banca, ofrecerle una garantía suficiente de que no volverá a recibir un nuevo golpe si pone en entredicho la rectoría estatal de la economía. Después de este acontecimiento expropiatorio, crucial en la vida nacional, la crisis de confianza entre la gran burguesía mexicana y el grupo gobernante parece adquirir características permanentes. El enconado enfrentamiento de las cúpulas empresariales con el nuevo gobierno, a cuyo programa económico han llegado a calificar como una supuesta "vía capitalista hacia el marxismo" (sic), no obedece a otras razones. En las actuales condiciones pareciera que es más fácil la recomposición de la relación de las fracciones dominantes y el grupo gobernante *a través* de acuerdos económicos y políticos con (y a través de) las capas transnacionales de la burguesía, que en forma directa en el ámbito nacional. El aumento de la tensión entre estos dos sectores, teniendo a la crisis por telón de fondo, podría adquirir connotaciones de disgregación política en el caso de que los empresarios decidieran apostar a una opción política propia, intentando así canalizar en su favor el descontento de las clases medias urbanas que en las pasadas elecciones de julio atrajo el PAN. No hace falta añadir en este cuadro la posible reaparición en escena de grupos fascistoides y de sus extensiones armadas con o sin disfraz de izquierda. Sin embargo, la hipótesis de esta perspectiva no puede descartar la posibilidad de que se repita la tradición empresarial de volver al silencio a medrar tranquilos los eventuales acuerdos y compromisos conseguidos.

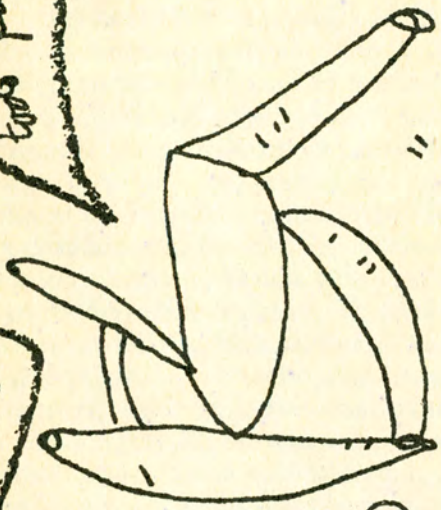
Por su parte, la burocracia sindical ha emprendido, desde los prolegómenos del nuevo gobierno, una nueva ofensiva casi puramente verbal de emplazamientos a huelga que se resolvieron mágicamente en los diez primeros días del mes de octubre y que se transformó poco a poco en advertencias contra la liberación de precios. Liberación que en los hechos se produjo a pesar de los amagos y en nombre del "realismo económico"

¡eso no sé que me
suele

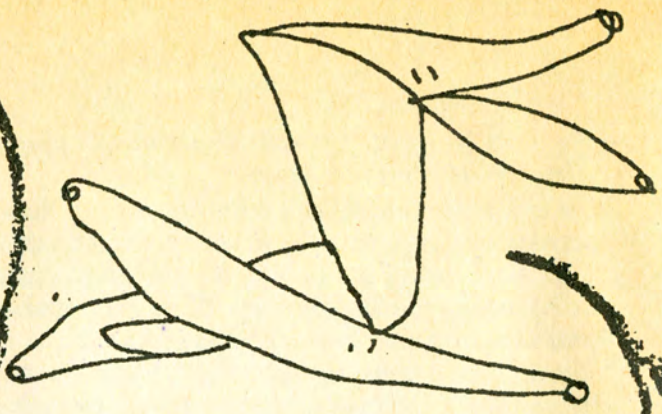


①

todo para con cierta
densidad



②



y yo pretendo estar muy firme
-no te das cuenta que tan frágil
podría ser (y no soy ni lo sé)

que se ha convertido en la divisa de la burocracia económica del Estado. Ante estos hechos, Fidel Velázquez, haciendo profesión de fe en los nuevos lineamientos del realismo gubernamental, no ha tenido otro remedio que volver a presionar, esta vez con el aumento general de los salarios. Puede advertirse, no obstante, que también por ese lado las cosas pintan mal por lo que hace a la alianza entre obreros y gobierno. Así como el “orden” público cohibe las demandas y las todavía discretas protestas populares, la caída del ingreso real de los trabajadores de la ciudad y del campo desvanece los restos de las ilusiones petroleras y achica poco a poco el margen de credibilidad y de maniobra pacífica del gobierno frente a las clases populares. En estas condiciones la mayor integración de la sociedad al Estado suena, necesariamente, como la puesta al día de la capacidad de este último para absorber la crisis y sus efectos más dramáticos sobre la sociedad. Y eso todavía está por verse.

Las acciones que el gobierno ha emprendido para racionalizar la administración pública, descentralizar el servicio educativo, moralizar a la burocracia, establecer sistemas de cierta planificación, etc., parecen apuntar en el sentido de esa puesta al día para absorber la crisis. Lo mismo puede decirse de las negociaciones para reestructurar el pago de la deuda y obtener los créditos que permitan mantener el servicio de ésta. En este aspecto parece claro que el gobierno no tiene ni el espacio ni la voluntad política que se requerirían para modificar los términos de las relaciones con el sistema imperialista. Su única apuesta parece ser la de mantener el apoyo que le proporciona el gobierno de Washington, satisfaciendo las condiciones impuestas por el FMI.

Hacia una ruptura integral

El gobierno parece tener claro, en el aspecto de las relaciones políticas, que la profundización de la crisis puede conducir a rupturas de importancia dentro y fuera del Estado. Mientras sean desde adentro, las posibilidades del gobierno para controlar la crisis serán mayores. Si por el contrario sobrevienen crecientemente las rupturas por afuera... *¡hic Rhodus, hic salta!*

En la reunión de Querétaro para conmemorar el aniversario de la Constitución, el tono de los discursos dejó ver las intenciones de ampliar ciertos espacios de participación de la oposición. Por lo pronto eso quedó plasmado en las reformas al artículo 115 constitucional que abren la representación proporcional en los municipios. Esto puede significar un paso en la modernización del sistema político, especialmente en lo que se refiere a la posibilidad de minar las estructuras caciquiles que constituyen una de las peores lacras de la vida nacional y puede también repercutir en la modificación del monolítico sistema de control que sobre la ciudadanía del Distrito Federal ha mantenido el Estado desde los albores de su institucionalización. En esa misma reunión queretana, el gobernador de Guanajuato, Enrique Velasco Ibarra, declaró que ya no es posible que gobierne un solo partido. Al margen del significado real que puedan tener esas palabras, lo cierto es que puede verse la intención de readecuar las formas de dominio para evitar que la crisis económica se traduzca en un proceso de descomposición social —lo cual ya ocurre—, que desemboque en el desbordamiento de la crisis política que de hecho está ya planteada en las condiciones actuales.

Sin embargo, ¿cuáles son los límites que el Estado enfrenta actualmente para absorber social y políticamente los impactos de la crisis? Por una parte, la contradicción planteada con los grupos empresariales; por otra, la imposibilidad que enfrenta para disponer de recursos e implantar medidas orientadas a paliar las crecientes carencias de los trabajadores. Es evidente que el Estado necesita fortalecerse, pero lo cierto es que en la coyuntura actual podría, por el contrario, debilitarse. Y no sólo debido a un supuesto cerco que le impondría una simplificada lucha de clases, sino también porque su programa económico y social anticrisis no corresponde con un programa de democracia parcial y a cuentagotas, destinado a abrir válvulas a la presión social. La austeridad es para la mayoría de los estratos medios, pero la burguesía y las otras capas que concentran la mayor parte del ingreso nacional y que deciden su orientación siguen siendo tan “austeras” como antes. La banca nacionalizada sigue sin un rumbo explícito en la práctica; y no se ha respondido a la cuestión fundamental de cómo

adquiriría contenido real (suponiendo que eso fuera pensable) su orientación democrática proclamada por tios y troyanos no hace demasiadas semanas.

Los tiempos por venir serán de definición, precisamente porque serán llevados por la crisis. La relación que el Estado mantiene con la sociedad será cada vez más intervenida por los cambios precipitados en las clases, las organizaciones y los grupos y todas sus relaciones. Frente a ello es inevitable que se desarrolle y que se impulse el debate y la acción en torno a las salidas de la encrucijada. Se pondrán a prueba las vigencias del régimen social y político, de sus expresiones difusas y de sus formas cristalizadas. Se pondrá también a prueba la capacidad de los grupos y partidos subalternos para extender y profundizar sus programas y para dar respuestas integrales que capten tanto las rupturas potenciales de los sectores que integran el Estado y de los grupos de la sociedad que no caben ya dentro de aquél. Para el movimiento popular, para los sectores democráticos y socialistas, la crisis ofrece el campo fértil, de renovado ingenio social, en el que puede enraizar una verdadera opción histórica.

Las crisis remiten, en mayor o menor grado, a la caducidad de un sistema, a la inoperancia de sus costumbres y sus vicios inveterados, al desgaste de sus verdades repetidas como promesas y diferidas para siempre, a la impostura que sus capas dirigentes y sus clases propietarias han mostrado con constancia al contradecir cotidianamente con sus intereses y aspiraciones los de la mayoría. En estas condiciones, el orden social, político y moral generado por ese sistema demuestra su inconsistencia.

Pero la crisis también hace estragos en los opositores del sistema, confunde las ideas y teatraliza las formas anquilosadas de lucha; exige la puesta al día o hace degenerar hasta la indignidad y el ridículo.

La crisis ofrece la palabra. La izquierda independiente se enfrenta con el reto de saber exponer coherentemente y de cara a la sociedad qué significa para los habitantes del presente un camino democrático y *socialista*.



16 Rubén Jaramillo

Marco BELLINGERI



**De por qué
la comunidad campesina
no quiere extinguirse**



**Rubén Jaramillo
El último zapatismo**



Hace poco más de veinte años, el 23 de mayo de 1962, Rubén Jaramillo y buena parte de su familia fueron asesinados. Este aniversario nos convoca a reflexionar de nuevo sobre la figura del líder y su lucha y a denunciar, otra vez más, un horrible crimen que ha quedado impune para siempre.

Los lectores deben estar ya acostumbrados a las conmemoraciones de las figuras populares míticas. Y acaso sea banal, pero no por ello menos cierto, recordar que tales ritos populares y/o estatales son en realidad la repetición de otros más antiguos, en los que el sacrificio del testigo —“mártir”— era utilizado para reafirmar los lazos de una comunidad. En las ceremonias de la izquierda contemporánea

—especialmente en América Latina—, el recuerdo del caído se transforma en un llamado directo a la solidaridad y a cerrar filas frente a los adversarios comunes. Nadie puede negar las infamias cometidas por castas, burocracias y ejércitos en este continente; pero tampoco se puede negar la ineficacia política de los ritos de sus opositores.

En México, y en particular en el caso de un líder genuinamente campesino, las cosas se complican aún más; en primer lugar mediante un hecho conocido por todos: la capacidad del estado mexicano de construir y reconstruir panteones de mártires populares. Operación complicada, cuya "técnica" ha sido elaborada y perfeccionada desde hace tiempo. La base del procedimiento es, al menos en apariencia, sencilla: una vez ejecutado el líder —después de haber agotado todos los recursos disponibles para aniquilarlo políticamente—, se deja que su sacralización popular actúe durante algún tiempo, con el fin de que su accionar concreto pase al olvido; después se modifica más o menos la "imagen" del caído, despojándola de sus rasgos subversivos y enalteciendo sus bondades míticas —también de origen popular. Desarraigados los primeros de sus aspectos más políticos, los segundos se reducen generalmente a la nobleza, la valentía y la honestidad, sin olvidar un cierto embellecimiento de la anatomía del futuro héroe. El mártir/héroe está listo para ingresar al panteón oficial. Las estatuas de bronce tienden, entonces, a fundirse con su identidad histórica. Así, explotando la imaginación mítica del pueblo, que no deja de buscar símbolos de identidad, la imagen popular del líder y su versión oficial de Héroe Nacional quedan mezcladas indisolublemente. La fusión llega a tal grado que, muchas veces, los intentos de reconstruir la esencia popular del mártir contraponiéndola a la del Héroe resultan simplemente imposibles.

El estado mexicano muestra aquí su enorme capacidad para producir su propia historia, como depositario de una memoria colectiva que no se contrapone a las memorias diversas de las masas, sino que las unifica en torno a algunas figuras emblemáticas. No es casual, entonces, que la mayor parte de los Héroes Nacionales aparezcan ligados a episodios populares o "progresivos" de la historia del país.

¿Qué hacer entonces? ¿Caer en la tentación populista de "dejar que el pueblo recupere a los héroes del pueblo" o negar la existencia —por "enajenada y enajenante"— de mitos populares en nombre de una visión intelectual y racional del mundo? En realidad, esta disyuntiva no encierra en sí más que la dicotomía existente entre la intelectualidad del país y las masas populares. Y sólo la praxis —más que la ideología del Estado— ha podido superar hasta ahora esta barrera. Acaso una manera de actuar en contra del "enterrador oficial" consiste en proceder a partir de la historia: revelando los aspectos y las raíces populares del mito y dejando (como siempre sucede) que los vivos decidan qué hacer con sus muertos.



J

Muchas leyendas que envuelven la figura de Rubén Jaramillo encierran cierta verdad. La idea de que el movimiento que encabezó durante tantos años continúa la tradición zapatista es, sin duda, una de ellas. Hay, en efecto —como sostienen los campesinos de Morelos—, una suerte de continuidad entre Zapata y Jaramillo: el jaramillismo es una etapa sucesiva del zapatismo, una prolongación y una actualización de sus planteamientos.

En Morelos, los campesinos ganaron *su* revolución peleando con Zapata. Destruídas las haciendas, recuperaron sus tierras y crearon la posibilidad

de reproducir física y culturalmente las economías campesinas. De grupos subalternos que subsistían al margen de la legitimidad porfiriana, se transformaron en un importante y legítimo sujeto político frente al nuevo Estado. Por su parte, el nuevo interlocutor, el Estado posrevolucionario, no sólo no pretendió —ni podía pretender— apoyar los esfuerzos campesinos por reestructurar “su sociedad”, esencialmente autónoma, sino que, por el contrario, tendió permanentemente a reducir esta autonomía. Y si la lucha de los zapatistas se centró en la reconstitución de la economía y la cultura campesinas, los

jaramillistas lucharon durante más de veinte años por preservar las conquistas en contra de un adversario que, de haber tenido la oportunidad, jamás lo hubieran elegido. Se fue conformando así un conflicto que desembocó en una profunda incompatibilidad entre el movimiento de los campesinos morelenses y el Estado, donde nos sorprende un hecho inusitado: la asombrosa capacidad de resistencia campesina frente a las agresiones gubernamentales durante los años 20 y principios de los 30, y la diversidad de sus formas de lucha. Resistencia que se explica, en gran parte, por la posibilidad de recurrir continuamente a la autonomía económica y política de los productores campesinos de la región.

Un intruso llamado "Estado"

En la historia del jaramillismo el Estado aparece como un intruso no deseado y la reforma agraria como una intromisión tolerada pero innecesaria. Cuando en los años 20 el estado nacional decidió emprender las reformas en el campo, los campesinos morelenses ya las habían culminado

por (y para) sí mismos. Las haciendas habían sido expropiadas y las tierras repartidas. La legitimidad del reparto de tierras no residía ni descansaba en el Estado, sino en un proceso consumado por los propios campesinos, cuando surgió la "necesidad" de realizar complicados y engorrosos trámites agrarios. El Estado, a su vez, procuró institucionalizar este proceso enfrentándose a una lógica bastante peculiar: se le dejaba hacer mientras respetara el antiguo reparto zapatista, lo cual no sucedía siempre.

En los años 30, los jaramillistas no veían en las nuevas fuerzas estatales un enemigo de su movimiento. Por el contrario, la crisis de las economías de autosuficiencia, enfrentadas al mercado y a los acaparadores, los hizo pensar en la posibilidad de un nuevo y mayor compromiso con las fuerzas nacionales. La eficacia de la mutua tolerancia vigilada posibilitaba el compromiso y Jaramillo se convirtió en uno de sus principales promotores. El resultado fue el proyecto agroindustrial cardenista del ingenio de Zacatepec. Para el campesinado de la región, el Estado comenzó a ser un poder concreto y no solamente

formal: un ente del cual no se formaba parte, pero que representaba una fuerza que no se podía ignorar. De ahí también su reconocimiento como “el gobierno” con el cual había que negociar sobre la base de relaciones favorables de fuerza. Por lo tanto, la tendencia hacia la incompatibilidad entre el Estado y el movimiento se inició —al menos desde el punto de vista de los jaramillistas— como una coexistencia entre iguales. Y fue el Estado el que convirtió esta coexistencia en una relación cada vez más incompatible, en la medida en que sólo podía aceptar la reproducción de *partners* subordinados. La lucha se enabó, entonces, entre un proyecto que intentaba consolidar las economías campesinas —sustento de la autonomía del movimiento— y otro, el estatal, que fluctuaba entre la reducción de esta autonomía o —en el peor de los casos— su destrucción plena.

El inicio de esta conflictiva situación puede localizarse hacia los años de la construcción del ingenio azucarero de Zcatepec. El proyecto imponía a los campesinos de Morelos un regreso prácticamente forzoso al cultivo de la caña. Los campesinos esperaban

que la estructura cooperativa de la agro-industria azucarera garantizara (y estuviera garantizada por) el control campesino. Pero desde el comienzo, el Estado hizo presencia manifiesta a través de la designación de los principales cargos de la administración.

Hacia 1940, cuando el nuevo gobierno federal realizó un profundo giro de su política agraria y el ingenio se proyectó como un nuevo patrón para los campesinos y obreros de la región, Jaramillo rompió el pacto y se levantó en armas para recuperar la autonomía perdida. En Morelos, el levantamiento fue visto como un acto legítimo. Piénsese, tan sólo, que se basó en la subsistencia de “los pueblos”, los cuales se vinculaban entre sí y se contraponían a la legalidad de la “moderna” estructura del poder local institucional. De “los pueblos” formaban parte frecuentemente algunas autoridades locales de origen zapatista, las mismas “defensas rurales” campesinas y también algunos caciques. El plan jaramillista de Cerro Prieto, estricta derivación del Plan de Ayala, postulaba el derecho de “tomar con las armas lo que de todas maneras pertenece a la clase campesina”, y

subrayaba que la legitimidad del Estado no estaba por encima de los intereses de los productores campesinos.

La lucha armada se prolongó durante el año 1942-1943. Los jaramillistas no pudieron ser derrotados, "el monte" y "los pueblos" los protegieron; pero tampoco lograron vencer. La lucha por el Plan de Cerro Prieto logró restablecer la confianza en la posibilidad de preservar ciertas formas autónomas de organización política y cultural campesinas, pero no restituir la "tolerancia vigilada" frente al gobierno. Los jaramillistas tuvieron que pactar su regreso a la lucha civil en condiciones visiblemente desfavorables.

De las armas a las elecciones y viceversa

En los años 40, después de la experiencia militar de 1942-1943, Jaramillo decidió incursionar en el campo de su adversario. Para ello promovió la formación de un partido local, cuyos propósitos más visibles eran formalizar las relaciones entre los "pueblos" que aún mostraban persistencia y solidez, participar en las elecciones locales y luchar por la gobernatura estatal. En esta

decisión influyó, seguramente, la presencia de un factor externo a la vida de los campesinos de la región, pero cada vez más influyente en la política nacional: el henriquismo. Sin embargo, estos eran los objetivos coyunturales. Un análisis más cuidadoso de la formación del Partido Agrario Obrero Morelense revela el traslado de los propósitos del antiguo movimiento y de sus formas tradicionales de organización a un nuevo terreno. La estructura del PAOM correspondía a la estructura de las asambleas campesinas y su verdadero objetivo continuó siendo la defensa de la vida autónoma de las culturas campesinas.

El fraude electoral de 1946 y la consiguiente represión masiva del régimen empujó de vuelta a Jaramillo y su grupo a la clandestinidad, sólo que ahora funcionarían como brazo militar de la organización política formal, el PAOM, y alternarían el carácter de sus acciones —ilegales o semi-legales— según las necesidades de autodefensa y el grado de persecución existente. Así por ejemplo, en 1948 Jaramillo se preocupó por contribuir, desde la clandestinidad, en la ocupación del ingenio de Zacatepec que emprendieron sus trabaja-

dores: el contingente armado decidió acampar en las cercanías de las instalaciones para dar cobertura "militar" al movimiento.

En 1952, aprovechando de nuevo la coyuntura política, Jaramillo decidió participar en las elecciones locales en coalición con la Federación de los Partidos del Pueblo Mexicano, que sostuvo la candidatura presidencial del general Henríquez Guzmán. Había suficientes bases para dicha alianza: en primer lugar, no afectaba la autonomía regional del PAOM; se extenderían los contactos con sectores campesinos henriquistas; había simpatías con el carácter parcialmente "golpista" del movimiento y, finalmente, se ampliaría la cobertura legal tan necesaria en esos momentos, sobre todo por la ausencia de amnistía al final del régimen de Alemán. La inteligente organización para sortear la represión y el constante apoyo de masas obtenido durante la campaña electoral animaron la posibilidad de que, ante el fraude electoral, se planeara un levantamiento a escala nacional para octubre de 1952. Jaramillo se incorporó también a esta aventura movilizándolo a sus hombres en torno a objeti-

vos locales. El fracaso de la sublevación le obligó a pasar nuevamente a la clandestinidad con medio centenar de seguidores.

En marzo de 1954, los jaramillistas atacaron el pueblo de Ticumán. Después de un enfrentamiento con la tropa federal, el grupo decidió dividirse con el propósito de construir una estructura político-militar más sólida. Desde entonces, Jaramillo se dedicó a la reorganización de las bases locales del PAOM, siempre con la convicción —compartida con las corrientes ex-henriquistas— de que seguía siendo vigente un levantamiento de carácter nacional. Éste se intentó por segunda vez en 1957, cuyo resultado fue un rotundo fracaso.

La crisis

A estas alturas, el movimiento jaramillista llegaba a una profunda crisis: la lucha legal había mostrado su inutilidad frente a los fraudes electorales y las represiones subsecuentes; las acciones de autodefensa, si bien existosas, no podían trascender a mayores dimensiones tanto en lo militar como en lo político, y los intentos de sublevación habían naufragado

sin remedio. Ello adentraba al jaramillismo en una disyuntiva para el futuro: o bien reforzar política y militarmente la organización cerrada del grupo —lo cual significaba cierto distanciamiento del movimiento campesino regional—; o bien lo inverso, es decir, renunciar a la acción política “de grupo” y privilegiar los lazos de unión con movimientos más amplios. Es de notarse que ambas perspectivas se plasmarían en el transcurso de los siguientes diez años como continuación de esta corriente.

El futuro presidente de la república, Adolfo López Mateos, sorprendió a Jaramillo en esta encrucijada al hacerle llegar, en la clandestinidad, una proposición de amnistía. La contrapropuesta del líder campesino al candidato conllevaba un programa de democratización radical al interior del estado. Los objetivos eran: la restitución a los cañeros del control sobre el ingenio de Zacatepec, que hasta el momento era pieza clave del cacicazgo de la región; la repartición de nuevas tierras en los llanos de Michapa y Guarín, y la democratización de las organizaciones oficiales a través del libre juego de las fuerzas campesinas en su interior.

A fines de 1959, estos objetivos parecían estar a punto de alcanzarse; en ello posiblemente influyeron los tibios intentos de reorganización de las centrales campesinas oficiales durante los primeros momentos del nuevo sexenio. Sin embargo, ya para 1960 Jaramillo era derrotado fraudulentamente en las elecciones para la dirección de las Ligas de Comunidades Agrarias del Estado de Morelos, y los límites de la “alianza” con el Estado comenzaban a aflorar con evidente violencia. Lo cual condicionó que la lucha por la colonización de los llanos de Michapa y Guarín —25 mil hectáreas prácticamente incultas— apareciera como el centro de la última etapa del movimiento jaramillista.

Por las características propias de un experimento de autogestión campesina, esta última campaña de Jaramillo buscó “territorializar” el movimiento, volver tangible la posibilidad de autonomía de los productores y hacer de la nueva colonia agrícola “Otilio Montiel” una base de esta corriente histórica. Los trabajos de colonización que beneficiaban a cerca de 6 mil familias campesinas fueron interrumpidos por primera vez, mediante

el desalojo, el 19 de febrero de 1961. La respuesta campesina fue una segunda ocupación, esta vez armada y bien organizada, portadora de un proyecto autogestionario popular, y confiada, al mismo tiempo, en las grandes expectativas de acción política que, entonces, abría el surgimiento de la Central Campesina Independiente a nivel nacional.

Fue quizá por la perspectiva de acciones como éstas que el Estado precipitó el desenlace. El 15 de febrero de 1962 los "llanos" fueron desalojados con la intervención del ejército federal. Perseguido judicialmente, y no obstante el llamado de sus viejos compañeros a retomar una vez más la "vía del monte", Jaramillo regresó, bajo amparo, a su casa de Tlalquiltenango, donde el 23 de marzo fue secuestrado con su esposa y dos de sus hijos, para luego ser todos asesinados esa misma tarde.

Una conclusión inconclusa

Este breve resumen de más de veinte años de experiencia jaramillista parecería concluir la imposibilidad, al menos próxima, de incorporar al líder en el panteón de los

héroes de Estado. Por el contrario, lo que aún queda de su figura es un genuino mito popular, indicador fiel de sus rasgos humanos, reflejo certero de la autonomía de algún sector campesino de Morelos y síntoma vivo de recientes intentos de aglutinación y coordinación local y regional de luchas campesinas.

Sin embargo, una vez perdida la autonomía de los movimientos, también la figura del líder perderá su dimensión de mito popular. La recuperación de Jaramillo, por tanto, sólo se podrá dar a partir de una acción política de nuevo tipo, que respete la autonomía política y cultural de los movimientos campesinos y oponga una fuerte resistencia al proyecto homogenizador del Estado.





llkjlklk



*Aplaudidos
y humillados*



*Un ensayo de crítica ficción sobre
las generaciones perdidas en México*

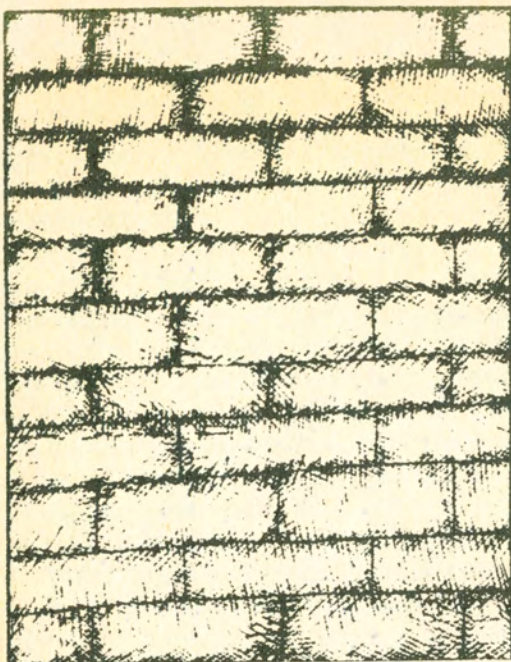
✓ Adolfo CASTAÑÓN

Nuestra dorada minoría opuso un cosmopolitismo rampante —anglómano, francófono, germanófilo— a un nacionalismo que, para efectos estratégicos, ha de ser definido como hegemónico, dada la santa alianza que desde hacía años celebraban las viejas y nuevas clases dominantes. Por evidente, no era claro que los muchos Méxicos fungían como una réplica ultramarina de las “dos Españas”. Con diferencia de algunos años, ¿no había jugado el Tercer Estado el mismo papel en la disputa por la nación? Ese y otros factores volvían impracticable entre nosotros la cultura española como imperio. Para escamotear la historia, bastaban los nacionalismos y americanismos; de otra parte, la *ecumene* había sido una de las banderas culturales de la política parda. La situación social del aspirante a escritor daba por sentada la barbarie bodeguera de las clases medias semilustradas, afirmaba la estupidez proverbial y preliminar tanto de la reflexión nacional (ista) como de todas las subculturas ágrafas, practicando, de hecho, un racismo discursivo en el que volvían a aparecer todos los viejos fantasmas del dualismo. Las revistas independientes eran un poco la escuela de la alta cultura universal contra las valoraciones serviles de la hora y poder local, la escuela del valor civil en un país

donde urbanidad era nomenclatura corporativa de compadrazgo. Además de las dinámicas, anidaban contradicciones letárgicas en el interior de aquellos selectos. No podía ser de otro modo. Si pretendían discutir al tú por tú con la cultura crítica de la víspera, si tenían que hacerse a sí mismos lejos —fuera del mercado para poder entrar a él con algún valor de cambio— también contribuían a crear cierta esterilidad ambiental, un cinturón crítico sanitario en contra de las supersticiones del poder y, principalmente, en contra de las turbias políticas culturales de un Estado que, mientras estuvo en disputa, careció en rigor de una política cultural siquiera comparable a las nuevas maneras impuestas por la civilización de la capital. El antihispanismo (enfermedad infantil del anticolonialismo), se complementaba ya entonces con el antinacionalismo, el fruto más sazonado del escape fuera de la historia y el tiempo: porque en países sin historia el escape no está en la abolición de un pasado prácticamente inexistente sino en la supresión de una geografía húmeda, tórrida. El cinturón protegía; también ahorcaba. En la inercia alabanciosa iba en prenda la apuesta de una minoría que se arriesgaba a creer en sí misma. De ese modo, los jóvenes críticos de la actualidad local pronto se verían convertidos en actualidades locales, en valores de nuestros campanarios derivados paradójicamente de la tenacidad con que se habían doblado campanas bárbaras en nuestras torres.

Los lejanos maestros de aquel otro 68 —el decimonónico peninsular— habían tenido la precaución involuntaria de establecer con su vida la pequeñez de su filosofía. Unos lo entendieron, pero era demasiado tarde: los devaluadores de ayer se habían convertido en los valores de hoy y, como la crítica por venir ya se encontraba hecha de algún modo, la hora de cerrar los jardines de occidente les sonaba como una campana de la libertad. Intelectualmente, resultaba legítimo renunciar a la inteligencia.

A los delfines y benjamines les bastaría echar en cara a los devaluadores fundadores el meollo de su proyecto. Si se habían distinguido por su verticalidad cosmópata, los herederos tendrían que reprochar a los maestros su desarraigo. Si los maestros habían eludido la anacronía del tiempo y el lugar que les



tocó vivir, los discípulos podrían pedirles cuentas tanto por su menosprecio cortesano a la opacidad presente como por la aldeana alabanza de otros lugares y otras épocas.

Injertos, trasplantes, trasterramientos, todo antes que el barbecho. Aquellos escritores, como sus padres y sus hijos, habrían de constituirse cara al desarraigo y desarraigándose. Tal vez era el único movimiento espiritual que tenía un correlato en la civilización circundante. ¿Desarraigarse? Ahí estaban todos ellos con sus filamentos de tinta al aire: en contra de la lengua madre y la devoción nacionalista, a contrapelo del marxismo, a contracorriente del psicoanálisis, favoreciendo el deseo sempiterno en contra de las pequeñas producciones deseantes. ¿O acaso era posible poner en tela de juicio renunciando al juicio? La crítica, como actitud, había de pasar por los campos previamente delimitados por esos discursos; rozarlos, trascendiéndolos, conservando, de ser posible, sus inaccesibles polos utópicos. Puede decirse que unos y otros paseaban por la filosofía, coqueteando con el marxismo sin practicar sobre sus viejos valores de clase las herramientas conceptuales recién adquiridas; que asistían como espectadores desapasionados —perplejos quizá, pero nunca divertidos— a

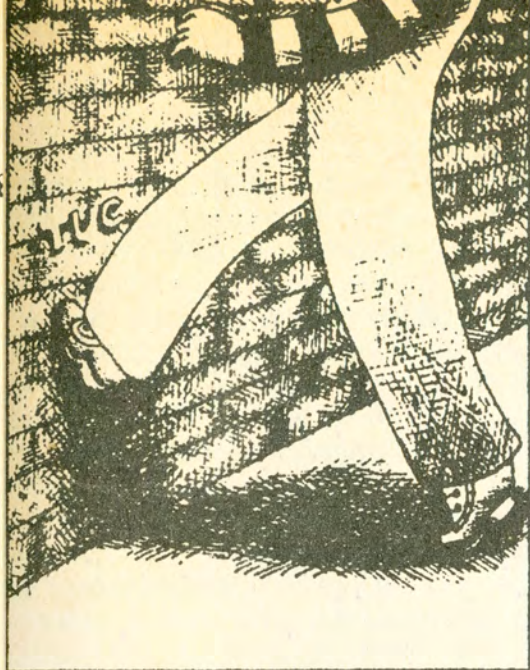
la querrela psicoanalítica usándola con cautela, ridiculizándola cuando era posible, manteniendo siempre inmóvil en el horizonte el ocaso de la pareja y de la familia, el presagio magnético de la unidad andrógina del ser humano, la utopía presentida —apenas vivida— de un nuevo orden amoroso y la convicción —todo un patrimonio en nuestras manos— de la decadencia, indudable entropía de la vida en la cultura y la naturaleza. Confundían la muerte de Dios con el desvanecimiento de su representación; pero eran incapaces de sufrir con la cabeza en blanco. ¿No se veían a sí mismos como los últimos racionales antes de la llegada de los bárbaros, los ejemplares sobrevivientes de una especie en extinción? Un sabio chino dijo que ser el primero en cualquier cosa era una maldición: y los nuestros eran unos escritores malditos, si no en cuanto a los resultados, al menos en cuanto a la intención. Bíblicamente, el Señor los protegía con su maldición: los últimos individuos liberales de un orden originalmente individualista y liberal terminaban clausurando tolerancias, inhibiendo de raíz la posibilidad de la individuación. La aceptación mundana de la cultura crítica que se definía por sus distancias con el ruido mundano, el desacato metódico de las viejas lealtades familiares, la alergia a





las continuidades oficiosas, la ilusión nunca desmentida de escribir en una lengua muerta o rediviva y dentro de una cultura determinada por el axioma de la entropía, la fe hegeliana en la plena humanidad del funcionario, si bien provocaron algunos descalabros en las cabezas más visibles de la logia literata, produjeron peores en la invisible masa de coetáneos que gustaba de olvidar su impotencia en la prepotencia espectacular de sus estandartes. Los viejos y los nuevos escritores de entonces se vieron apercollados entre la espada flamígera de una militancia cultural y literaria y la pared indestructible de todo un modo de vida cotidiano cuya simiente metafísica —somos los mejores, luego pertenecemos— se traducía en la adquisición de complejos y novísimos *gadgets*. Simultáneamente, se hacía sentir un mentís proveniente de la proletarización tan invocada por el discurso crítico.

Todavía era deseable jugar a los grandes hombres. Persuadidos de que la única diferencia existente entre una farsa y otra es la densidad mercadotécnica de su difusión, partieron tranquilamente, unos hacia el ostracismo diplomático íntimo, otros hacia el destierro académico, todos hacia el paisaje interior, la gruta, la sirena, el grito.



Grandes o no, mediocres o malditos, los escritores con hambre pero sin nombre advirtieron pronto que el juego tenía un precio. Cuando en el cadáver que uno era ya se había extinguido la inteligencia que lo animaba, costaba poco despedazar la integridad, romper el arco de la vida y el pensamiento, renunciar a lo cotidiano, cerrar la puerta escrita a las familiaridades caseras despidiendo para siempre al criado que llevamos dentro: “Nunca es héroe para su ayuda de cámara, pero no porque aquél no sea un héroe, sino porque éste es el ayuda de cámara que no ve en él al héroe sino al hombre que come, bebe, y se viste...” (Goethe citado por Hegel, *Fenomenología...* IV, B. 3). El criado que se iba por la puerta regresaba por la ventana.

Cuando el odio logocéntrico por la vida no se manifestaba en la fábula de tratar a los animales como si fuesen hombres, se daba una elevación del alma que sólo era, en realidad, un desalmarse en aras del espíritu sin renunciar a la representación. Todo ello acercaba al joven escritor al heroísmo artístico, pero también lo distanciaba de la infancia proyectándolo hacia la madura verticalidad del arbitrista por fin recompensado.

Fausto tritura, da sentido o genio a este racimo literario. Que la fecundidad del genio se otorga a costa del amor, es algo

que la época calla por sabido; que para sobrevivir hay que desalmarse constituyendo un “almario”, es algo que la época sabe de tanto callar. Las obras sólo podían recoger el dilema en curiosas mezclas de crítica y conformismo. El asombro o la perplejidad características de una generación —si no es que de varias—, desgarrada por el florecimiento de una “nueva” gregariedad en el terreno familiar de las individualidades, habría de resolverse en atmósferas tensas donde a la vida se le exprimía todo de una vez mientras las letras capturaban vidas ya exprimidas. Muchos telones estaban por caer, pocas sendas por descubrir.

Al no sacar de quicio a la cultura nacional, al invocar una universalidad cultural sin tener presente la *ecumene* transhispanica, al abanderarse a sí mismos como vanguardia cosmopolita de un ámbito donde rezongaban becados, al no constituir realmente un proyecto anti-nacional, minoritario y alternativo, al acatar sin demasiadas preguntas y sin contestación alguna las versiones del proyecto capital vigente, al resignarse a sí mismos como valores nacionales, nuestros autores tuvieron que armarse de paciencia o de cinismo para ver regresar, ahora invertido, su propio discurso: aquellos jóvenes a quienes se hubiese podido

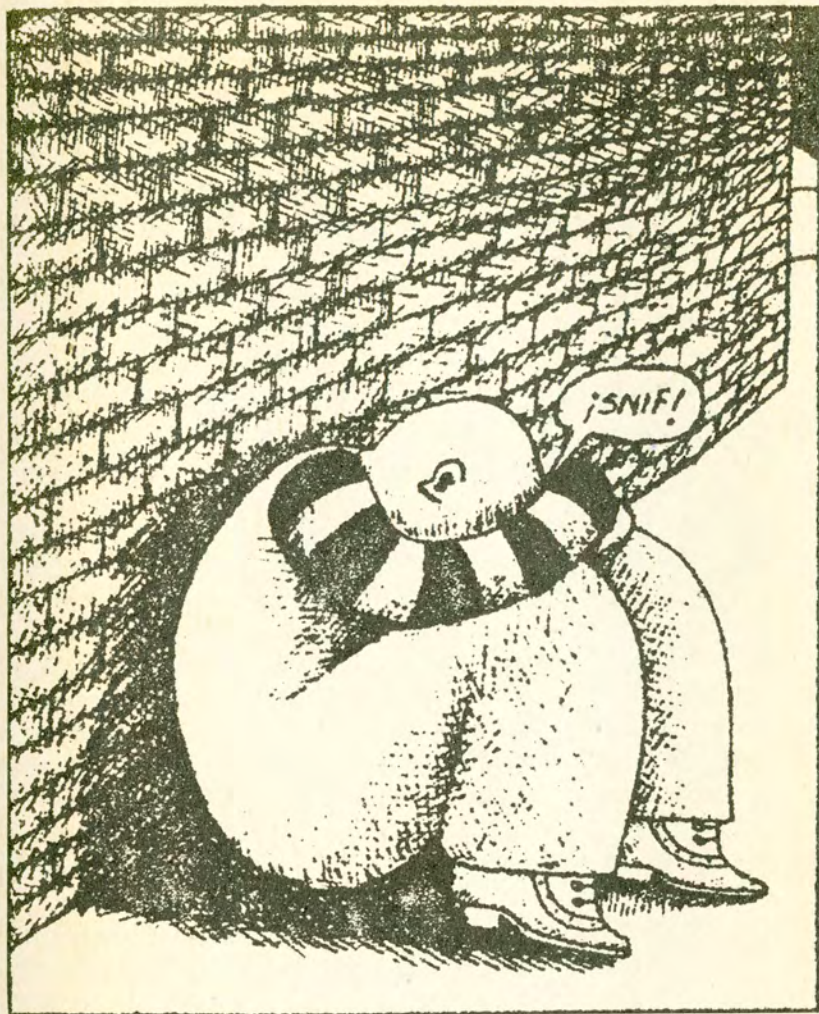


acusar de intento fallido de parricidio eran ahora el ultimátum de la cultura nacional, se veían definidos por aquel Aparato que constituyó el objeto de tantas de sus definiciones. Por un efecto *boomerang* de la recuperación, a ellos se les utilizó para defender todo aquello que habían atacado. Como no pudo aplastarlos el Aparato —resulta más costeable seguir costeando una publicación que liquidarla—, los elevó. Algunos aceptaron arruinar la economía de sus afectos y pasiones con tal de escribir; con el alma convertida en un cántaro roto, sólo pudieron escribir una vez (la siguen escribiendo). Otros, si no más geniales, al menos guiados por el genio ciego de la especie, cayeron en la cuenta deficitaria de que escribir sólo era, sólo podía ser, un medio con el cual recuperar la salud perdida. Así pues, se resignaron a producir unos cuantos textos útiles para ellos y definitivos para cualquiera que quisiese seguirlos. La mayoría, estéril y prolífica, no se contristó; siguió escribiendo desde la costumbre y para la costumbre. Eran los suyos textos improvisados, frescos, pero no simples, que se echaban a perder tan pronto salían a la calle, papeles espiritualmente superfluos, provisionales, a veces a la moda, siempre muertos de antemano porque registraban menos una modalidad genuina



del ser que la decisión mundana de perecer pareciendo. La literatura había sido siempre un mal negocio y ahora se convertía en un gran mal negocio. ¿Por qué no era posible serializar el esparcimiento que uno era capaz de dar sin hipotecar de plano la dignidad por unos cuantos créditos? La vieja fórmula señorial —ocio con dignidad— ya era una quijotada para los jóvenes sanchos que habían asistido, en el despertar de su vocación literaria, al establecimiento de un aparato cultural. ¡Cuántos malentendidos no hubo! Como aquél de confundir los deseos personales de publicación con los imperativos productivos de la casa editorial, el lujo con el buen gusto, la dignidad señorial con los buenos modales, la inteligencia con la discreción.

¡Vaya que el escritor se profesionalizaba! Quedaban definitivamente superados los tiempos del arbitrista genial e intempestivo. Ya no se requerían áulicos servicios episódicos; precisábase, más bien, la diligencia flexible de los empleados de planta. La libertad era un derecho, pero también una obligación, y el Aparato confiaba en la autocensura de cada uno. Ilusión de una historia, el fantasma de un espacio cultural sin mayor correlato con la civilización veía con buenos ojos esa profesionalización. El escritor se profesionalizaba, es decir, se proletarizaba. El crecimiento de sus aptitudes y el enriquecimiento de sus técnicas coincidían con la depresión de la demanda de que éstas eran objeto. Entre los enunciados, entrelineados o manifiestos, y los aparatos ruidosos destinados a reproducirlos había el mismo desfase que el que se podía observar entre la miseria cotidiana del escritor y la opulencia espiritual de su obra. El camino de la escritura era difícil, a pesar de que se trataba de un circuito reconocido y acuñado. ¿Tan mala era la suerte de una minoría menos obediente a su vocación que a la representación de su vocación? ¿No había otra salida fuera de convertir en información para las mayorías el capital artístico? Se volvía al punto de partida. La producción de los frescos de pacotilla ofrecía el inconveniente de la mala conservación: las obras se corrompían al poco tiempo de ser escritas. De ahí que, gracias al crecimiento de la industria cultural, se impusiese una letargia en lo social y cotidiano. De otro modo, el día de mañana el



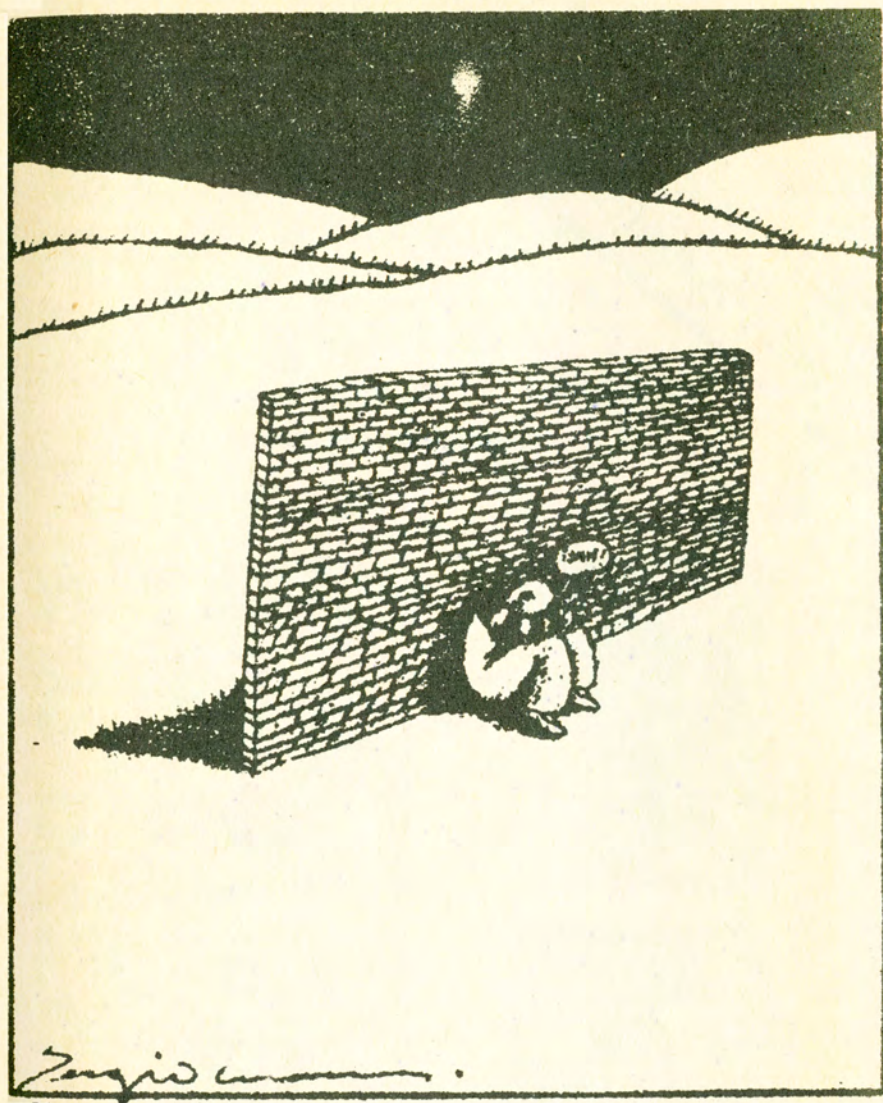
gran edificio de los valores se desplomaría sobre nuestra cabeza.

A la última minoría se le premiaba de ese modo con la degradación de multiplicarla. Al cobrar por dar alcance masivo a un mensaje radical, la élite adoptaría, puertas adentro, una actitud crítica frente a la crítica radical; la minoría cosmópata recibiría a cambio de un poco de legitimidad el juguete nuevo de los aparatos culturales, un instrumento para comercializar a la moderna una vacuidad como la de antes. La Edad Media

ramplona y bodeguera, contra la cual los creadores se habían definido, no había sido vencida del todo. El Aparato cultural ahondaría aún más el abismo entre una apatía seguidista y unas minorías menos críticas que sentimentales y mucho más determinadas por las buenas maneras que por las buenas causas. Aquello que ya estaba presente desde un principio —no es que fuésemos brillantes; los demás eran pendejos—, aquel resabio conquistador de ser como los chingones de ayer si no es que más, volvería invertido, transfigurado por la interiorización del resentimiento en una crítica contra la cultura rastacuera tan apoyada por el poder electrónico de los medios. El narcisismo de los elegidos se vengaría convirtiéndonos en mercancía culta, en criados que se alquilan para vestirse de señores.

La lección que es preciso sacar de los empeños de estas generaciones perdidas en México —aparte la consabida de que la vida es una canción y su refrán la muerte— reza: nuestros escritores surgieron de un vacío que ellos mismos tuvieron el cuidado de crear para el lector rodeados de ese vacío, evaporados en él, inmersos en el cordón sanitario que ellos mismos trenzaron, cautivos en una “cultósfera” cuyos paralelos son ellos mismos. La instancia de los discursos subsiguientes hace de este vacío un sistema de protección. El amortiguador que es la ideología cosmopolita que aspira, por fraccionaria o facciosa que sea, a la “universalidad” del dominio imaginario sobre los demás.

Tanto éxito tuvieron con sus navajas los escritores que recibieron en premio un cañón. Desde entonces la paz reina entre nosotros.



UNAM - UAP - SEP
PROYECTO CONJUNTO DE INVESTIGACION

México:

México, un pueblo en la historia

Coordinador: *Enrique Semo*

TOMO I

Enrique Nalda
Enrique Semo
Masae Sugawara

TOMO III

Sergio de la Peña
Javier Guerrero
Varios autores

TOMO II

Elsa Gracida
Esperanza Fujigaki
Gilberto Argüello
Margarita Carbó
Adolfo Gilly

TOMO IV

Ilán Semo
Américo Saldívar

realidad y perspectivas

Revista Estudios Contemporáneos

1, 2, 3, 4

Los últimos capitalismos

● *Jorge G. Castañeda*

Carlos Marx o la crítica a la economía política

● *Jorge Juanes*

La paja en el ojo

● *José Joaquín Blanco*

200 días en El Salvador

● *Paolo Bosio*

Los tranviarios y el anarquismo en México

● *Miguel Rodríguez*

Retratos con paisaje

● *José Joaquín Blanco*

La estructura sindical en México

● *Carlos Schaffer*



LA VIA
INTELECTUAL
AL PODER

Teoría sobre
el imposible triunfo de
la clase obrera

O

La clase obrera
no va al paraíso

Por algunos estudios hechos con anterioridad he llegado a la conclusión, para escándalo de ciertos pensadores adocenados y fideístas, de que la intelectualidad constituye, en el régimen capitalista, una *clase social sui-generis*. Dos razones principales me condujeron a esta conclusión: la primera se refiere a que los intelectuales, a diferencia de los obreros y campesinos, tienen acceso a la cultura, pueden hacerla suya, disfrutar de los privilegios que confiere el conocimiento, en una palabra, pueden *monopolizar el saber*. Esta primera razón nos habla de que si los intelectuales carecen frecuentemente de medios *materiales* de producción, si son dueños tan sólo de su fuerza de trabajo intelectual, *poseen* en cambio un arsenal de conocimientos que los *diferencian* tajantemente de la masa ignorante. Es cierto que el tipo de *propiedad* que caracteriza a la intelectualidad se distingue, en lo que a su contenido se refiere, de la *propiedad* que define a la clase burguesa. Mientras la primera alude a la apropiación de un caudal de conocimientos, la segunda hace referencia a la monopolización de las condiciones materiales de la producción. Desde el punto de vista del *contenido* de la propiedad, se trata, a no dudarlo, de términos incomparables. Pero desde un enfoque estructural

último, podemos advertir que el monopolio del saber y la propiedad de los medios materiales de producción tienen en común *poseer y disfrutar de algo de lo que se priva a los demás*. A pesar de sus diferencias, el capitalista y el intelectual —Aarón Sáenz y Alfonso Reyes, por ejemplo— poseen un común denominador: *el vivir en una sociedad que les ha permitido apropiarse de ciertos bienes de los cuales se hayan privados los demás*. Bienes materiales en un caso, espirituales en el otro; pero bienes monopolizables en el sentido de que pueden ir a parar, como lo han hecho, a unas cuantas manos o a unos cuantos cerebros. Es cierto que no vivimos en el “mundo de los intelectuales”, es cierto que estos últimos se hallan dominados económicamente y subordinados políticamente en general al régimen burgués, y que ello se debe, además, al hecho de que el dueño de los medios *materiales* de la producción acaba por sujetar, directa e indirectamente, a los “trabajadores del intelecto”; pero esto no impide que el intelectual —empleo esta palabra en su sentido más amplio— goce de un monopolio espiritual que lo ubica en un lugar de privilegio.

La segunda razón se refiere al hecho de que lo que el intelectual posee, en la forma de la propiedad privada, es un acervo de conocimientos, obtenidos en la escuela y en la experiencia, que pueden ser considerados también como *medios de producción*. De la misma manera en que los conceptos de propiedad en el burgués y en el intelectual difieren en lo que a su contenido particular se refiere, pero no en lo que alude a su *estructura apropiativa*, las nociones de *medios de producción* se diferencian en ambos casos de manera entitativa (ya que mientras lo que posee el capitalista son medios *materiales* de producción, lo que monopoliza el intelectual son medios *intelectuales* de producción); pero no en lo que alude a su *estructura productiva*. Tanto los medios materiales como los intelectuales de la producción tienen como objeto no sólo elaborar un producto, sino potenciar el trabajo, volver más productiva la fuerza de trabajo. Si la esencia de los medios de producción es su *carácter de intermediación* productiva entre la fuerza de trabajo y el objeto de trabajo, dicho carácter aparece como un *común denominador estructural*, en ambos casos.

Podemos hablar, entonces, de una *clase intelectual* porque

la intelectualidad posee, como la clase burguesa, *una estructura apropiativa aunada a la estructura productiva* de sus bienes monopolizados. Como puede advertirse en todo lo precedente, no entiendo por intelectuales solamente un puñado de individuos (artistas, filósofos, hombres de ciencia) que se dedican a las labores espirituales, como suele entenderse de manera común. El concepto de intelectuales que empleo es mucho más amplio: hace referencias a todos aquéllos sujetos que, a diferencia de los trabajadores manuales, *elaboran productos intelectuales mediante medios intelectuales de producción, obtenidos en la "fábrica de intelectuales" que es la escuela.*

Para detectar el papel que juega la clase intelectual en el capitalismo y cuáles son las tendencias de sus diversos estratos, conviene llevar a cabo una *clasificación política de los intelectuales*, vinculando dialécticamente el método estructural con el método histórico.

Me gustaría proponer esta clasificación. La clase intelectual en el capitalismo (y también en el capitalismo mexicano) está conformada por tres sectores claramente diferenciables: un sector *subordinado realmente a la burguesía*, otro sector *subordinado formalmente a la clase obrera* y un tercer sector *subordinado realmente a la clase obrera.*

Aunque *toda* la clase intelectual se halla *dominada*, desde el punto de vista económico, por el sistema capitalista, sus diferentes estratos poseen, desde el punto de vista político, diversas posiciones. Con la clase intelectual ocurre lo mismo que sucede con las otras clases: que no siempre coincide la estructura de clase con la posición de clase.

El intelectual "fuera de sí" y "en sí"

El sector de la clase intelectual *subordinado realmente a la burguesía* se subdivide en dos capas: 1) el intelectual *fuera de sí* en sentido ascendente (*o intelectual burgués* y 2) el intelectual *en sí.*

1. La intelectualidad subordinada realmente a la burguesía del género *fuera de sí* se caracteriza por su desclasamiento ascendente. ¿Qué se quiere decir con ello? Que es un sector de la clase intelectual que lucha, no por los intereses de la clase intelectual tomada en su

conjunto y contrapuesta tanto al capital cuanto al trabajo manual, sino que, haciendo a un lado las diferencias estructurales que tiene con la burguesía, se supedita lacayunamente a ella. Este sector, en México está formado por los profesionistas e ideólogos puestos al servicio del Estado y la iniciativa privada. Su desclasamiento es ascendente porque “sacrifican” su diferencia con la burguesía, aunque no, desde luego, la que mantienen con los obreros. Son intelectuales que sueñan con ser burgueses y, a veces, logran convertir en realidad su sueño. En ocasiones son, en cierto sentido, más burgueses que los propios capitalistas, en virtud de que, no poseyendo medios *materiales* de producción, logran visualizar, en el Estado o en las empresas privadas, los intereses a largo plazo del capital. Pueden recibir el nombre de *intelectuales burgueses (diferenciados de los burgueses intelectuales, dueños de medios de producción materiales e intelectuales)* porque carecen de los medios *materiales* de la producción. Frecuentemente participan de la plusvalía obtenida de las empresas capitalistas, aunque no es, desde luego, necesaria tal cosa, ya que pueden percibir tan sólo sueldos y salarios que cubren el valor o el precio de su fuerza de trabajo calificada.

Es interesante anotar el hecho de que, en términos generales, el sector burocrático-político de la clase intelectual es el que, dentro del Estado y en contra del sector burocrático-político de la clase burguesa, defiende más los intereses del sistema burgués tomado en su conjunto que los intereses de tales o cuales grupos empresariales particulares. En este sentido, dicho sector resulta más papista que el Papa, como he escrito en otro lado. Aunque su subordinación respecto a la burguesía resulta un hecho indudable, no deja de tener, por razones estructurales, contradicciones no sólo con los obreros (y los intelectuales de otro tipo) sino con la propia burguesía. Pero sus contradicciones están inhibidas, disfrazadas, son clandestinas. Diferencias que brotan del hecho de que quienes monopolizan los conocimientos no pueden ver con buenos ojos que el poder recaiga en manos de los capitalistas, en virtud de un título de propiedad ajeno a lo que ellos juzgan como verdaderamente valioso: el estudio, el saber. En su fuero interno, estos intelectuales subordinados a la burguesía frecuentemente conciben el *ideal tecnocrático* de

una sociedad sin capitalistas y dirigida toda ella, desde el punto de vista de la eficiencia científica, por los *managers*.

2. La intelectualidad subordinada realmente a la burguesía del genero *en sí*, depende indirectamente de la burguesía. Vive una especie de *enclasmiento ilusorio*. Mientras el intelectual *burgués* “sacrifica” su diferencia con los capitalistas para volverse un elemento más al servicio del capital, y el intelectual *comunista* —como después veremos— sacrifica su diferencia con los obreros para ser copartícipe en la lucha revolucionaria del proletariado manual, el intelectual *en sí* pretende no sacrificar ninguna de estas diferencias que brotan de su puesto en la estructura social del capitalismo. El intelectual *en sí*, en efecto, procura no confundirse ni con el burgués ni con el obrero. Su ideología es, por eso, el *apoliticismo*, el imaginarse al margen o por encima de la lucha de clases. El plexo de valores que constituyen el fundamento de su *modus vivendi* conforman su *aristocratismo intelectual*, a partir del cual establecen, conscientemente o no, una reestructuración de la pirámide social, sustituyendo en su imaginación la jerarquización clasista real por una estratificación ideal en que la cúspide está representada por los hombres cultos y la base no sólo por los obreros y campesinos, sino también por los capitalistas y comerciantes ignorantes. Su práctica fundamental es ir al safari de los elefantes que requiere la construcción de su torre de marfil. Aunque se imagina autónomo, aunque se sueña incontaminado, aunque tiene en los oídos una música electrónica, en los ojos una pintura no figurativa y en los labios un verso vanguardista, no puede escapar a las determinaciones que le fija el régimen. No puede dejar de ser un intelectual subordinado realmente a la burguesía, aunque esta subordinación no tenga el carácter lacayuno de los intelectuales del rubro precedente. El fundamento de su ideología y su psicología es el propósito de *diferenciación respecto al vulgo*. El intelectual *en sí*, en todo lo que hace, dice y piensa, desea distinguirse de la gente común. Quiere encarnar la excepción. Su pasión es el genio, su infierno el anonimato. De ahí su *ideología artística: el formalismo, la deshumanización del arte*. En una medida importante, el formalismo se explica como el propósito, consciente o no, del artista por distinguirse de los demás para aparecer frente a ellos como un ser

incomprensible, genial, sorprendente. Si no lo comprenden o sólo es accesible a una "capillita" de elegidos, mejor que mejor: ello garantiza su ubicación en la corte de la aristocracia intelectual. De ahí también su ideología filosófica: *el idealismo*, el cual presenta dos determinaciones claramente discernibles: por un lado, la absolutización de su forma de trabajo intelectual cotidiano; por otro lado, su necesidad de contraposición respecto al "realismo ingenuo" de las masas laboriosas e ignorantes.



Esto no quiere decir que tal arte y tal filosofía no contengan, en ocasiones, elementos valiosos que pueden perdurar después de desaparecidos sus autores, como aportaciones culturales significativas. Puede haber, como se sabe, artistas y filósofos conservadores y aun reaccionarios, desde el punto de vista político, que elaboren productos de importancia histórica innegable. No obstante ello, como sus posiciones socio-políticas y su producción misma no coadyuva en ninguna medida apreciable a la destrucción del régimen capitalista, y como, por otro lado, sus creaciones son asimiladas y forman parte de la ornamentación cultural del sistema burgués, los intelectuales *en sí*, pretendidamente autónomos y supuestamente desligados de todo compromiso vulgar con los intereses mezquinos dominantes en el medio ambiente, no pueden dejar de hallarse subordinados realmente a la burguesía ni dejar de encontrarse, aunque sea en última instancia, *fuera de sí*.

La prehistoria de la burocracia

El sector de la clase intelectual *subordinado formalmente a la clase obrera* constituye el “sector histórico” de aquella clase. Si los dos sectores vistos con anterioridad, se hallan subordinados, a pesar de sus diferencias, a la clase dominante; si son estratos de la intelectualidad que, lejos de impugnar prácticamente al régimen burgués, son asimilados directa o indirectamente por éste, el “sector histórico” de la clase intelectual *se opone en sus pensamientos y en sus actos al modo de producción capitalista y, dentro de ciertos límites, está animado por un cierto espíritu revolucionario*. Este estrato de la clase intelectual reúne a la mayor parte de los socialistas, marxistas, marxistas-leninistas, esto es, a aquellos intelectuales que rompen con la subordinación real a la burguesía que caracteriza al intelectual *fuera de sí en sentido ascendente* y al intelectual *en sí* pretendidamente apolítico. Rompen con esta subordinación y vuelven sus ojos a la clase obrera... Constituyen, sin embargo, una intelectualidad *para sí* porque su vinculación con el proletariado manual, cuando se logra, no acarrea otro resultado que el de configurar la reserva material necesaria para que este “sector histórico”, representando los intereses de

la clase intelectual en su conjunto, pueda oponerse revolucionariamente a la burguesía e instaurar (en los regímenes llamados “socialistas” por la ortodoxia burocrática recalcitrante o “regímenes de transición” por la ortodoxia burocrática moderada) un sistema social en que, una vez destruido el capital privado por la estatización de los medios *materiales* de la producción, la clase intelectual en general, y en especial su estado mayor burocrático-tecnocrático, quedan como beneficiarias de la revolución proletario-intelectual. El “sector histórico” de la clase intelectual es el que, independientemente del grado de conciencia con que lo haga, se relaciona con la clase obrera para encontrar en ella el *punto de apoyo material* que le permita sustantivarse. La intelectualidad *para sí* es consciente de que, sin la participación de la clase obrera, no existe la posibilidad de destruir el régimen capitalista; es consciente, asimismo, de que la *clase intelectual* (independientemente del nombre que le den: clase media, pequeña-burguesía, estratos intermedios, etc.) carece del poder material para enfrentarse *sola* contra el poderío burgués; es consciente, por último, de que su alianza con la clase obrera responde a sus intereses históricos. No es consciente, desde luego, del tipo de organización social que se generará tras el proceso revolucionario anticapitalista. No distingue entre los agentes obreros de la revolución y los beneficiarios intelectuales de la misma. No advierte (las condiciones históricas no se lo han permitido) el carácter proletario-intelectual de las revoluciones tenidas por socialistas. Le pasa algo semejante a la burguesía, la cual llega al poder, tras la revolución democrático-burguesa, no porque fuera consciente del papel que tenía que jugar en el decurso histórico, sino por *razones estructurales* o, lo que es igual, debido a que, entre las clases sociales que constituían el Tercer Estado —al que podríamos bautizar con el nombre de Frente Antiaristocrático—, era la clase dueña de los medios *materiales* de la producción. En cierto sentido se podría afirmar, por consiguiente, que en términos generales las clases escalan el poder “a ciegas” por razones que no son ni volitivas ni racionales, sino por *razones estructurales*. La revolución proletario-intelectual lleva a la clase intelectual al poder no porque éste diseñe el siniestro complot de la confiscación de la revolución

obrero; tampoco porque, consciente de la autoemancipación que significa el estatizar los medios *materiales* de producción, intervenga dolosamente en el proceso revolucionario anti-capitalista. No. La revolución proletario-intelectual lleva al poder a la clase intelectual, capitaneada por el “sector histórico” de la misma —que, además, resulta también en términos generales, el “estado mayor” del proletariado manual—, por razones estrictamente estructurales, razones que se dan al margen de la conciencia y la voluntad de los integrantes de la clase mencionada.

El “sector histórico” de la clase intelectual obtiene su carácter de *para sí*, porque la clase obrera que pugna contra la burguesía “depone las armas”, por así decirlo, ante la clase intelectual, que adquiere la hegemonía. Si algo le interesa al “sector histórico” de la clase intelectual es que la clase obrera, luchadora a muerte contra la burguesía, “baje la guardia” frente a la clase intelectual. Su ideología, por eso mismo, consiste en *autonegar su carácter de clase para posibilitar su dominio de clase*. Este “sector histórico” no sólo lucha en función de su propio estrato —que no representa otra cosa que la prehistoria de la burocracia del *régimen intelectual* que sustituye al capitalista— sino de *toda la clase intelectual*. Cierto es que otras capas de intelectuales podrán no entender el significado de la revolución proletario-intelectual; verdad es que ciertos intelectuales burgueses o intelectuales *en sí* cerrarán filas con la burguesía en contra de la revolución antiburguesa. Pero esta heterogeneidad de posiciones políticas no es nueva: en condiciones históricas distintas es bien sabido que frecuentemente ciertos sectores burgueses, aliados al régimen aristocrático-feudal, han estado en contra de la revolución democrático-burguesa. Lo decisivo, por consiguiente, es esto: el intelectual *intelectualista, para sí*, al aliarse con la clase obrera, y al resultar triunfante en el proceso revolucionario, no sólo se beneficia a sí mismo —esto en primer lugar y desde luego— sino que acaba por entronizar a toda la clase intelectual con lo cual expresa objetivamente los intereses de la misma. En este sentido hay que interpretar la reasimilación paulatina, pero segura y sistemática, al nuevo régimen, de intelectuales que se opusieran en un principio a la revolución proletario-intelectual.

El intelectual *para sí* pugna por enclasarse, por poner en armonía su pensamiento y acción con sus intereses *de* clase. Cuando un intelectual *en sí* quiere pasar del *enclasmiento ilusorio* que lo caracteriza al *enclasmiento real* de los intelectuales, deja de ser *en sí* para devenir *para sí*. Tiene que abandonar el *formalismo* artístico, por ejemplo, a favor del *realismo socialista* en cualquiera de sus formas. El realismo socialista no es, en realidad (incluyendo ese realismo socialista avergonzado de sí mismo y que, sin dejar de serlo, oculta su nombre), ni realismo ni socialista. No es realismo porque está incapacitado para advertir qué sucede en la realidad. No es socialista porque, en su esencia, no hace otra cosa que justificar al sistema burocrático-tecnocrático de la clase intelectual. Es, más bien, un *idealismo intelectual*. El realismo socialista es, pues, la *forma artística más conveniente para que la clase intelectual adoctrine y manipule a las masas de acuerdo con los intereses de la clase intelectual dominante emergente*. Cuando un intelectual *en sí* quiere convertirse en *para sí* tiene que abandonar también el idealismo filosófico para asumir el *materialismo histórico habitual*. Ese materialismo histórico no es, sin embargo, ni cabalmente materialista ni plenamente histórico. No es cabalmente materialista porque se encuentra imposibilitado para apropiarse cognoscitivamente el ser objetivo en cuanto tal (por ejemplo, detectar el carácter de clase de la clase intelectual con todo lo que ello implica). Y no es plenamente histórico porque no puede comprender, a partir del riguroso conocimiento de la estructuración real de la sociedad capitalista, las leyes de tendencia históricas que emanan de su formación. Es un “materialismo histórico” incompleto, burocratizado, puesto al servicio de la clase intelectual en el poder o en ascenso. El *materialismo histórico habitual es, entonces, la forma filosófica más conveniente para que la clase intelectual adoctrine y manipule a las masas de acuerdo con los intereses de la clase intelectual dominante o emergente*.

La clase de los desclasados

El sector de la clase intelectual *subordinada realmente a la clase obrera* se diferencia tajantemente tanto del estrato de



los intelectuales subordinados realmente a la burguesía cuanto de los intelectuales subordinados formalmente a la clase obrera. Se trata de un sector pequeño en nuestros días, pero que tiende a crecer. Es también un sector *fuera de sí* de la clase intelectual. Pero no *fuera de sí en sentido ascendente*, como en el caso del intelectual puesto al servicio de la burguesía, sino *fuera de sí en sentido descendente*, en el sentido de un *desclasamiento* proletarizado. Este intelectual, al que podríamos denominar —parafraseando a Gramsci—, el *intelectual orgánico de la clase proletaria manual*, requiere obligatoriamente, para ubicarse en su *desclasamiento descendente*, de dos rompimientos: del rompimiento con la burguesía (y, por ende, con toda inclinación al desclasamiento ascendente) y del rompimiento *con su propia clase intelectual*. Sólo si se rompe con la burguesía y con los intereses históricos de la clase intelectual, se puede asumir la posición del intelectual verdaderamente revolucionario, esto es, el que se subordina no formalmente sino realmente a la clase obrera, a una clase que, para autoemanciparse, requiere luchar contra la clase burguesa primero (hasta socializarle sus medios *materiales* de producción) y contra la clase intelectual después (hasta socializarle sus medios *intelectuales* de producción). Aunque como sector de la intelectualidad se desclase en sentido teórico-político, sigue manteniendo contradicciones con la clase obrera, contradicciones que emanan del hecho de que, frente al trabajo manual ignorante, él posee medios *intelectuales* de producción. Su forma de pensar y vivir se diferencian tajantemente, por lo común, de la forma de vivir y pensar de los obreros y campesinos. Su caudal de conocimientos genera en él ciertos intereses, actitudes, posiciones que lo separan, o pueden separar, de las masas.

Lo anterior, amén de la diferencia entre los tres tipos de intelectuales que hemos examinado, nos conduce a la siguiente reflexión: podemos hablar de una *clase intelectual*, a pesar de las diferencias políticas de los estratos de que se compone, en virtud de que *todos ellos poseen una misma estructura*: el monopolizar, frente a las masas desprovistas de conocimientos, los medios *intelectuales* de la producción. Se podría pensar que no conviene hablar de una *clase intelectual*, dada la

heterogeneidad política que hemos hallado en la clasificación de los diversos estratos que la conforman. Pero, en contra de ello, hay, creemos, dos argumentos de peso: en primer lugar, como dijimos, ninguna clase registrada por la historia ha sido nunca totalmente homogénea. En segundo lugar, creemos hallar en la clase intelectual tomada en conjunto lo que nos gustaría denominar una "unidad soterrada" de la clase. En efecto, el intelectual subordinado realmente a la burguesía no deja de tener contradicciones con el capital (generadas a partir de que él no es dueño de medios *materiales* de la producción) y el intelectual subordinado realmente a la clase obrera no deja de tener contradicciones con los trabajadores manuales (generadas a partir de que él es dueño de medios *intelectuales* de producción). La estructura conformadora del trabajo intelectual determina su "unidad soterrada". Su psicología, su ideología, su concepción del mundo, gira en torno de su carencia de medios *materiales* de producción y de su propiedad de medios *intelectuales* de ella. En el *enclasmiento ilusorio* del intelectual *en sí* aflora espontáneamente su *modus vivendi* y su *modus operandi*. En el *enclasmiento real* del intelectual *para sí* se cristaliza su oposición al burgués, por un lado, y al trabajador manual, por otro. Pero aun en los sectores *fuera de sí*, en que pudiera pensarse que desaparece la determinación clasista de la clase intelectual, se halla presente. El intelectual no puede confundirse ni con el burgués ni con el obrero. Por así decirlo, frente al burgués se siente "obrero" y frente al obrero se siente "burgués".

Hasta este momento he hablado de las diferentes clases de intelectuales como si se dieran en la realidad con la distinción entitativa mencionada. Pero conviene subrayar, al llegar a este punto, que no es rara la presencia de diversos tipos de *mezcla* de intelectuales en la sociedad. Es posible hallar, en efecto, ciertos operarios del intelecto que, aunque se hallan subordinados realmente a la burguesía en la modalidad del estrato *fuera de sí en sentido ascendente*, sentimentalmente se sientan lo que hemos llamado intelectual *en sí*. Hay otros que, aunque se orienten hacia una subordinación formal a la clase obrera, no logran desprenderse totalmente de la subordinación directa o indirecta a la burguesía. Y hasta es posible encontrar quienes,

comprometidos realmente con la lucha y los intereses históricos del proletariado manual, no logren superar puntos de vista, valores y concepciones que emanan del intelectual *burgués (en sí o fuera de sí en sentido ascendente)* o del intelectual intelectualista (*para sí*). Hay, entonces, un gran número de posibles mezclas, aunque alguna de las determinaciones —la que muestra la actividad fundamental del individuo— resulta, por lo general, la decisiva y definitiva de la clase a la que pertenece el intelectual.

Las mezclas no sólo se dan, por otro lado, entre los diversos tipos de intelectuales, sino también entre la intelectualidad y la burguesía. Hay, en efecto, individuos que son dueños, simultáneamente, de medios *materiales e intelectuales* de producción. Sujetos que han logrado convertirse en intelectuales porque previamente a ello eran capitalistas o que han conseguido hacerse capitalistas porque antes de eso eran intelectuales. Los medios materiales de la producción pueden ser un trampolín para hacerse de los medios intelectuales de la misma o viceversa. En este sentido nos es dable hablar de un burgués (en cualquiera de sus estratos) que sea al mismo tiempo intelectual subordinado directa o indirectamente a la burguesía; intelectual subordinado formalmente a la clase obrera y hasta —como Engels— intelectual subordinado realmente a la clase obrera manual.

Toda la clasificación de los intelectuales que he presentado tiene que vincularse con un punto de vista histórico. Histórico en dos sentidos: *a)* en el de que la cantidad y calidad de los intelectuales no es siempre la misma. En épocas de “paz social”, por ejemplo, predominan los intelectuales subordinados realmente a la burguesía, tanto los que hemos caracterizado como *fuera de sí en sentido ascendente* cuanto los que, entregados al arte, la ciencia y las profesiones liberales, etc., hemos denominado intelectuales *en sí*. Cuando las contradicciones capitalistas se agudizan, cuando se vislumbra en el horizonte la posibilidad de un cambio social, la correlación de fuerzas tiende a modificarse y crece el número de intelectuales subordinados formalmente a la clase obrera y de los subsumidos realmente a ella. Entre paréntesis, me gustaría anotar el hecho de que frente a ciertos intelectuales que franca y decididamente

se definen como intelectuales *para sí* (por su concepción “vanguardista”, paternalista, etc.), hay quienes de manera espontánea se identifican con el intelectual desclasado, el intelectual orgánico de la clase trabajadora manual. La teoría de la *clase intelectual* tiene la pretensión, en ese contexto, de *volver consciente lo que existe en estos intelectuales (y desde luego en los obreros anti-intelectualistas) de manera inconsciente y espontánea.* b) En el de que la posición política de cada estrato de la clase intelectual determinará el papel que jueguen en un proceso revolucionario anticapitalista. Los intelectuales burgueses (y los apolíticos) serán, por lo general, aliados del régimen burgués. Es, incluso, posible que muchos de ellos, ante una revolución victoriosa, se dediquen a la contrarrevolución. Los intelectuales *para sí* cosecharán los frutos de haberse subordinado *formalmente* a la clase obrera, ya que resultarán los beneficiarios del sistema, si es que el proletariado manual (lo cual, en las condiciones actuales, es lo más probable) no advierte la tendencia de la clase intelectual hacia su sustantivación, el proceso confiscatorio, en fin, de la revolución hecha por los obreros. Hecha, sí, por los trabajadores manuales. Pero no usufructuada por ellos, sino por la clase intelectual y su dirección burocrático-tecnocrática, la cual, incluso, refuncionaliza un tipo de *capital social* y de *plusvalía social*, para ponerlo al servicio de la clase dominante en general y de su cúspide burocrático-tecnocrática en especial.



colección ensayos

Daniel Prieto
DISEÑO Y COMUNICACION
150 Págs.

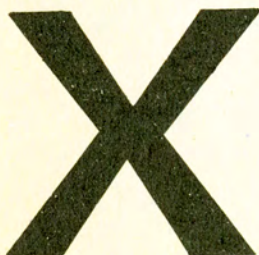
Fernando Tudela
ECODISEÑO
236 Págs.

Emilio Pradilla (compilador)
**ENSAYOS SOBRE EL PROBLEMA
DE LA VIVIENDA EN
AMERICA LATINA**
472 Págs.

Raúl Cremoux
**LA LEGISLACION MEXICANA
en radio y televisión**
192 Págs.

Guillermo Delahanty
TABU DEL INCESTO
250 Págs.

U A M



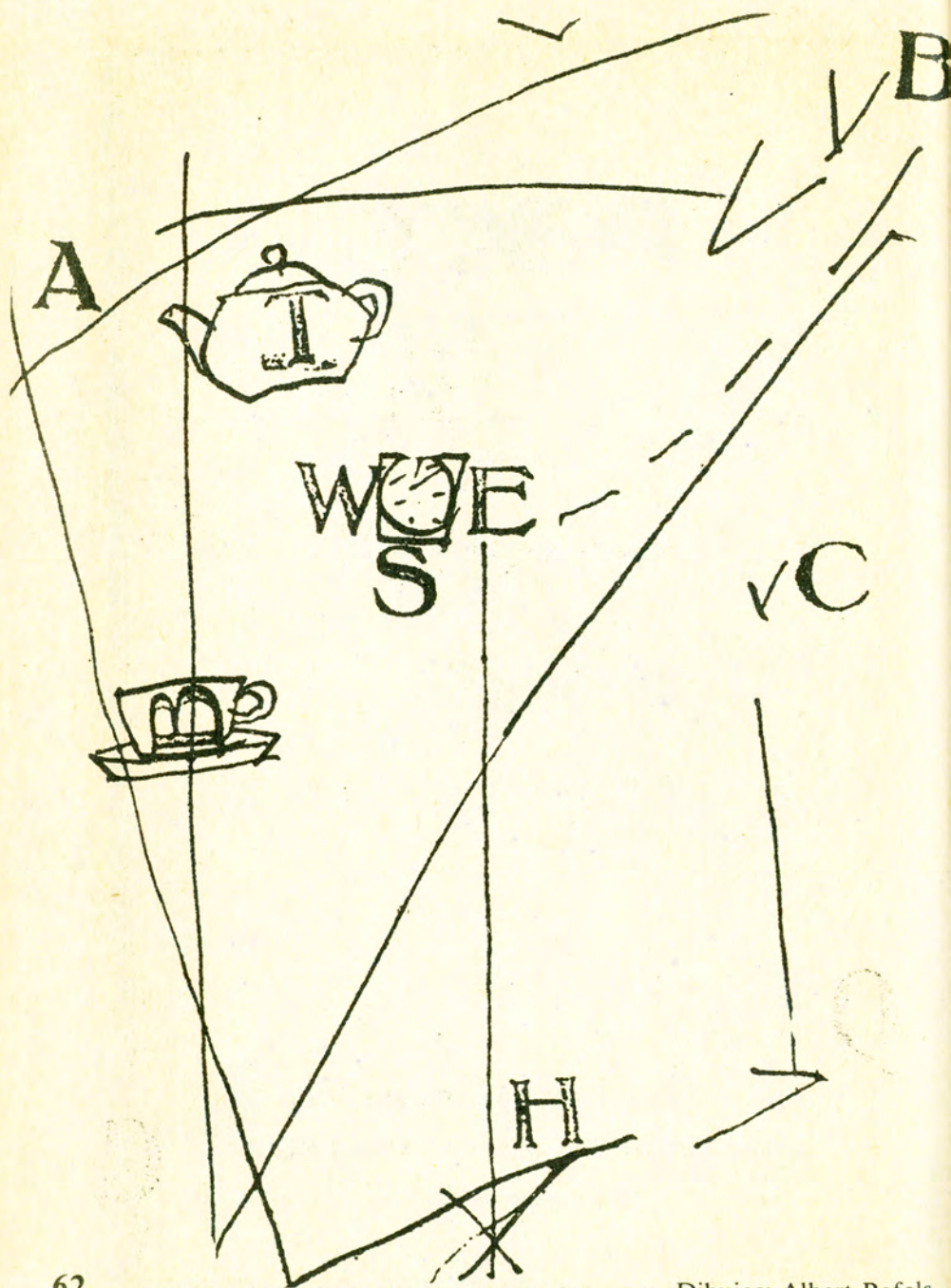
ochimilco

nexos

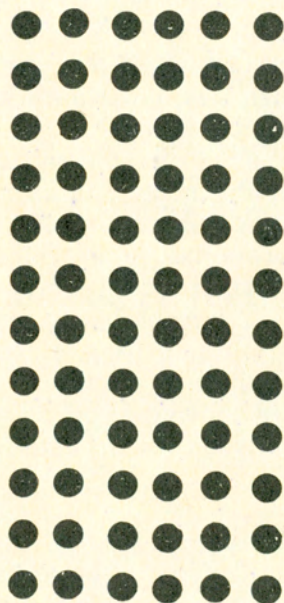
Sociedad • Ciencia • Literatura

Contra inflación, suscripción

**Prado Norte 450, 11000 México D.F.
Apartado Postal 5- 799, 06500
México D.F.**



Ciencia
que
te
quiero
Ciencia



Con frecuencia se habla de que la ciencia mexicana, aunque reciente, tiene raíces que se remontan al pasado prehispánico. ¿Consideras que esto es cierto?

¿Y eso se refleja en las instituciones de enseñanza superior donde se enseña ciencia?

Sólo en un sentido figurativo, porque no hay astrónomo mexicano que se sienta la reencarnación de los mayas que observaban desde el caracol de Chichén-Itzá, ni químico que se crea descendiente académico de Río de la Loza. México ha tenido momentos brillantes en su historia científica, pero lamentablemente ésta ha carecido de continuidad. Nuestras instituciones científicas son jóvenes, y las más propectas, como el Observatorio Astronómico Nacional, apenas si sobrepasan los cien años. Pero quizás lo lamentable no sea tanto el carecer de una tradición científica, sino que México no tenga una política de desarrollo científico y tecnológico que sea coherente con las necesidades nacionales y las demandas de las grandes mayorías.

Por su puesto. Mira, en 1816 José Joaquín Fernández de Lizardi describió en *El Periquillo Sarniento* a una institución de educación superior como un lugar en donde “aún no se acostumbraba en aquel ilustre colegio, seminario de doctos y ornamento de ciencia de su metrópoli, aún no se acostumbraba, digo, enseñar la filosofía moderna en todas sus partes; todavía reso-

naban en sus aulas los *ergos* de Aristóteles. Aún se oía discutir sobre el *ente de razón*, las *cualidades ocultas de la materia prima*, y esta misma se definía con la explicación de la nada, *nec est quid*, etc. Aún la física experimental no se mentaba en aquellos recintos, ni los grandes nombres de *Cartesio* (Descartes), *Newton*, *Muschembrech* y otros eran poco conocidos en aquellas paredes que han depositado tantos ingenios célebres y únicos...". Las facultades y escuelas superiores de ciencias naturales y exactas no se fundaron en nuestro país sino hasta 1935, el mismo año en que Lázaro Cárdenas fundó el Consejo Nacional de Educación Superior y de la Investigación Científica. Durante mucho tiempo tuvieron un número reducido de profesores y alumnos, y su explosión demográfica es un fenómeno relativamente reciente. Como es fácil sospechar, las instituciones más importantes de educación superior dedicadas a la enseñanza de las ciencias naturales y exactas han estado localizadas en la ciudad de México y ha habido escuelas de ciencias en provincia que se han cerrado por falta de presupuesto o por capricho de algún gobernador semianalfabeta. Por otra parte, los planes de estudio son obsoletos, y su contenido poco o nada tiene que ver con la problemática económica y social de nuestro país.

Si esa es la enseñanza que reciben nuestros futuros científicos, ¿cuál es entonces el papel de la ciencia en México?

Hace algunos años un grupo de científicos mexicanos se hizo la misma pregunta y llegó a la conclusión de que puesto que el impacto que la investigación científica tecnológica tiene sobre las fuerzas productivas en el país es limitadísima, el papel de la ciencia mexicana se reducía esencialmente a reproducir y reforzar la ideología de los grupos y las clases dominantes. Yo estaría básicamente de acuerdo en esa conclusión, y creo que se pueden dar muchos ejemplos al respecto.

¿Cómo se se probaría eso en el caso del CONACYT, organismo oficial que se creó para impulsar la investigación científica en México?

Uf, ese ejemplo es facilísimo. Mira, hasta Edmundo Flores, que fue el director general del CONACYT durante el sexenio del presidente López Portillo, llegó a escribir que dicha institución, derivada de un organismo anterior que era el Instituto Nacional de la Investigación Científica, se creó con el apoyo de Echeverría como un mecanismo más para “reanudar el diálogo entre el gobierno y los estudiantes”, que había quedado roto luego de 1968. Lo interesante es que luego, durante el gobierno de López Portillo, el CONACYT se transformó en un instrumento más de la complicadísima utilería política que el Estado mexicano empleó para crearse una imagen moderna, de pujanza y desarrollo. El Estado era en los años de auge petrolero un Leviatán que chapoteaba en un mar de hidrocarburos, y que entre sus aleteos gozosos podía dar dinero en abundancia para organizar festivales cervantinos, traer orquestas y exposiciones, y crear centros de investigación científica y tecnológica por diferentes zonas del país. Todo lo anterior era importante; lamentablemente uno no construye una política científica o crea una tradición cultural a partir de episodios de filantropía que ocurran cada seis años.

Pero es importante agregar que el papel ideológico de la ciencia en México no se limita a ser un elemento más en el *curriculum* propagandístico del Estado mexicano, sino que vá más allá. Pensemos, por ejemplo, en la manera en que la ciencia se concibe y se practica, esto es, como una actividad reservada solamente a un grupo reducido de iniciados cuyo bagaje intelectual les hace aptos para una actividad superior; en esta versión siempre se calla, por ejemplo, que al igual que las monjas de la Nueva España, estas novicias entran al claustro del saber científico con una dote: su origen de clase. Todos conocen la utilidad política de un modelo de organización basado en una jerarquización absolutamente piramidal pero supuestamente objetiva, en donde el trabajo científico está regulado por unos cuantos. Pero la verdad es que la estructura del aparato científico descansa sobre bases deleznable: una competencia despiadada, un sexismo absoluto, una buro-

cratización del saber y un comercio académico en donde la labor del científico mexicano es medida no con la vara de la relevancia que su actividad pueda tener en el contexto nacional, sino con los sistemas de evaluación de la producción científica que se utilizan en países desarrollados como los Estados Unidos.

¿Y la izquierda qué ha hecho ante esta situación?

Poco, casi nada. Claro que durante la guerra de Vietnam se denunciaba el mal uso de la ciencia al ser aplicadas técnicas altamente sofisticadas en contra de los pueblos de Indochina, y de cuando en cuando alguien critica las implicaciones ideológicas de la sociobiología; pero la izquierda mexicana, en lo general, ha avanzado muy poco en la crítica a la estructura del aparato científico.

En México la izquierda ha mantenido la imagen decimonónica de la ciencia como uno de los pilares básicos de un futuro brillante e idílico, y lamentablemente se han hecho a un lado cuestiones tan importantes como el deterioro ambiental, la búsqueda de fuentes alternas de energía y otras cuestiones de enorme trascendencia social que implican una concepción política de la investigación científica completamente diferente a la idea tradicional del hombre como amo absoluto de su entorno. La izquierda mexicana pasó de la época dorada del tutelaje ideológico de Engels, en donde no se concebía una tarea más noble y pura que la de descubrir el carácter dialéctico de la Naturaleza que encerraba cada experimento, a una etapa en donde se acepta de manera implícita o explícita la estructura del aparato científico y se guarda un discretísimo silencio en torno al carácter jerarquizante, competitivo y sexista de la ciencia contemporánea. Inclusive, mentes tan lúcidas como José Revueltas aceptaron la tesis de la neutralidad de la ciencia. Revueltas escribió en 1966:

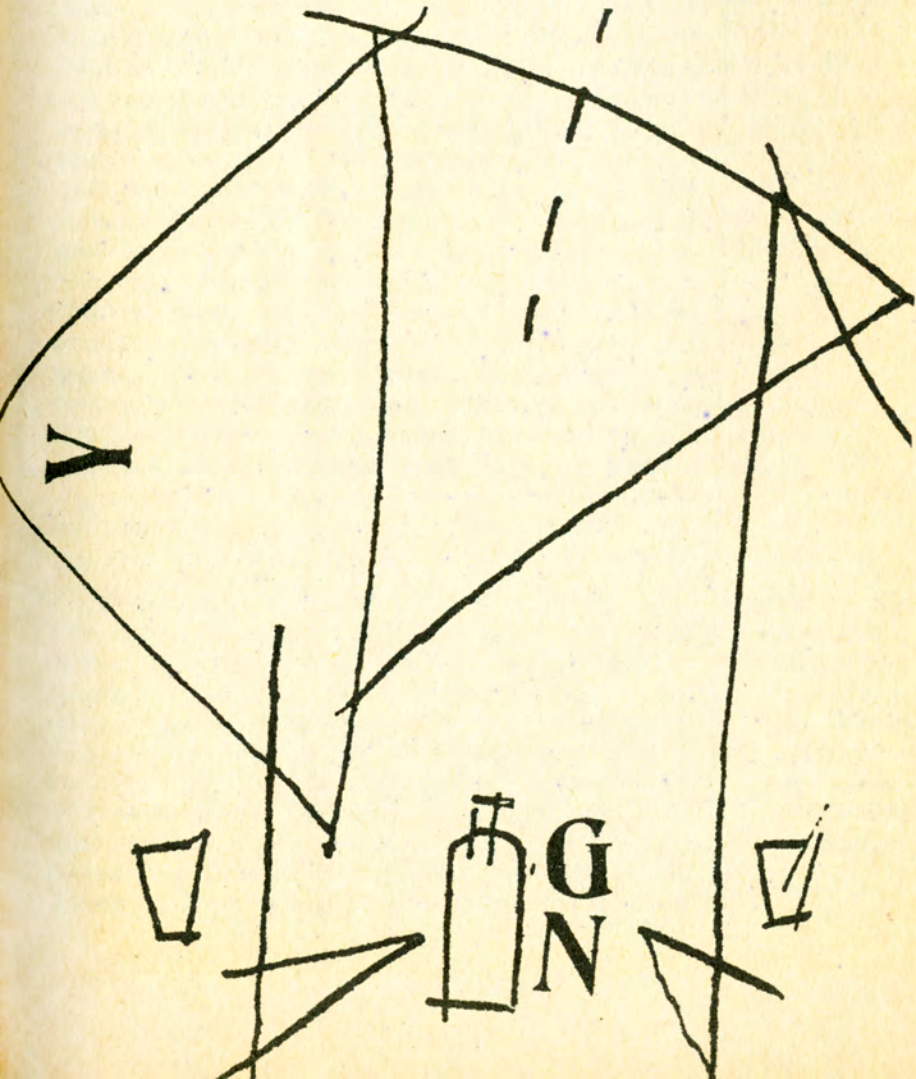
"Pero cuando se dice libertad, se dice conocimiento. 'La necesidad sólo es ciega, en cuanto no se la comprende', afirma Hegel. Entonces, mejor aún:

Con frecuencia se habla de que uno de los problemas mayores de la ciencia mexicana es la fuga de cerebros.

cuando se dice libertad, se dice ciencia. Ahora bien, si la libertad es el dominio de la necesidad por el hombre, sus instrumentos no serán otros que los de la ciencia y la técnica. De tal modo, en las interrelaciones, las interposiciones entre una y otra reside el desiderátum de la libertad y, puede decirse, el porvenir de la humanidad contemporánea". La izquierda mexicana ha vivido contenta con el convencimiento bíblico de que la verdad nos hará libres, pero se ha olvidado de analizar y criticar a la estructura del aparato científico y los valores de opresión que lleva implícitos.

Sí, hay investigadores que se van de cuando en cuando; aunque hay que hacer notar que durante el sexenio de López Portillo la patria se comportó como una madre generosa dispuesta a recoger de nuevo a todos los cerebros pródigos, porque un buen número de científicos que se habían marchado del país regresó cuando se les hicieron ofertas generosas para que pudieran continuar con su labor en México. Pero yo creo que en realidad la fuga de cerebros no es el problema básico. Quizás es más importante el hecho de que en cierto sentido —pero sólo en cierto sentido—, la inversión de recursos económicos en la actividad científica ha representado más bien una especie de fuga de divisas. ¿Por qué? Por una razón muy simple. La mayor parte de los investigadores trabajan en proyectos que poco o nada tienen que ver con los grandes problemas nacionales, sino que procuran seguir las modas de la investigación en otros países. Claro que eso garantiza luego que su trabajo sea publicado y reconocido por la comunidad científica internacional, pero los problemas que le interesan a ésta están dictados por necesidades económicas, sociales e ideológicas que poco o nada tienen que ver con la realidad mexicana. Esto no significa, por supuesto, que en México los científicos deban restringir su campo de trabajo a lo que el Estado les dicte, pero sí muestra que en general la comunidad científica realiza una labor de escasa relevancia

social. Lamentablemente este alejamiento de la realidad se inicia desde los primeros pasos de la formación profesional de los científicos, porque el anacronismo de los planes de estudio y su divorcio de los grandes problemas nacionales es bien conocido por todos. Luego que un estudiante se ha recibido de físico, biólogo o cualquier cosa similar, se le empieza a empujar —al menos se le empujaba cuando había dinero para becas— a que se marche del país para proseguir con sus estudios y obtener un doctorado. Ello representa para el país la posibilidad



de formar investigadores de alto nivel, pero ¿qué significa el alto nivel académico? En general, quiere decir que has obtenido un doctorado en EU, Inglaterra o Francia (aunque ya se empiezan a despreciar los doctorados europeos) y regresas a México con un entrenamiento académico adquirido en medios socioeconómicos que plantean problemas científicos y tecnológicos muy diferentes a los que existen en México. Claro que hay excepciones, pero para la mayoría de los científicos y las instituciones de enseñanza e investigación, los *curricula* se crean y se solidifican con la publicación de tus trabajos en revistas especializadas, y si son extranjeras mejor. ¿Te das cuenta lo que esta situación implica? Que el enorme costo social y económico —hecho en dólares en general— se va a concretar en artículos destinados a un grupo de lectores, extranjeros en su mayoría, y muy especializado. Si eso no es fuga de divisas a largo plazo, no sé entonces qué sea. Hay, incluso, otros problemas donde el alejamiento de los científicos mexicanos de su entorno se hace evidente. Por ejemplo, la mayoría de los estudiantes del nivel medio y superior utilizan textos extranjeros, algunas veces traducidos. Ello no es negativo en sí mismo, pero muestra que la mayoría de los científicos mexicanos permanece insensible, incluso a problemas tan cercanos a su corazón como la preparación de nuevas generaciones de investigadores.

Sin embargo, el CONACYT publicó en el sexenio pasado un enorme número de libros y revistas.

Sí, pero no basta con editar masivamente a Newton y a Darwin. Para muchos científicos y para el aparato científico mexicano es mucho más trascendental que escribas un artículo de investigación en el *Journal of Molecular Evolution* a que colabores en un proyecto —aún inexistente— que permita afianzar la estructura educativa del país. No pretendo, por supuesto, afirmar que los esfuerzos de los científicos deben estar destinados sólo a la educación, pero tampoco se puede mantener el divorcio que existe hasta ahora.

Es un divorcio muy relativo, porque en la UNAM y en el IPN hay escuelas y facultades al lado de institutos de investigación, ¿o no?

Sí, pero no es suficiente la vecindad geográfica para lograr una integración académica. Más bien la tendencia ha sido reducir el contacto entre las instituciones de enseñanza, que en general están masificadas, y los pequeños institutos de investigación. En la UNAM, por ejemplo, hay facultades como la de Química en cuya División de Posgrado existen grupos con una tradición académica importante y con recursos materiales y humanos considerables, pero también hay facultades como la de Ciencias en donde ni remotamente se cuenta con los recursos que poseen los institutos de investigación, que obviamente no acogen a todos los estudiantes que han terminado su licenciatura. En el IPN, por ejemplo, el apoyo a los grupos de investigación que existen en escuelas como la de Ciencias Biológicas ni remotamente se compara al apoyo que recibe el Centro de Investigación y Estudios Avanzados, en donde existen investigadores de primera, pero cuya estructura recuerda más a la de cualquier universidad estadounidense que otra cosa.

Evidentemente la ciencia mexicana ha sido afectada por la crisis económica. ¿Cuál será su futuro inmediato?

Yo creo que la crisis económica ha mostrado hasta qué punto la ciencia en México ha vivido bajo el signo académico del dólar estadounidense. Se han tenido que reducir o suprimir muchos de los programas de becas, y está faltando dinero para comprar aparatos, libros, y hasta substancias que sólo se pueden adquirir en el exterior. Puesto que la ciencia nunca ha sido una actividad prioritaria para el Estado mexicano, es evidente que la austeridad va a invadir los claustros académicos, limitando las posibilidades cosmopolitas que tantos científicos mexicanos alimentaron durante los años del auge petrolero, cuando todo parecía sonreírnos. Ahora se requiere de una mayor coordinación entre los centros de enseñanza e investigación científica para evitar la duplicidad de esfuerzos y gastos, pero también es indispensable garantizar que el apoyo económico se pueda mantener, sobre todo a aque-

llos programas de investigación relacionados con los grandes problemas nacionales, como la salud pública, la alimentación, la petroquímica, la búsqueda de fuentes alternas de energía, y el conocimiento y recuperación de nuestros recursos naturales renovables. Esto no significa, por supuesto, que se abandone a las ciencias básicas. Pero obviamente también la investigación en esta área se beneficiaría con una mayor racionalidad en el uso de los recursos destinados a la ciencia mexicana y con una política científica y tecnológica definida. Difícilmente se puede suponer que habrán de fundarse nuevos centros de investigación en provincia; a pesar de ello, no sólo hay que impedir que se cierren fuentes de trabajo para científicos, sino también procurar que ayuden a reforzar a las universidades locales y que adquieran mayor independencia administrativa. Si el CONACYT desaparece o no en el futuro es hasta cierto punto irrelevante. Lo importante será garantizar la posibilidad de que la actividad científica no muera de inanición en las épocas de austeridad que se avecinan. Pero para que el Estado mexicano no conciba a la ciencia como un adorno cultural prescindible, se requiere también un cambio en la actitud y en los valores que tradicionalmente ha sostenido la comunidad científica mexicana. Y esto, por supuesto, es una tarea política que ayuda a crear y reforzar una sociedad civil nacional.

lectura para todos

La Universidad Autónoma de Sinaloa ofrece una nueva colección integrada con 50 obras de los grandes de la literatura universal. Una selección de José Emilio Pacheco y Carlos Monsivais.

IONATHAN SWIFT
TENNESSEE WILLIAMS
IONATHAN SWIFT
SÓFOCLES
THOMAS MANN
TENNESSEE WILLIAMS

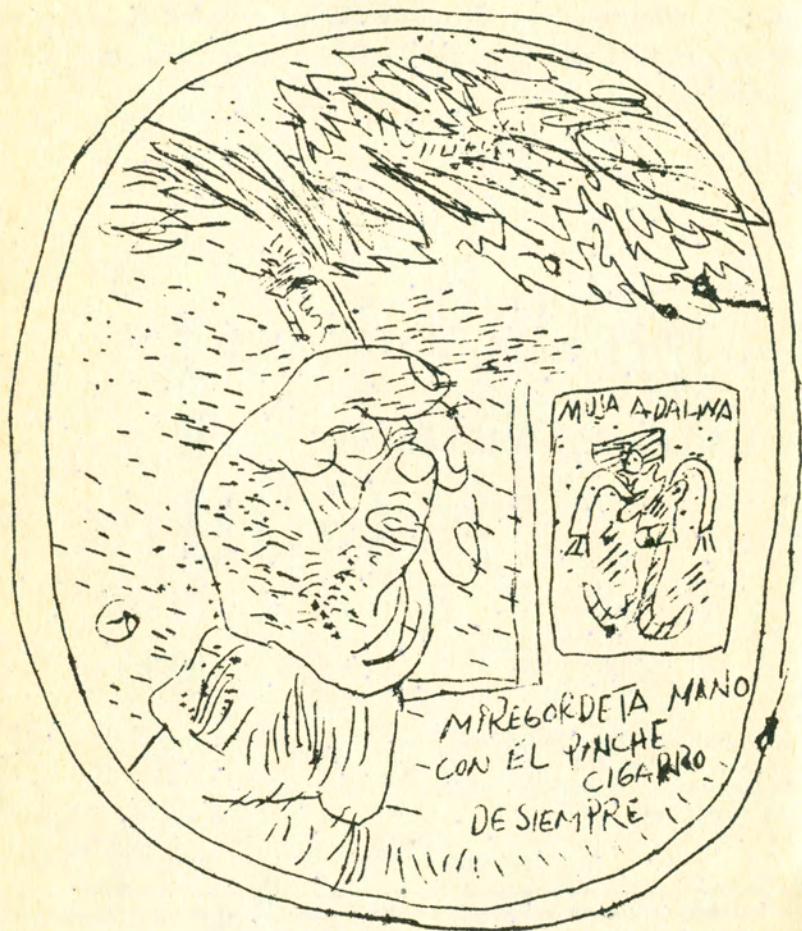
viajes
de
Gulliver

REPRESENTACION DE LA UAS
Avenida siete No. 209
México 13, D.F. (CP 03630)
Tel.: 539-61-81



CX ANIVERSARIO de la U.A.S.
(1873-1983)

Poemario



Alicia García Bergua*

Para A. C.

Tus ojos, mis doloridos lobos,
se iban anudando en mi garganta.
Estábamos despiertos después de haber bebido de las fauces del
sueño
el licor embriagante de inundarse.
Miedo en tus ojos; veían alejarse la estela de tu sombra,
miedo en los míos que en medio de la mar ya naufragaban.
¿Es también sueño mirar hacia esos faros
cuya luz nos alumbra y nos aleja?
Nuestros ojos luchaban con sus lágrimas para seguir abiertos
y mirarse aquí, juntos, sin amarras.

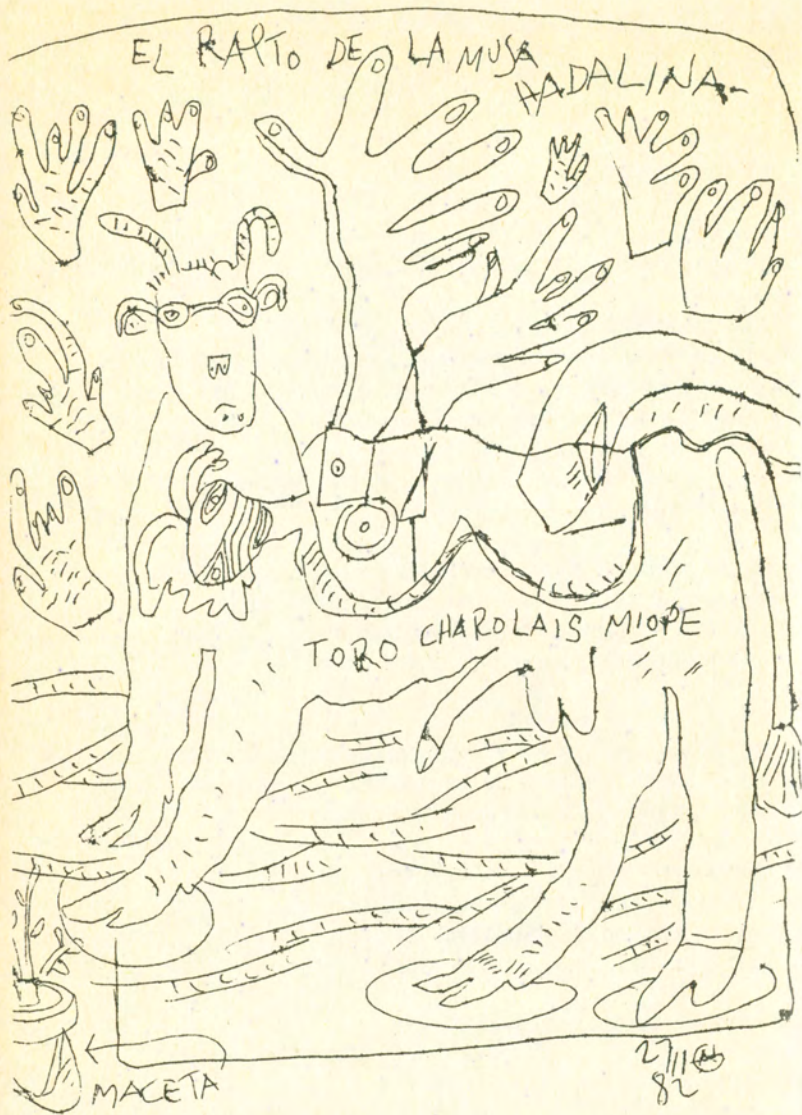
Sobre la palidez lunar de las aceras, se entretejen las sombras,
anuncian el perpetuo retorno a esa primera noche
que en ausencia del verbo compartíamos
soñando, sin saber, las palabras desnudas.

Voy tejiendo una sombra,
un manto oscuro que mi cuerpo tiende sobre el piso,
un hueco en el contorno de mi nombre
que se expande olvidado de sí mismo.

Mi silueta se vierte en el vacío oscuro de su sombra,
ciego abismo que llama al desvanecimiento,
espejo sin imagen, eco sin reverberación
en la margen ausente de mi nombre.

Cuando cierro los ojos en la noche
el oscuro vacío de mi sombra disuelve la rara simetría
que en la penumbra tienen las palabras.
Mi mirada desdobra los fantasmas chinoscos de los nombres
y mi sombra sin nombre cruza por el opaco espejo a esa
primera noche.

* Nació en la ciudad de México en 1954. Ha publicado poesía en la Revista de la Universidad y en La gaceta del FCP.



René Char

Amargo porvenir, amargo porvenir,
baile entre los rosales...

La palabra poesía es falsa pero te conmueve, inocente
brillo de lo que nunca será. Ahora interrogas a la
brasa y ella dice (dice que dice):

“No hay sabiduría de los huesos ni enigmática
estupidez humana que puedan abolir el tiempo
dichoso (cantan, cantan) de la restitución del mundo,
palpitante como un reloj criminal”.

Tal es la belleza del hombre --piensas-- y no aspiro
más que a la palma de su mano.

* Nació en Guadalajara el 10 de Octubre de 1950. Ha publicado poesía en *Asamblea de Poetas Jóvenes* y en la *Revista de la Universidad de Guadalajara*.

Nueva canción del domingo

¿Hay que decirlo?

Un cadáver brilla para que yo respire,
oh, sí, para que yo respire.
Un cadáver quemándose viene de muy lejos
con la serena ambición del hijo, la crueldad
del célibe que no ha olvidado.
Pero esa carne irrefutable me conmueve.
Esa carne educada en los rigores de la felicidad,
esa carne como una música tristísima
quiere cantar ella misma, saberse resurrección
y soberana dulzura,
espina
para que yo respire gozando o la olvide, no sé.

¿Todavía hay que decirlo?

A.A. en Rodez

soy puro como la vida

doliente poroso

extraviado ridículo

soy cualquiera

dañan mi cuerpo

y empieza a florecer la realidad del mundo



OTRO RAPTO DE LA MUSA ADALINA

1132

Eduardo Vazquez Martín*

Qué hiciste
del silencio,
de la puerta
que cruzamos tantas veces.

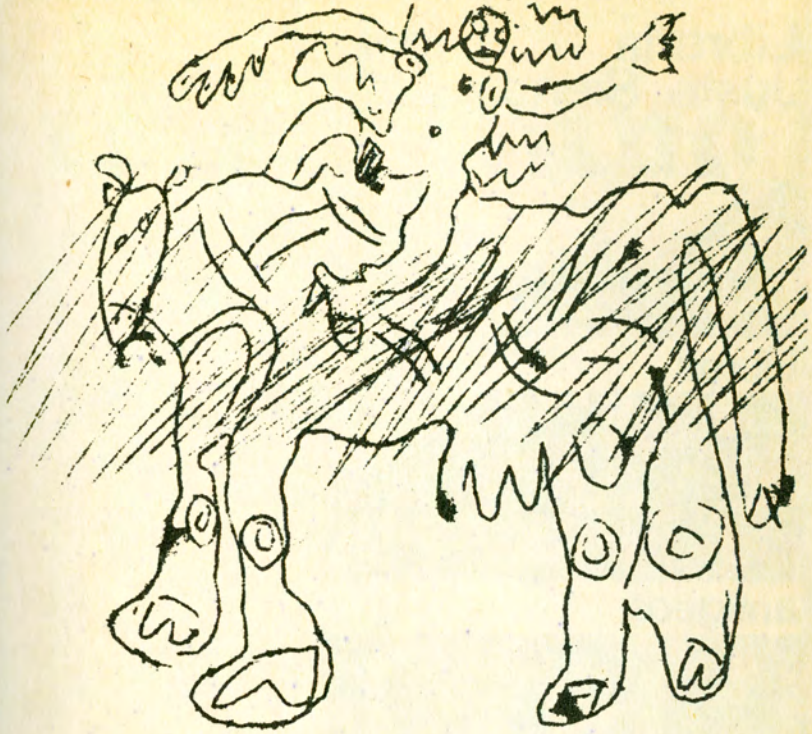
En dónde guardaste
la historia que le
contamos a las macetas
para que crecieran
entre nosotros.

En dónde esa luz baja.

En qué botella
ya bebida,
dejamos nuestros cuerpos,
junta a las conchas,
los aretes, las flores secas.

En dónde la pregunta

En dónde
la pregunta
donde
la respuesta.



Mientras el silencio nos ocupe

Los cuerpos ocupan un lugar en la música,
su ausencia es silencio, no vacío.

Pedir que no calles,
es pedir que no mueras.

**Librería
Justo Sierra**



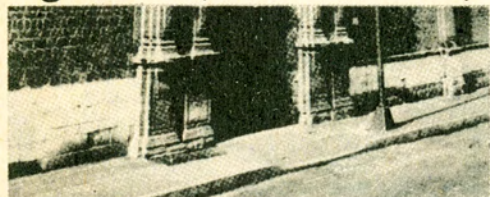
Libros



antiguos,



agotados,



**con historia...
como nuestra librería**

**Antiguo Edificio
Preparatoria Nacional
San Ildefonso 28**



unomásuno



unomásuno
unomásuno
unomásuno
unomásuno
unomásuno

suscríbese a
unomásuno

en el distrito federal

\$1,500.00 SEIS MESES

\$3,000.00 UN AÑO



nombre

domicilio

colonia zona postal telefono

fecha

giro postal

cheque

primer retorno de correo No. 12 col. nochebuena mixcoac México d.f. cp 03720 tel. 563-99-11 ext. 126 y 127

85051

AWARDED FIRST PRIZE BUFFALO AND ST. LOUIS EXPOSITIONS



VICTOR **★ GRAND PRIZE ★** RECORD

Hoy que estás de nuevo,
una canción cada mañana
yo rezo por ti...

VICTOR ROURA



De los vales lentos a la Juventino Rosas en la etapa porfiriana hasta la polka y las redobas norteñas, la música mexicana va conformando su propia identidad que alcanza un punto cimero en la primera década de este siglo debido a, por una parte, esa tradición oral que recoge en versos rimados testimonios populares y musicalizados rítmicamente en el género conocido como corrido y, por otra parte, a ese buen número de compiladores-compositores y estudiosos de nuestras melodías, como Miguel Lerdo de Tejada o Manuel M. Ponce y, más tarde, Alfonso Esparza Oteo, Mario Talavera e Ignacio Fernández Esperón, el

Tata Nacho, quienes se inclinarían hacia el ejercicio de la creación popular por encima de los estudios cultos. Y ello pese a que, por ejemplo, Esparza Oteo tomó clases de piano con Manuel M. Ponce, y *Tata Nacho*, observe usted bien, recibió clases de Edgar Varése y de Paul le Fleur. Quién iba a decir que precisamente don *Tata* compondría posteriormente piezas como *La borrachita*, *Adiós mi chaparrita* y *Nunca, nunca, nunca*.

Pero, en efecto, podría afirmarse que los tiempos pasados estaban necesitados de una canción vernácula que supliera con prontitud las influencias española y francesa, aunque —se ha de precisar,

según apunta el comentarista Salvador Morales—, la primera canción que podría llamarse mexicana data del año de la Noche Triste, cuando unos españoles se pusieron a cantar, con angustia, estos versos que han sido rescatados por la transmisión oral: “En Tacuba está Cortés con su escuadrón esforzado /triste estaba y muy penoso, triste y con gran cuidado /la una mano en la mejilla y la otra en el costado”. Sin embargo, Vicente T. Mendoza señala que el corrido, eminentemente nacional e impecable género narrativo, aparece por vez primera en 1684. Se llamó *Las coplas del tapado*. En ese mismo siglo surgen los primeros ritmos afroantillanos. La música nuestra, luego de las revoluciones, ha dado por modificar sus estructuras melódicas y letrísticas, consecuencia del cambio político realizado. Así, nacen los versos en la Independencia que demuestran ingenio espontáneo (“Señor virrey Apodaca: ya no da leche la vaca”), así como los corridos, en la Revolución. Procesos de liberación: “Si a tu ventana llega una paloma/ trátala con cariño que es mi persona...”, con letra del español Sebastián Iradier, el pueblo la transforma “Si a tu ventana llega

un buño flaco/trátalo con cariño que es tu retrato...”. La pieza era una de las favoritas de la emperatriz Carlota.

Ni jits pareids ni mucho menos inspiración divina. Darse cuenta de que lo externo desfigura lo interno. De esta manera se formaban agrupaciones para defender lo nacional. A finales del siglo XIX Ricardo Castro, Gustavo Campa, Felipe Villanueva, Carlos Meneses, Ignacio Quezadas y Juan Hernández Acevedo se congregan en una especie de círculo musical, denominado *Los Seis*, para terminar con las corrientes provenientes de Italia y que cegaban a cualquier compositor porfiriano. Alejado Díaz del poder, y en plena efervescencia revolucionaria, las revistas musicales abrieron paso a los *fox trots* y a los géneros medio jazzeados, pero principalmente abrieron camino, como apunta Yolanda Moreno Rivas, al naciente género campirano (lo que conduciría al ritmo ranchero), al romántico y al regional. Entre corridos y aun valeses y la incipiente música de trío, los años transcurrieron hasta la segunda década envueltos en proyecciones y tentativas formidables, como las incursiones de la tiple Celia

Montalván en revistas de carácter político o las exaltaciones a piezas como *Cielito lindo*, de Quirino Mendoza, canción verdaderamente peleada por su origen, pues varios países reclamaban la paternidad.

Y se dejaba traslucir un sonido nuevo, pero aún no definido. El mismo Joaquín Pardavé, en sus revistas y después en sus películas, denotaba ya un sello peculiar, humorístico, de una canción totalmente renovadora. El cine coadyuvó, en los años treinta, a delinear esta forma musical. Ya no sólo en los escenarios sino también en la pantalla, la música iba imponiéndose. La canción suplía las explicaciones. Un modo de ahorrar los diálogos. Y lo más importante, la radio, surge en 1930 con la *XEW*. Ahora sí, nomás escuchen las ganas de gritar y de compartir y de saber lo que el mexicano vale. Ahora sí, aguas. Porque vamos a desfilan los que, por alguna razón, somos las voces de América Latina. Y es entonces cuando de veras se va conformando la música nacional. Cuando de veras se va sintiendo que los vales y las polkas y los *fox trots* y las canciones italianas y las piezas españolas y las tonadas

afroantillanas, no pasaron en balde. Aquí se va a componer, leidis and yentlemen, la canción mexicana. Aquí desfilarán gustos diversos y tendencias múltiples y seres afortunados y contradictorios e inspirados y voces para escucharse tanto quedito en el oído como desde el balcón y coros inigualables y guitarreos magistrales, que hasta el mismito Bob Dylan trataría de igualar en una de sus piezas incluida en el álbum *Self Portrait*. La rola nacional.

Porque es difícil negar identificaciones: "Tómate esta botella conmigo/y en el último trago nos vamos;/quiero ver a qué sabe tu olvido/sin poner en tus ojos mis manos". Porque es sencillamente encantador acceder a las debilidades: "Nada me han enseñado los años/siempre caigo en los mismos errores/otra vez a brindar con extraños/y a llorar por los mismos dolores". Porque estamos indisolublemente ligados a la cursilería: "Dicen que la distancia es el olvido,/pero yo no concibo esa razón/porque yo seguiré siendo el cautivo/de los caprichos de tu corazón". Porque sencillamente estamos de acuerdo con ciertas premisas o porque necesitamos de ellas para cerciorarnos de nuestros razonamientos: "Usted 87

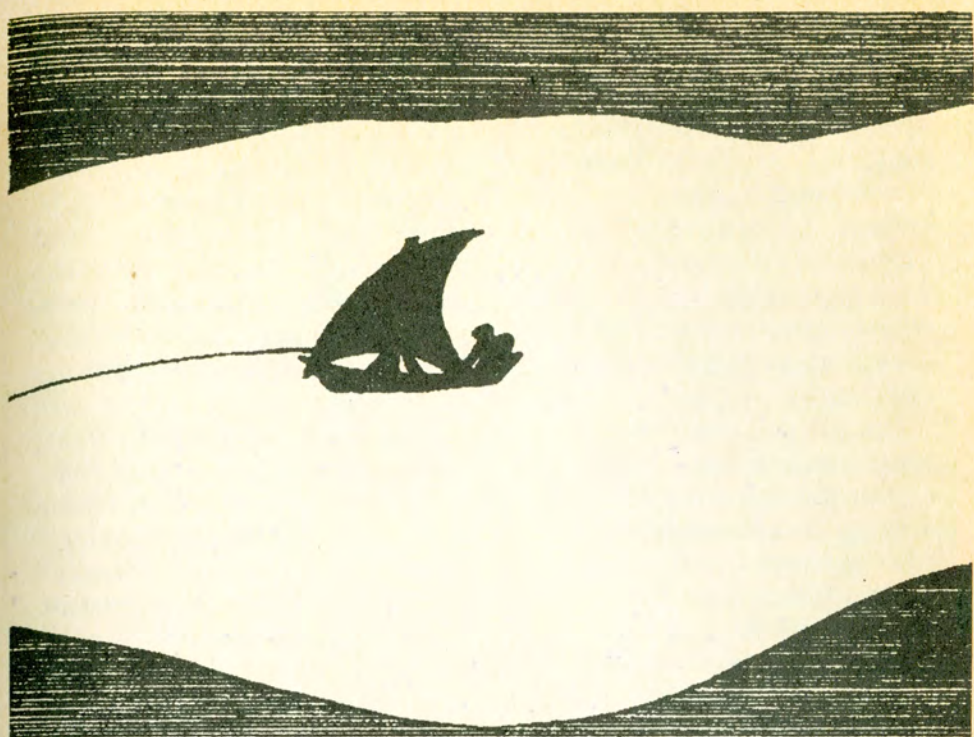
es la culpable/de todas mis angustias/de todos mis quebrantos./Usted llenó mi vida/de dulces inquietudes/y amargos desengaños”. Porque nos desglosa la poesía: “Ella, la que hubiera amado tanto /la que hechizó de música mi alma /me pide con ternura que la olvide /que la olvide sin odios y sin llanto”. Porque la canción nos parte la madre en el momento indicado, preciso, certero.

La invención, como nunca, se desarrolló en plenitud. Tal vez porque las composiciones no eran por encargo, tal vez porque el hacer una canción era descubrirse a sí mismo, era darse a sí mismo o dar para sí mismo. Si bien la música ranchera se dice que es de origen francés (incluyendo la palabra *mariage*, que significa boda), se ha integrado tanto a las fórmulas del país (o, dicho de otra manera, nos hemos integrado tanto al sonido de esa corriente expropiada) que es enteramente nacional, en cuanto a reconstrucción y a sistematización. Nuestra Lucha Reyes podría ser nuestra Bessie Smith, por decir algo. O la pieza *Mi destino fue quererte*, en voz de Flor Silvestre, podría ser nuestro blues, por decir algo. Son

88 canciones que han sido

elaboradas desde adentro, aunque más de uno añada que nones, que no es cierto, pues Los Panchos cayeron de Nueva York ya siendo mayorcitos. Pero lo importante no radica dónde se hicieron sino qué fue lo que hicieron y cómo lo hicieron. Y toda esa música, oh maravillosa trova yucateca, tiene raíces y antecedentes mexicanos. Se apunta que la época de oro de la trova media entre los años 1922 a 1928. Palmerín, Pepe Domínguez. Y musicalizar a poetas. A Antonio Médez Bolio: “Yukalpetén, Yukalpetén/todo pasó, todo acabó/ya se fue Chichén/ya se fue Zaci/y se fue también/Ihcancihó”. En serio, la música se convierte en un poema. Se está preso, realmente, entre las redes de un poema (y no como en la pieza del español Camilo Sesto): “Va por los viejos caminos y ve arder de tarde las alas de Ixtacaya y ve brillar de noche los ojos de Cocay”.

Pero esta canción se ha quedado atrás. No ha habido difusores ni, principalmente, continuadores, como bien dice Moreno Rivas. Porque Armando Manzanero no tiene nada que ver con la trova yucateca. Ni con la riqueza expresiva de los tríos que, de igual manera, se ha quedado rezagada por falta de continuadores. No es, sin



embargo, esta nota un amargo recuerdo ni una intención nostálgica ni un deseo por regresar a tiempos anteriores. No. Más bien, es un repaso leve a nuestra música popular. Y sí un reconfirmar que, con el andar del tiempo, el sonido nuestro (no autóctono) ha sido absorbido paulatinamente tanto por —otra vez— las corrientes externas y por —artefacto catalizador del gusto popular— la radio, dominada por intereses exclusivamente mercantilistas. Ya no hay tríos, no hay cantores

(los que quedan son prácticamente inmovilizados, como Pepe Jara), no hay compositores preocupados por definir una línea nacional. Lo que me importa ahora, ñero, es escalar el estrellato, ¿oquei?, y presentarme en Siempre en Domingo para poder ser visto en toda Latinoamérica. Ese es el único aliciente, verse vistos, sentirse vivos ante dominadores de la comunicación, como Raúl Velasco, que sí, es cierto, habla de una canción de oro y repite que lo máximo son los mitos

irrompibles y que ahí están Agustín Lara, Pedro Vargas, María Luisa Landín, los hermanos Martínez Gil. Sí. Continuar con el mito. No tratar de alimentar ese tipo de canción. Al fin y al cabo, los mitos son necesarios para permanecer estáticos.

Porque con la canción mexicana anterior a los sesentas comprobamos que nuestras amargas pesadumbres no son sólo nuestras sino que son compartibles: "Si la vas a juzgar corazón/nunca pienses que ella es mala/si es valiente y te comprende/no la pierdas, corazón". Porque nuestro optimismo es estimulado: "Cuando estés convencida/que nadie en el mundo/te pueda querer como yo /tú vendrás a buscarme /sé muy bien que vendrás". Porque nuestras aspiraciones poéticas se quedan cortas: "Como dos puñales de hoja damasquina /tus ojitos negros, ojos de acerina /clavaron en mi alma su mirar de hielo /regaron mi vida con su desconsuelo /tus ojos bonitos, tus ojos sensuales /tus negros ojitos como dos puñales". Porque nos reconcilia con nuestros sufrimientos, con nuestros penares, con nuestras dolencias, con nuestro orgullo:

90 "Olvidaba decir que te amo/con

todas las fuerzas que el alma me da/quien no ha amado que no diga nunca/que vivió jamás". Porque somos humildes, compadre: "No pretendo ser tu dueño /no soy nada, yo no tengo vanidad /de mi vida doy lo bueno.../soy tan pobre, ¿qué otra cosa puedo dar?"

Pero los días transcurren. Nada queda. Todo pasa. Y se acercan los sesentas. El rocanrol es la moda. Y la radio es ya un medio que conduce gustos, que traza rutas. Entonces, vamos a ver cómo responden los jóvenes. Les ponemos a jóvenes artistas para que se digan representados y reflejados y ensalzados, tal como en Estados Unidos, que con Elvis Presley toda la chaviza ya se sentía artista. Eso es. A contrarrestar fuerza del pasado. Y a aprovechar la nueva industria del disco. Si se pudo desbancar al maestro Sinatra allá, al otro lado, ¿por qué chingaos acá no se va a hacer lo mismo con Lara? Hagamos la prueba. Y salen los jóvenes. En orden. A hacer lo que les digan los mayores. Obviamente, el panorama no fue así de sencillo, pero tampoco fue de otra manera. Porque la radio ya tenía su público. Ahí estaban *Radio Eco* o *Radio Centro*, con los Panchos o con Lara o con María Victoria o con Pedro Infante o

con Lucha Villa o con Lola Beltrán o con Miguel Aceves Mejía o con Marco Antonio Muñiz o con Lupita Palomera o con José Alfredo Jiménez o con Alvaro Carrillo o con Los Bribones o con *Toña la Negra* o con Alejandro Algara o con Pedro Vargas o con las Tres Conchas. No. Simplemente, no era fácil. Pero se tenía que hacer el bisnes. Y después que se impuso el rocanrol (no bastaron muchos años, por cierto), los mismos empresarios vieron que dichos jovenzuelos podían grabar muchas cosas más. A sacar el jugo. Y hubo encargos de composición. Uno de estos autores, Armando Manzanero, delineó, entonces, lo que sería la balada; es decir, el género subsiguiente de nuestro rocanrol. Pero no fue sólo producto del país, pues España o Argentina ya utilizaban a otros tantos compositores para suavizar el rock. (Ahí está un *Palo Ortega* o un Manuel Alejandro). Y, por lo tanto, las perspectivas variaron demasiado. Entre las ganas de cantar en inglés (o de traducir las piezas del inglés a nuestro idioma) y de modificar los mensajes de las piezas, las compañías disqueras aceptaron a gente nueva. Y se da el rompimiento total con la anterior época de la canción

nacional. Total. Ahora se buscan letras para el joven. Ya no para la persona. Ah, porque, entendámonos de una vez por todas, no es lo mismo joven que persona. Una persona escucha a Los Panchos y un joven oye a los hermanos Carreón, por nombrar a alguien: "Que las cerezas/están maduras /eso lo sé /que tú eres joven/y muy bonita/también lo sé./Tal vez el sol/sobre tus labios/se posará/y tu boquita día tras día/madurará". La espera de la madurez. Somos jóvenes. Y vemos el mundo de otra manera. Y Manzanero lo sabía muy bien: "Paso a pasito llegaré donde vive tu corazón / hasta su puerta tocaré, cuando salga le diré/que ando en busca de tu amor". Paso a pasito. No ya el arrebatado desenfrenado del adulto, sino incluso pedir permiso al corazón del amado para ver si es posible el ligue. Tiempos modernos. Y con esta nueva canción se impulsa a varios grupos, como Los Baby's o Los Solitarios y solistas como José José o la misma Angélica María o el mismo César Costa. Ya la música adquiría otro color, incluso. Otra orquestación. Ya no sólo las tres guitarritas. Son indispensables hasta el conjunto de cuerdas. Hacer sonar modernas a las rolas. Modernizar todo, como lo

entienden los directores artísticos de las compañías disqueras. A dar el cambiazo. A ser masivos. Renovarse o morir.

Camina la balada lenta, luego la rítmica. Surgen Juan Gabriel, Napoleón, Lolita de la Colina, Lupita D'Alessio, nuevos monstruos de la poesía musical: "No tengo dinero ni nada que dar/lo único que tengo es amor para dar". La simplificación es punto básico para el entendimiento inmediato. Así nos comprendemos todos. Esa es la nueva poesía. Reducción del idioma. Y se escuchan artistas extranjeros. De España, sobre todo. La nueva conquista de la otra España. Y conforme los éxitos de estos cantantes de ese país, nuestra música va dependiendo más de recursos ajenos. (Leves aproximaciones a un sonido original, pero entorpecidas por la exagerada instrumentación del momento, y en este caso podría situarse a Sergio Esquivel, compositor modesto, respetable). Pero camina, sin obstáculos. Y ahí va. Y se tienen que ir nuestros cantantes a España o a Los Angeles para lograr una mejor calidad técnica en las grabaciones, con ideas foráneas, por supuesto. Pero ahí va nuestra canción popular, pendiente siempre de lo ocurrido afuera

para ver si ya es tiempo de hacer unos arreglos en casa (a excepción de la tropical mexicana en cantores como Rigo Tovar, que se mueven mediante otros conceptos y de ahí se puede observar una opción diferente, fantasmiosa). Ahí va la canción más popular en México —la balada— por ser la más difundida y programada e impulsada y codificada y etiquetada. A su costado, otras expresiones, como la de Gabino Palomares o como la de Guillermo Briseño o como la del conjunto Tlacotalpan o como la de Federico Alvarez del Toro o como la de Jaime López o como la de Oscar Chávez o como la de Mario Lavista o como la de Three Souls in my Mind o como la de Guadalupe Trigo (lo último que realizó en vida fue intentar crear una nueva música ranchera) o como la de tantos más. Pero a un costado. A un costado de la popular. De esa que nos hace vibrar.

BUELNA



BUELNA

publicación trimestral

Universidad Autónoma de Sinaloa

pedidos:

REPRESENTACION DE LA UAS

Avenida siete No. 209

México 13, D.F. (CP 03630)

Tel.: 539-61-81

La pequeña

AMARANTA

La pequeña Amaranta es buena. Amaranta es buena. Es bonita. Pero es muy cochinita. La bonita y pequeña Amarantita se va a ir a bañar, verdad, ¿verdad que sí, amorcito? ¿Cómo de que no, escuincla? Andele, ándele, venga para acá, mi dulcecito, si yo la vi nacer, ¿sabe usted?, sí, si yo la vi nacer, era una ratita así, chiquita, mírela ahorita, pues sí, ya está grandecita, ya va para diez años, once, bonita. Sí, eres muy buena. La pequeña Amaranta es buena, muy buena. Tan buena que se va a bañar ahorita, ándale, sí, tú solita, yo nomás me quedo mirando aquí en la puerta, Amarantita, pues sí, ¿ve usted? Lo que pasa es que a veces

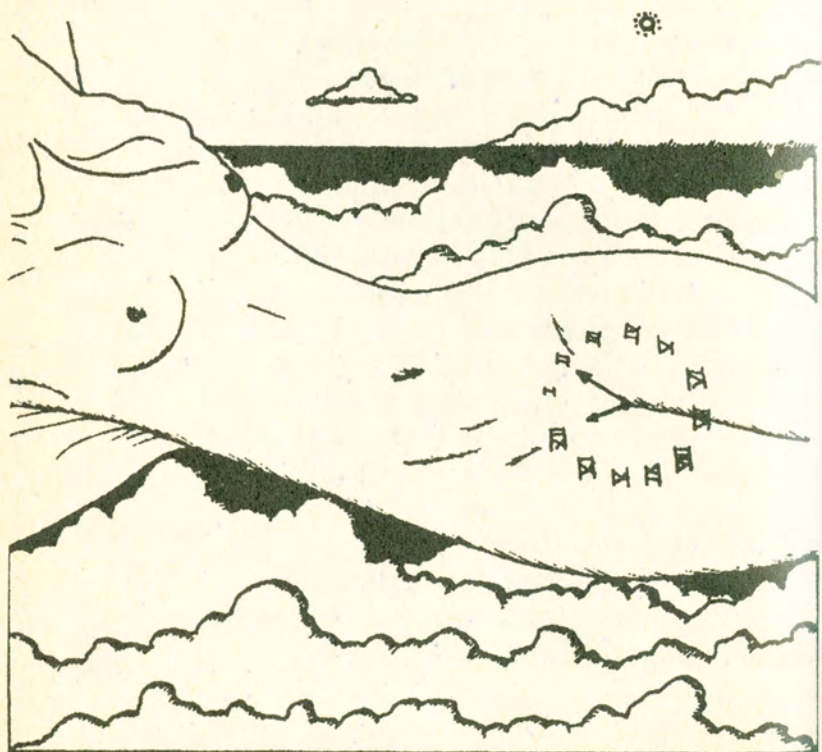
A María Luisa Puga

se pone muy caprichuda, y se enoja
y el otro día mordió a la Josefina,
y pues no, claro que la mujer se enojó,
pero Amaranta es muy buena, ¿ya te estás
bañando, tesorito? Oigala en el agua...
¡no vaya a estar muy caliente! Bueno,
Amarantita, te lavas bien, óyeme, niña,
te lavas bien la cabeza y tu pechito
y después te secas y te cortas las uñas,
Amarantita, tan buena que es mi niña,
y te peinas, y luego vienes a que te revise
para que puedas bajar a cenar, Amaranta,
¿ya acabaste?, ¿qué haces?, ¿ya te lavaste
bien?, ¿te peinaste?, ¿y ya te cortaste
tus uñitas? ¡Jesús, María y José!
¿Quién dejó las tijeras del jardín acá?
¡Amaranta! Las gotitas hacían "chip, chip"
en el mosaico del baño. Eran rojas.

Pablo SOLER

Mundo de resonancias mágicas, de acentos marcadamente poéticos y a la vez metáfora de una realidad subvertida, la breve pieza teatral que presentamos es también una muestra de lo que significa actualmente la dramaturgia mexicana, de sus preocupaciones y sus temas.

El mundo teatral de Leonor Azcárate (México, 1955) nos conduce por una serie interminable de pasillos e interpretaciones que conmueven nuestras concepciones unívocas, y nos lanza al vacío de lo inusitado, dejándonos un sabor de desconcierto y, a veces, de amargura. No hay aquí una visión surrealista, aunque pudiera parecerlo, sino una forma de abordar la realidad desde una vertiente distinta, más apegada al sueño que al realismo, pero idéntico a éste en la coherencia interior que mantiene y en el compromiso hacia sí misma.



Leonor AZCARATE

El sueño de los peces

Pieza poética en un acto

Reparto:

Adela	32 años
María	30 años
Jacinto	36 años
Niña Ricarda	12 años
Eufemia	50 años
Sacerdote	48 años

Coro	Hombres y mujeres del pueblo
------	---------------------------------

Escena I

En la plaza del pueblo. En escena se encuentra Adela, momentos después entrará Jacinto quien le dirá algo en secreto. Posteriormente entrarán los hombres y las mujeres del pueblo y participarán del secreto.

Adela — ¿Cómo?

Jacinto — Dicen que está prohibido.

Adela — ¿No podemos seguir así?

Jacinto se acerca a Mujer 1 y le habla al oído.

Mujer 1 — ¿Prohibido tener hijos?

Jacinto — Dijeron que a Ricarda, la santa, se lo habían dicho.

Mujer 1 — ¡Fíjese bien en lo que dicen!

Adela — Lo que sé me lo dijo Jacinto.

Hombre 1 — Es que está prohibido.

Mujer 1 — Dicen que sería lo justo.

Mujer 2 — ¿Y dice que a la niña Ricarda se lo dijeron?

Hombre 3 — Yo digo que fue a Ricarda.

Mujer 3 — ¿Qué dice?

Adela — Que a mí me lo dijo Jacinto. Que está prohibido.

Mujer 4 — ¿Escuchó bien?

Hombre 3 — Yo no sé nada. Sólo repito lo que dicen.

Mujer 1 — ¿Será cierto?

Mujer 4 — Sería injusto.

Hombre 2 — No puede ser.

Adela — Habrá que estar preparados.

Jacinto — Dicen que hay mujeres que han ido a abortar al río.

Mujer 2 — ¿Al río?

Jacinto — Sí. Con Eufemia, la curandera.

Mujer 3 — ¿Están seguros?

Mujer 1 — Dicen que las voces del cielo se lo dijeron a Ricarda.

Mujer 2 — Habría que preguntarle.

Adela — Ella lo sabe todo.

Jacinto — Sí, ella lo debe saber.

Escena II

En otra área del escenario aparece la niña Ricarda en su santuario. Los hombres y las mujeres del pueblo se acercan respetuosamente. Adela toma la actitud de líder.

Adela — Venimos porque queremos saber si tú prohibiste tener hijos.

Coro de Hombres y Mujeres— Venimos a verte, niña Ricarda.

Adela — Di si has escuchado a las voces del cielo.

Coro — Dinos qué has escuchado, niña Ricarda.

Adela — Queremos que nos hables como tú sólo lo sabes hacer.

Coro — Háblanos, niña Ricarda.

Adela — Son tus palabras obediencia.

Coro — Siempre obedecemos, niña Ricarda.

Adela — No te detengas.

Coro — Dilo, niña Ricarda.

Adela — Dijeron que tú lo dijiste.

Coro — Que tú lo escuchaste, niña Ricarda.

Adela — ¿A qué voces acudiste?

Coro — Te escuchamos.

La niña Ricarda habla como iluminada.

Ricarda — Por las noches me despiertan voces a las que debo atender. No sé de dónde vienen. Yo creo que son del cielo. Voces que bajan hasta mí... No hay que esperar más... ¡*Mea culpa!* ¡Me arrepiento!... Gritaba la niña a la que tenían encerrada... ¡*Mea culpa!* ¡Me avergüenzo!... Gritaba la niña y pecaba por las noches... Son las voces las que ordenan, las que vienen a visitarme y me despiertan. ¡De hoy en adelante estará prohibido encerrar a la niña! ¡Alpiste! ¡Alpiste comía en su jaula de gorrión gigante! A eso bajaban las voces como pájaros voraces, luego se quedaba sola y gritaba como si fuera ella otro pájaro perdido entre crueles ramas... ¡Todo se ha de perder!... ¡Ya no tendremos al

mundo!... ¡Alabado ruiseñor que me sostienes!
¡Alabado! ¡Alabado!

Ricarda canta sin perder el tono de iluminada que ha ido en aumento.

Ricarda — Las voces caen del cielo
como pájaros voraces
anidan mi cuerpo estrecho
y al corazón lo deshacen.

Las palabras son lágrimas
porque todo se ha de perder
la vida, la muerte, todo,
todo junto. Desaparecer.

Si no creen en mi palabra
escuchen al viento gemir
los campos, las casas, la tierra,
los árboles lo habrán de decir.

La niña Ricarda se desmaya.

Adela — Niña Ricarda, no te duermas. Despierta. A estas horas hay mujeres que van al río a matar a sus hijos, por tu culpa.

Coro — No has aclarado nada, niña Ricarda.
¡Despierta!

Adela — ¿Son las voces las que te dijeron que no podíamos tener más hijos? No has aclarado nada. ¡Rézenle para que vuelva a hablar!

Coro — Gloria a ti, alabada. Escucha nuestras súplicas. Sálvanos de todos los pecados. Amén. Gloria a ti. ¡Alabada! ¡Alabada!

Adela — ¡Los santos nos desamparan!

Escena III

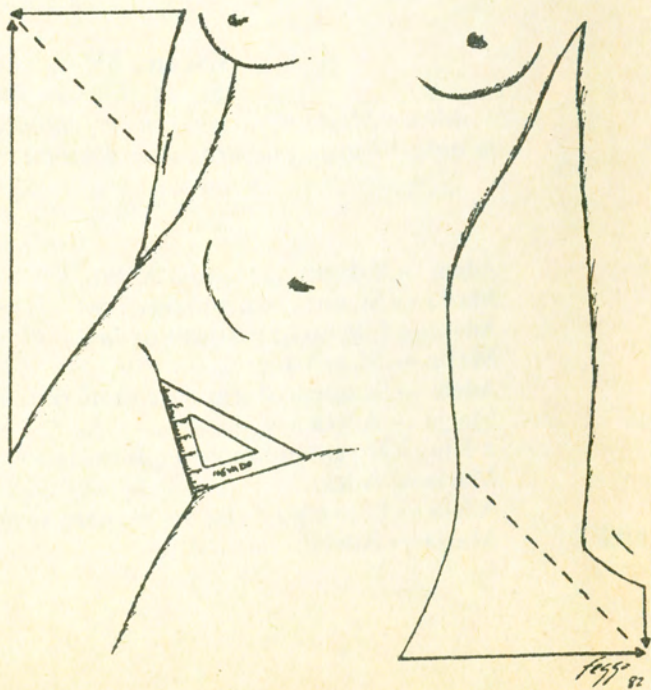
En penumbras a orillas del río. Al fondo, como sombras, una fila de mujeres embarazadas esperando turno. La Mujer 1 y Eufemia representarán con movimientos de danza y mímica un aborto. Lo mismo harán las otras mujeres a su debido tiempo. Las mujeres cantan.

Mujeres: Escucha

no termina el dolor
se queja la luna
padece de amor.

Escucha
no termina el dolor
se queja la luna
parió el corazón.

Escucha
ya termina el amor
un rayo de luna
parió de dolor.



Eufemia — Todo listo.

Mujer 1 — Dios se lo pagará, Eufemia.

Eufemia — Tal vez... tal vez... No sé si lo que estoy haciendo está bien o está mal; no sé a qué voces están escuchando para hacer lo que hacen; no sé por qué deban perderse los niños en el río, pero lo que sé es que el río se llena de niños y que un buen día todos vamos a pagar esto que no tiene nombre.

Mujer 1 sale. Mujer 2 se acerca a Eufemia.

Mujer 2 — ¿Era niño, verdad?

Eufemia — Sí, un niño terco abrazándote, el condenado.

Mujer 3 — ¿Tendrá frío?

Eufemia — No, a esa edad no pueden sentir.

Mujer 4 — Estaba llorando.

Eufemia — El río se llena de niños.

Mujer 4 — Hoy todas hemos venido al río.

Eufemia — El río está salado. Salado de tanto pez. ¡Uno de estos días va a estallar!

Mujer 4 — ¿Y nosotros?

Eufemia — Moriremos.

Escena IV

Adela y María se encuentran arreglando el santuario de la niña Ricarda mientras ésta dormita.

Adela — Y dicen que fue Ricarda.

María — Sí, anoche me lo dijeron.

Adela — Ella no quiso decir nada.

María — Sí, eso dijeron.

Adela — Se quedó dormida y ya no dijo nada.

María — Adela...

Adela — No entendimos lo qué decía.

María — Adela...

Adela — Dijo algo de las voces, pero se quedó dormida.

María — Adela... escucha...

Adela — Y ya no despertó. Dijo cosas muy extrañas.
Nunca antes las había dicho. Yo no entendí muy bien, pero parecía decir que el mundo se iba a perder y que nos llegarían señales de todas las cosas, señales funestas por si no creíamos.

Adela canta

Adela — Los viejos, las azucenas,
los niños, la yegua buena
y todas, todas las cosas
hablarán, gritarán sin voz.

Y todo lo que no vemos
hablará como un Dios.

Los pájaros, las canastas,
las tías y los borregos,
el olivo y el ciruelo
hablarán, gritarán sin voz.

Y todo lo que no vemos
hablará como un Dios.

María — Adela... escucha... voy a tener un hijo.

Adela — ¿Cómo?

María — Voy a tener un hijo.

Adela — ¡A estas horas del día es peligroso!

María — Es un secreto.

Adela — No lo diré. Es un secreto. No lo diré a nadie.
Cuéntame. ¿Qué ha sucedido? Cuéntame. ¿Qué ha pasado?

María — Sucedió el amor.

Adela — Cuéntame. ¿Por qué? Cuéntame. ¿Cómo?

María — No lo esperaba en días como éstos.

Adela — En días como éstos todo es peligroso. Pero no lo diré a nadie. Soy tu amiga y tienes razón.

María — Acuérdate, Adela, que es un secreto. Por más que esté prohibido lo voy a tener. Lo voy a tener y será como un arbolito. No importa lo que diga Ricarda. Peor para ella.

María arroja algunas flores y veladoras que forman parte de la decoración del santuario con una actitud desafiante.

Adela — Y para nosotros.

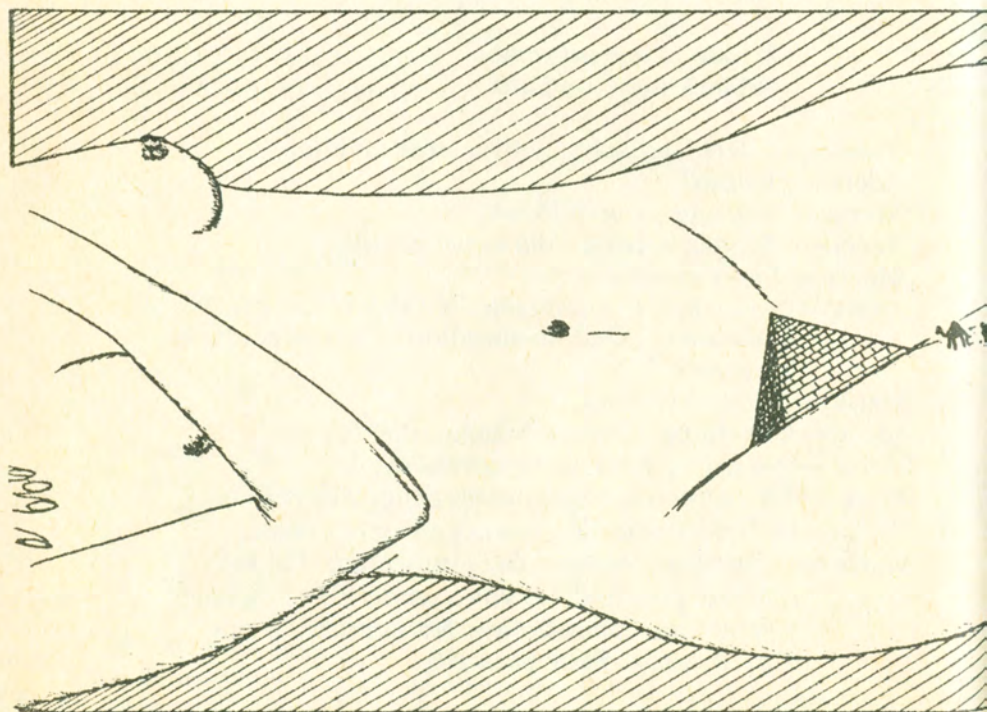
María — No lo digas, Adela, nadie debe saberlo. Nadie debe decir que tendré un hijo.

Adela — Que no te oiga Ricarda. Que no te oiga.

Ricarda sale de su estupor y habla como iluminada.

Ricarda — Adela, tu padre, Adela, se cayó, Adela, del caballo, Adela, ¡está muerto!

Ricarda se desmaya.



Escena V

En la plaza del pueblo. Los hombres del pueblo ebrios llevan a manera de armas algunos objetos como piedras, palos, escobas, etc. Con movimientos de danza y mímica peleará cada uno de ellos con un aparente contrincante.

Hombre 1 — ¡No debemos obedecer!

Hombre 2 — ¡Nuestros hijos no van a morir!

Hombre 3 — ¡Nadie cambiará nuestra elección!

Hombre 4 — ¡No podemos seguir así!

Hombre 5 — ¡Nuestras mujeres están en el río!

Hombre 1 — ¡La niña Ricarda no ha dicho nada!

Hombre 2 — ¡Pelearemos contra las voces del mal!

Hombre 3 — ¡No dejaremos que mueran los niños!

Hombre 4 — ¿Quién resucitará a nuestros muertos?

Hombre 5 — ¡No conseguirán lo que se proponen!

Hombre 1 — ¿No contestan? ¿Tienen miedo?

Hombre 2 — ¡Nosotros les decimos que bajen!

Hombre 3 — ¡Nosotros les pedimos que acudan!

Hombre 4 — ¡Pelearemos!

Escena VI

En otra área del escenario se encuentra Adela, Jacinto, el sacerdote, las mujeres del pueblo. En medio de ellos un féretro. Los hombres del pueblo se irán incorporando lentamente.

Sacerdote — Lo velaremos aquí.

Adela — Se cayó del caballo y se rompió la cabeza.

Mujer 3 — Lo siento mucho, Adela.

Mujer 1 — Estoy contigo, Adela.

Adela — Gracias, es que se cayó del caballo y se rompió la cabeza.

Mujer 2 — Una oración para tu padre.

Adela — Sí, se lo merece. Se cayó del caballo y se rompió la cabeza.

Sacerdote — Lo velaremos aquí. Todos de negro.

Adela — Todo sucedió así. O tal vez no. A lo mejor no había muerto. A lo mejor se equivocaron de caballo y no era mi padre el que iba allí. Pero no, el caballo era el mismo y mi padre también.

Sacerdote — ¡Alabado ruseñor que me sostienes!
¡Alabado! ¡Alabado!

El sacerdote comienza a rezar. La gente lo seguirá. Sobre los rezos se escuchará un sonido agudísimo. Al principio deberá confundirse con el llanto de las mujeres.

Mujer 3 — ¡Dicen que no es costumbre que los muertos canten!

Hombre 1 — ¡Rechina en las orejas como si tuviéramos mil grillos por dentro!

Sacerdote — ¡*Mea culpa!* ¡Me arrepiento!

La gente trata de huir aterrorizada, pero no puede, algo extraño a ellos los detendrá. Adela se acerca al féretro.

Adela — ¡Dicen que cuando los muertos cantan es porque están enojados! Por eso no he salido corriendo de aquí, porque si con alguien está enojado mi padre, es conmigo. “Terminate esa leche, Adela, que poco te falta para estar más flaca que una vara”. Y yo no me la terminé. Nunca me ha gustado la leche, papá, tú lo sabes, tú más que nadie. A ti tampoco te gustaba, sólo que yo tenía que tomármela porque según tú, estaba muy flaca. Pero no me la tomé, papá, porque no me gustaba como a ti; por que tampoco tú te la tomabas y, porque no estaba tan flaca como decías. Pero no tienes por eso que estar enojado conmigo, papá. ¡Adentro de mis orejas los grillos siguen chillando enfurecidos como si a ellos tampoco les gustara la leche! ¡Estoy llorando como nunca he llorado, papá, suplicándote que dejes de cantar, que todo eso fue una tontería, un capricho de chamaca loca, que te olvides de eso, por favor, que ya no puedo más!

¡Cállate! ¡Te voy a matar de una vez por todas!

Se acerca al féretro, lo abre. Después se aleja.

No... ya decía yo... mi padre no era capaz de ser así. El hubiera perdonado al oír mis súplicas. El se hubiera quedado callado al oír mi llanto.

Sacerdote — Tienes que cerrar la caja, Adela, a la muerte no se le puede matar. Porque eso sí. Está más muerta que tu propio padre. Aunque los grillos canten.

Adela cierra el féretro. El sonido termina. Se hace un largo silencio.

Hombre 2 — ¡*Mea culpa!*

Mujer 3 — ¡No era el padre de Adela!

Hombre 4 — ¡Hemos desobedecido!

Jacinto — ¡Era la muerte!

Hombre 1 — ¡Eran las voces! ¡Las voces que bajan a castigarnos!

Mujer 3 — ¡Debemos resignarnos!

Sacerdote — ¡Debemos pedir por nuestra salvación!

El sacerdote se aísla del grupo y comienza a rezar.

Mujer 2 — ¡Debemos obedecer! ¡Lo dijo el canto!

Mujer 4 — ¡No debemos permitir que se tengan hijos!

Adela — No era mi padre, era la muerte, era la muerte que dijo que está prohibido tener hijos.

Jacinto — Dijo que quien ocultara algo iba a pecar.

Hombre 1 — Que quien tenga hijos va a morir.

Hombre 2 — ¡Adela oculta algo!

Hombre 3 — A ella le ha llegado el canto. A ella se le presentó la muerte.

Coro — ¡Que hable! ¡Que cuente su pecado!

Adela — Yo no hice nada. Lo juro. María es la que va a tener un hijo. Yo sólo traté de guardar el secreto. No es justo que se me castigue así. María es la única mujer en el pueblo que desafía a las voces. ¡Tendríamos que irle a apedrear las puertas!

Coro — ¡Tendríamos que apedrear las puertas!

Hombre 1 — ¡Mejor dicho las ventanas!

Mujer 2 — ¡Más bien su casa!
Mujer 1 — ¡Por qué no!
Adela — ¡Perra! ¡Perra!
Adela — ¡Se arrepentirá de todo!
Hombre 4 — ¡No dejaremos que nadie quebrante las
voces del señor!
Mujer 2 — ¡Nadie va a decidir por nuestro destino! Y
menos María.
Hombre 1 — Perra, perra.

Escena VII

*A orillas del río Eufemia y María representarán con
movimientos de danza y mímica un aborto.*

Eufemia — Todo listo, María.
María — Dios se lo pagará.
Eufemia — Tal vez... tal vez...
María — ¿Era niño? ¿Verdad?
Eufemia — Sí, un niño terco abrazándote, el condenado.
María — ¿Y ahora?
Eufemia — Ahora es todo un pez. Con el tiempo ya
sabrás hacerse hombrecito.
María — ¿Solo? ¿Y nosotros? ¿Para qué servimos?
Eufemia — Nosotros moriremos. El río está salado.
Mira, salado de tanto pez. No cabe uno más.
Uno de estos días va a estallar.

María canta

María — Que tus brazos sean mis brazos
que tus labios sean los míos.
Ay río, aprendiz de madre
vuélvete madre, río.

Como te abrazas al cerro
y lo rodeas con cariño
madre río que tu agua
sea como el pecho mío.

Yo seré como el venado
que va a terminar al río
a saciar su sed contigo
cruel madre, madre río.

Yo seré como aquel árbol
que parece estar dormido
vigilaré desde afuera
seré sombra, luz y nido.

Cruel río, aprendiz de madre
vuélvete madre, río.

Escena VIII

Los hombres y las mujeres del pueblo como en una procesión se dirigen a la casa de María. Todos llevan a manera de armas palos, piedras, etc.

Jacinto — ¡No es posible seguir así!

Coro — ¡Que salga la perra! ¡La perra y su perrito! ¡Que brinquen por los aires!

Jacinto — ¡La casa del mal! Ahora. Es preciso terminar. Primero las ventanas, las puertas, las gallinas, los palos, las quimeras. ¡Terminar!

María — Señores, ¿escucho bien?

Coro — ¡Perra!

María — Señores, deben explicarse.

Coro — ¡Queremos terminar!

María — Señores, hemos terminado.

Coro — No podemos seguir teniendo hijos. Lo cantan las voces.

María — Señores, déjenme explicarles. Nos hemos equivocado.

Jacinto — ¿Equivocado? Tú has tenido la desvergüenza de alterar el orden y bien sabemos que no te arrepentirás.

María — El arrepentimiento no cabe al final y eso es lo

que no comprenden, señores. El arrepentimiento es muy pequeño a estas horas del día.

Coro — ¡La perra y el perrito!

María — La perra y el perrito ya están muertos, señores. ¡Por Dios que ya están muertos! El sábado en la tarde me lo saqué. Doña Eufemia se portó muy bien, pero ni así se me quitó el dolor. Y nada más se abrazaba a mí, pero después de todo salió sin decir nada, callado, como si estuviera enojado. “No ha sido por mí. Está prohibido”, pero señores, él ya no quiso escuchar; se fue flotando por el río, mirando al cielo que lo cobijaba. Señores, yo pensé que tenía frío, por eso quise beber el agua para volverlo a mis entrañas, pero no pude tomármela, estaba salada. Salada y yo creo que eran sus lágrimas. ¡Señores, ahora sí hemos terminado!

Escena IX

En penumbras, Eufemia toca a las puertas de las casas del pueblo.

Eufemia — Quiero hablar con todas. ¡Habrás que rasguñarlas para que se enteren! El tiempo se perdió en enamoramientos. ¡De prisa! ¿Me escuchan? ¿Qué dicen? ¡Parecería como si estuvieran muertas! ¡Eufemia dice que el río se perdió! ¿Me oyen? ¡Eufemia dice que el río se extravió! ¡El río va a estallar como globo! ¡Por sus culpas! ¡Los niños nunca debieron ahogarse! ¡Ahora Eufemia está de luto y el río de fiesta! ¡Por sus culpas! ¡*Mea culpa!* ¡Me arrepiento!

Escena X

Los hombres y las mujeres del pueblo se reúnen en la plaza.

Jacinto — Faltan dos minutos para que revienten las aguas.

Adela — Traeme la silla.

Jacinto — Será la tumba.

Adela — Traeme el recuerdo. No me quiero ir de aquí sin llevarme al mundo. Donde quiera que vayamos sé muy bien lo que lo voy a extrañar. ¡Quiero llevarme todo! ¡Lo mío y lo que tampoco es mío! ¡Todo! Hoy hemos llegado hasta el río.

Jacinto — ¿Por qué tan cerca?

Adela — No sé.

Jacinto — Todo ha terminado.

Ricarda — Fue tremendo.

María — Fue un suspiro de traición.

Jacinto — Traición a mí.

Sacerdote — Y al cielo.

Adela — Un solo respiro.

Ricarda — He perdido el tiempo.

Jacinto — Nunca tuvimos tiempo.

María — ¡Alabado rui señor que me sostienes!
¡Alabado! ¡Alabado!

Sacerdote — Tendremos que seguir adelante.

Jacinto — Empacaremos. Tú, Adela, la ropa. Llévate agujas y botones por si algo se rompe. Yo me encargaré del color.

María — Tendremos que organizarnos. El viento se puede llevar en un respiro. Yo lo llevaré. Usted, Ricarda guardará el pecado en sus ojos.

Jacinto — Yo me encargaré también de los pájaros.

María — ¡Guárdaselos en su corazón!

Adela — ¿Y la luna?

Sacerdote — La luna se rompió en dos. Ahora es un pedazo de piedra maciza como las puertas que encierran a los muertos.

Adela — Mi puerta, tu puerta.

Jacinto — También me llevaré a las cabras y a las vacas,
a los becerros y a los toros.

Sacerdote — Yo también iré contigo y empacaré a Dios
conmigo.

Adela — ¡Será imposible cargar con todo!

Ricarda — No hay nada en mí. Mis ojos olvidan el
pecado.

Adela — Yo me habría llevado lo mío y lo que tampoco
es mío.

María — Habría nacido la semilla, mi semilla...

Jacinto — El monte... hemos perdido al monte, al olor
que hay en el monte... al sabor del monte... ¡Se
nos ha negado el monte verde!

Adela — ¡No quiero irme sin llevarme al mundo! ¡Sé
bien lo mucho que lo voy a extrañar!

De CONACYT para su biblioteca científica

EL ORIGEN DEL HOMBRE (rústica) Richard E. Leakey	MN 299 Pesos	Dólares 18 Dls.
EL ADN CLAVE DE LA VIDA Horace Freeland Judson	149 Pesos	12 Dls.
EL TEOREMA DE GODEL Ernest Nagel y James R. Newman	99 Pesos	10 Dls.
TERMODINAMICA DEL CORAZON Y DEL CEREBRO Eduardo Césarman y Norman Brachfeld	75 Pesos	9 Dls.
LOS 80'S. EL FUTURO NOS VISITA José Antonio Alcaraz y otros	149 Pesos	12 Dls.
EL ORIGEN DE LAS ESPECIES (rústica) Charles Darwin	149 Pesos	12 Dls.
LOS ORIGENES DE LA CIENCIA MODERNA Herbert Butterfield	149 Pesos	12 Dls.
YO NATURALEZA Fernando Césarman	75 Pesos	9 Dls.
FILOSOFIA DE LA CIENCIA Henri Poincaré	149 Pesos	12 Dls.

Los precios en Dólares incluyen porte aéreo.

DE VENTA EN LIBRERIAS DE PUBLICACIONES
CIENTIFICAS Y EN TODAS LAS LIBRERIAS



CONSEJO NACIONAL
DE CIENCIA Y TECNOLOGIA
DIRECCION DE PUBLICACIONES



Víctor SERGE

San Juan Parangaricutiro

Testimonio inédito

MEMORIAS

(mexicanas)

DE UN

REVOLUCIONARIO

ilustradas por **VLADY**

Víctor Serge nació en Bruselas durante el exilio de sus padres el 30 de diciembre de 1890, como él mismo lo dice: "por azar, por los caminos del mundo". Hijo de emigrantes revolucionarios rusos, expulsados hacia las ciudades de Occidente durante las primeras luchas del pueblo ruso por "la tierra y la libertad", murió, igualmente en el exilio, el 17 de noviembre de 1947 en México.

Para Serge el conocimiento nunca estuvo separado de la vida: él es la vida misma; su formación fue, en efecto, la de un autodidacta. Desde su más temprana edad vivió en los medios anarquistas libertarios de Bélgica, después en Francia con la fracción individualista de la anarquía, luego en Barcelona junto con Salvador Seguí se unió al Comité Obrero y a su frustrada insurrección de 1917. Habiendo estallado la guerra civil en Rusia, Serge que se encontraba en un campo de concentración en Francia tuvo la opción de salir en calidad de rehén junto con otros revolucionarios rusos hacia Petrogrado para ser intercambiados por oficiales franceses.

Durante la revolución rusa colaboró en la Severnaya Kommuna (La Comuna del Norte), órgano del soviet de Petrogrado, siendo instructor de clubes de Instrucción Pública, y organizador de escuelas para militantes a los cuales enseñaba según sus propias palabras "la gramática política"; también asistía a las sesiones de la Internacional Comunista. En la década de los 20 pasó a la oposición contra Stalin.

Bajo el régimen de Stalin fue deportado en 1933 a las estepas de Kazajstán (Orenburgo) hasta 1935, año en que el "Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura", integrado por intelectuales como Barbuse, Romain Rolland, Elie Faure, Gide, Malraux y otros, lograron rescatarlo de la deportación. Viajó hacia Bélgica. Durante la época del Frente Popular y la guerra civil española permaneció en Francia. Después fue expatriado hacia América. La Martinique, Ciudad Trujillo, Haití y Cuba fueron las paradas de un exilio que culminó finalmente en México en 1942.

La vida de Serge es la búsqueda permanente de las más diversas revoluciones. Ahí donde se gesta una revolución cultural, social o existencial Serge acude a su llamado: siempre lo encontraremos en el polo más radical del momento. Su compromiso con la revolución rusa es esclarecedor al respecto: "mi posición está tomada, no estaré ni contra los bolcheviques, ni seré neutral, estaré con ellos libremente, sin abdicar ni al pensamiento ni al sentido crítico". Una vez detenido el proceso revolucionario en Rusia, Serge pasa a la oposición como lo hará con tantos otros movimientos sociales y culturales que acaban por institucionalizarse y perder sus impulsos libertarios.

Escritor de una gran voluntad cargada de pasión, deseo y una férrea convicción en el socialismo libertario, la actitud de Víctor Serge se resume en una frase que revela su vida misma: "resistirás o morirás". Es de alguna manera el fundador de lo que después se habría de llamar el "existencialismo revolucionario".

VS

Mi experiencia con los sismos comienza en los sueños y está ligada a ellos. El observatorio de México registra más de 2 000 *temblores** por año. La palabra en español tiene su encanto. Vivimos en una tierra ístmica, volcánica y tropical, entre el fuego subterráneo y el fuego solar, en la Edad del Quinto Sol de la mitología azteca; edad de los Temblores Terrestres, que según las predicciones precolombinas debe terminar en un cataclismo sísmico... De los 2 000 temblores la mayoría pasan desapercibidos para el hombre enterado, a quien el costo de la vida y las noticias de los periódicos son suficientes para desalentarlo y mantenerlo en un estado de constante preocupación. Es en el sueño donde acaso encontramos un contacto más inmediato, menos ciego, con el acontecimiento cósmico. En el estado letárgico anterior a la extinción completa de la realidad exterior, y una vez en el dominio del sueño, he percibido varias veces la vibración de la tierra mexicana. En algunas ocasiones esto me infundió un temor tranquilo y lejano, meditativo, casi indiferente; en otras, una pereza fatalista, semejante a la que sentí una noche de junio de 1940 en un pueblo a las orillas del *Loire*. Dormíamos rendidos de fatiga sobre el piso de mosaico, la ventana de la casa demolida estaba abierta a la noche, cuando de pronto se escuchó un singular zumbido

* En español en el original.

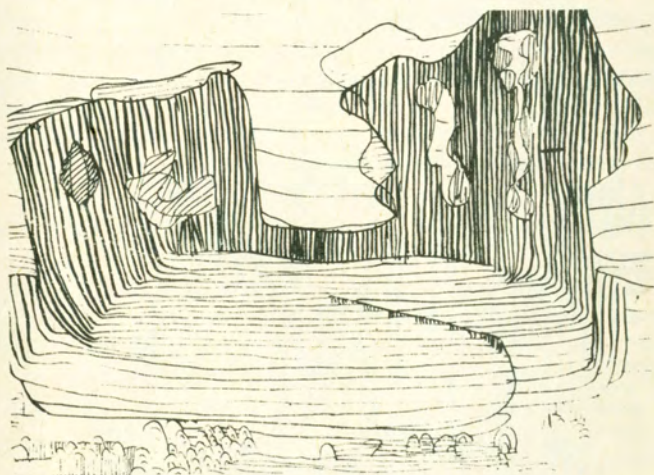
de mosquitos en el cielo, que se aproximó hacia nosotros transformándose en un rugido de motores... Nos despertamos los cuatro y el primero que exclamó: “¡Ah! ¡Mierda! ¡No me muevo más!”, expresó nuestra decisión común de no arriesgarnos al recrudecimiento de fatiga muscular causado por el miedo de ser aniquilados. Lo que nos dominaba entonces era la fatiga de un rudo día de huida, a tal grado que Laurette vivió su más bello bombardeo sin despertarse.

Hay en el alma del hombre entrecano la fatiga de una época entera de labores y desastres, de labores a través del desastre: sonriente ante el *temblor* infinitesimal, cierra bien los ojos y se duerme. Si en ese momento emitiera una opinión, pienso que diría: “Ya estoy acostumbrado a los cataclismos humanos. ¡Déjenme en paz cataclismos geológicos, que no se deciden a estallar de una vez por todas, que están allí debajo, insinuantes como una mentira más!”

Me duermo y una vez que el alma y el cerebro se liberan, retoman en mí su libertad desordenada... Soñé este sueño intensamente: Estaba con Jean D. en una recámara grande de tonalidades caoba y terciopelo granate. Donatienne y una niña acababan de pasar al baño o a una recámara vecina. Repentinamente, la tierra entera se tambaleó con lentitud y el edificio, especie de rascacielos, osciló ampliamente, largamente, más y más ampliamente. Sentía una inmensa curiosidad, el miedo tan sólo venía desde abajo. Observaba a través del enrejado de la ventana que era alta y estrecha. Ante mí se desplegaba un vasto paisaje citadino magnífico y severo: un recodo del Sena, visto desde muy alto, emblanquecido como la Vía Láctea por el claro de luna; los pequeños puentes familiares se recortaban en finas siluetas negras sobre el agua metálica. A la derecha, en el primer plano, veía la Torre del Perro del Kremlin, masiva, de ladrillo corroído, bañada de penumbra. Más abajo, un poco más cerca, el techo cuadrado de un alto edificio de cemento con las ventanas iluminadas que se balanceaban también. No veía tambalearse a la ciudad, me parecía que nuestro edificio oscilaba por su propia cuenta. Me dirigí hacia otra ventana y no recuerdo lo que vi. Pensaba que había que bajar, llamaba precipitadamente a Jean D. y a Donatienne, me irritaba su tardanza. Me vino la idea que sería inútil bajar pues no tendríamos tiempo... De la sala volví a la recámara. El edificio empezaba a inclinarse como un solo bloque, así como zozobra un barco; caía suavemente sin desarreglar su orden interior, el orden loco de lo cotidiano. Le dije a Jean D., quien permanecía tranquilo: “Vamos a ser aplastados”, esperé un momento y comprendí que no había nada que esperar, insistí: “¡Si esto no es un sueño angustiioso vamos a morir, el escape en la neurosis!” Me llevé las manos al rostro y

desperté —es decir, el sueño continuó, pero creí haberme despertado.

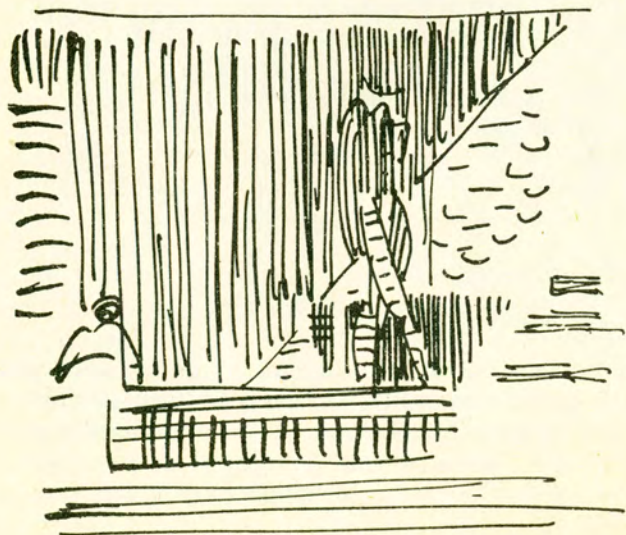
Aquí se abre un *hiatus*, luego me encuentro solo de nuevo en la noche, en la calle, siguiendo una especie de avenida Juárez (tengo la sensación de que es la avenida Juárez pero más ancha y en un confuso ambiente parisiense). Estoy preocupado por la suerte de Laurette y de Jeaninne, quiero regresar y me digo que la casa de la calle Hermosillo es bastante sólida por haber resistido el temblor; me digo que es absurdo. Entro a la tabaquería que se encuentra en la esquina de la calle, pido unos cigarros Virginia, y mientras que el tendero los busca el temblor vuelve a empezar. El tendero me despacha y yo, molesto a causa de un paquete, reúno con dificultad 35 centavos y un papel roto que no deseo perder. Pienso que es idiota preocuparse por unos centavos y un papel cuando la tierra tiembla... Salgo, el suelo se estremece por un oleaje, algunos niños se persiguen sobre el asfalto, van a atropellarme, me encolerizo. El asfalto está mojado, llovió, hay algunos letreros luminosos, vuelvo la cabeza hacia las ventanas de un pequeño hotel, están cubiertas con cortinas de color crema suavemente iluminadas; es cualquier lugar cercano a los Campos Elíseos.



Estaba saliendo en realidad de un concierto sinfónico. Un poderoso concierto de Grieg y una *suite*, *El Pájaro de Fuego* de Stravinsky, me habían sumergido en el fondo de un informe pero intenso ensueño, casi sin ideas y sin imágenes. Durante el día había trabajado en algunas páginas de una novela evocando un campo de concentra-

ción, sin conseguir fijar la fisonomía de un oficial. Me sentía más bien deprimido, triste, a causa de todo lo que pasa en este mundo de matanzas.

Las palabras, "el escape en la neurosis", se relacionan con la teoría de Freud sobre la religión en la que he vuelto a pensar frecuentemente en los últimos tiempos. Pero la intervención del psicoanálisis en el mismo sueño es curiosa. Para mí París, Moscú y México sólo forman un paraje interior enteramente natural. Tres semanas antes la tierra había temblado fuertemente dos veces, entre las tres y las cuatro de la tarde. La casa oscilaba como un tanque de guerra en marcha sobre un terreno ligeramente accidentado. Vi las persianas agitarse como en un ventarrón, los libreros tambalearse y el foco eléctrico balancearse locamente. Bajamos a la calle por una escalera de piedra que se contoneaba también. Bajo los árboles unos niños se arrodillaban plenamente tranquilos; los árboles, los cables del telégrafo y las líneas de los techos se inclinaban y volvían a enderezarse suavemente en la hermosa luz. Veinte minutos más tarde me había puesto a escribir de nuevo, cuando de pronto se me escapó la mesa y la recámara entera fue presa de un suave balanceo; era como si a uno mismo le diera vértigo. ¿Qué me pasa? No tengo miedo, sino un sentimiento subyacente de angustia física, después del cual, por la noche, uno se siente deprimido esperando nerviosamente. Este estado implica quizá el inicio de una alucinación. El estado de semi-vigilia, de espera inquieta, es en cierto modo un estado creativo.



La erupción volcánica del 21 de febrero de 1943 se me anunció en un sueño preciso, curioso por la intensidad del recuerdo que me dejó y por la necesidad que tuve de hablar sobre él... Cuando uno ha soñado durante los sueños de medio siglo, a través de las guerras, las revoluciones, las cárceles, las huidas y los crímenes, se sabe cómo retener las constelaciones misteriosas que emergen en el inconsciente nocturno. Es necesario que aquéllas, que no se dejan remitir dócilmente a los limbos secretos de donde surgen, tengan un sentido o al menos una fuerza particular.

Me encontraba entonces en un parque, Vincennes, Ostrova o Chapultepec, al borde de una avenida en la que acababa de pasar un desfile (ahora no lo veo más, pero guardo la impresión de vestimentas blancas). El tiempo era caluroso y soleado. Del otro lado de la calzada, sobre un fondo de follaje anodino, me admiraba un bello árbol torcido de poderosas ramas. Más allá se erguía una casona en construcción, gris, más bien alta que ancha, a través de cuyas ventanas se veía mucha gente que parecían hormigas asistiendo a un espectáculo. De pronto tuve un vértigo acompañado de una ligera náusea, busqué dónde recargarme y vi que el hermoso árbol flotaba con un movimiento ondulante. El edificio gris se partió lentamente en dos y la mitad superior comenzó a derrumbarse; la gente-hormiga se agitaba dentro locamente... Pensé en mis seres queridos.

A la mañana siguiente, Esperanza, la muchacha indígena, me dijo que al estar en el jardín había sentido un *temblor* como a las seis de la tarde. Los árboles y el césped se estremecieron... Trabajando en la casa no me había dado cuenta. Pero al pasar por la avenida Insurgentes vi una casa recién construida cuarteada en la parte trasera, como si un edificio de cartón hubiera recibido un golpe de hacha. Unos bomberos se esforzaban en los escombros, una ambulancia de la Cruz Verde esperaba bajo el sol.

Durante el amanecer una parte de la casa se había derrumbado después de una sacudida sísmica. Era exactamente de color ceniza, los pisos partidos en dos se abrían como en la de mi sueño. Y me parecía natural que una cama de fierro quedara en su lugar en una recámara amarilla del tercer piso. Una joven refugiada catalana y sus dos hijos acababan de morir allí, sacrificados por la propiedad inmobiliaria sin escrúpulos. (Guardémonos de confundir las causas sociales con las razones cósmicas...) Una media hora después, en un tranvía, Fritz Fraenckel y yo hablábamos de los sueños y de los temblores. Su bella cabeza hendida, corrugada, sin ningún vigor carnal, de frente desmesurada formando un semicírculo rodeado por mechones grises, de ojos cansados plenos de luz azul, continuaba la

perpetua búsqueda del hombre escondido, con tal intensidad indulgente, escrupulosa y bien intencionada, que este pensador por el solo hecho de tener contacto con sus interlocutores parecía aumentarles el conocimiento acerca de sí mismos. Y le relaté el sueño, la coincidencia; todo esto no ofrecía ningún misterio para el viejo psicoanalista, quien siempre creía escrutar más allá, remontarse muy lejos, ¡quizá hasta la mentalidad prenatal! Le conté cosas de las cuales me había percatado ingenuamente por primera vez. Que mucho antes de conocer México, en mis escritos había usado la palabra *sismo* para describir sucesos; que en mi última novela (inédita) tenía un personaje que era un sismólogo erudito; que a esta novela de tragedias rusas le había puesto provisionalmente el título: *La tierra comenzó a temblar...* título de sobra malo.

Fraenckel me respondió que, según las notables hipótesis de Ferenzi, el ser humano debe probablemente su formación psicológica e incluso el nacimiento de su inteligencia a inmensas catástrofes planetarias... Compramos los periódicos de la tarde; en ellos se informaba que un pequeño volcán estaba naciendo en medio de campos apacibles en San Juan Parangaricutiro, en el Estado de Michoacán.

La noche siguiente nos despertamos presos de un extraño sobresalto. Las camas flotaban como canoas sobre un lago agitado. La sólida casa de piedra y concreto se contoneaba pesada y lentamente, en largas sacudidas sucesivas. Las oleadas de la noche la levantaban, la inclinaban, dejándola luego retomar el equilibrio momentáneo de una pausa, de esa pausa imperceptible que el péndulo debe hacer para continuar enseguida su movimiento. Laurette se despertó exclamando sin miedo pero intranquila: "Jeaninne, Jeaninne". Por mi lado yo no sentía miedo, más bien un asomo de náusea causado por el temor al peligro (¿resistirá la casa si esto continúa?). La oscilación del mundo proseguía. Las persianas estriadas por un fulgor nocturno se movían como los cables telegráficos vistos desde un tren en marcha. Un cuadro de Víctor Brauner colgado sobre la pared, *La flor maravillosa*, de corazón de cristal, obedecía el mágico balanceo. Esto duró más de seis minutos. La presencia del cataclismo se transformó en evidencia definitiva. Los inquilinos se atropellaban en los pisos. Había en las escaleras un amontonamiento de pánico semejante a los que se presentan durante un bombardeo imprevisto. La electricidad dejó de funcionar y, justamente, como ocurre en estas situaciones, no teníamos ningún cerillo a la mano. "Se acabó" dijo al fin Laurette, cuando yo no me había percatado aún. Me parecía que no podía ni debía terminar... ¿Por qué la tierra habrá retomado su estabilidad en-



gañosa? Jeaninne, sentada en la oscuridad, los ojos de sus nueve años agrandados por la duda, dijo con voz alegre: “¡Ah! Temblor”. En la calle las personas vestidas en pijama también estaban alegres. Parece que hubo una segunda sacudida menos fuerte después que, ya dormidos, no percibimos.

Esto suscita un pánico animal tan distinto del pánico humano que la conciencia alberga en reposo. Un profundo sentimiento de impotencia se instala en el fondo del ser. Se siente como si la tierra flotara en aguas abismales de fuego. Uno lo *siente* primero y lo piensa después. Se tiene la vaga idea de un desmoronamiento de montañas inexorablemente sencillo.

Por la mañana, pasé a la casa de Fritz Fraenckel. Me dijo que ayer por la tarde había hablado de *temblores* con Alice y Otto Rühle... ¿Se sentía entonces ya “en el aire”? —“¡Sí, amigo, pues claro, todas las catástrofes imaginables y algunas otras se encuentran ahora en el aire!”

“Es la evidencia misma.” Después me habla del cósmico pánico de dos perros lanudos, Max y Schnaps, que corrían alocados por toda la casa, dando ladridos de angustia que daban compasión. Luego agregó:

—Sabe, tengo una cliente interesante, una encantadora joven que es incapaz de matar una mosca y sin embargo padece la obsesión de matar (creo que la conozco de vista: es urfa rubia pequeña, de rasgos angulosos, de ojos azules, tez clara, boca grande y lindos rizos; casi una *garçon** elegante, muy parisina o vienesa, muy simpática). Me acaba de contar que esperaba un temblor. Estaba tan segura de su intuición que ya había preparado su ropa y su bolso, para tenerlo todo a la mano, como cuando uno sabe que la Gestapo no tardará en llegar. No tuvo miedo, y cuando escuchó sonar las bocinas de los bomberos y aullar las sirenas de las ambulancias sintió un gran alivio...

—Necesitamos —dije— esas pequeñas experiencias cósmicas para completar nuestras experiencias sociales...

Y me doy cuenta de que no lo digo como mera ocurrencia, sino que en realidad lo pienso muy seriamente. Todo esto es coherente; quizá sólo falte al Tiempo de la Destrucción y de la Masacre que las rocas se desintegren, que las montañas se conviertan en abismos y que surjan del océano nuevos Andes. Lo siento como lo sentían los

artesanos de la Edad Media, quienes en su caos ordenado, alimentándose del Apocalipsis, esperaban el Año Mil.

Nuestra amiga Alice Gerstel-Rühle posee una sólida formación científica. Acaba de publicar en español un ensayo notablemente conciso sobre Freud y Adler. Es marxista, con flexibilidad intelectual. Primero en Praga, después en México, trató de aplicar la psicología adleriana a la pedagogía. No hay nada supersticioso en este espíritu desenfadado, complejo, capaz de matizar, que se observa así mismo constantemente sin indulgencia y se prepara con calma para el suicidio.



Una noche nos despedimos en la puerta de un jardín de magueyes y nopales. Alice tenía un rostro afilado, con frecuencia sonreía acongojadamente. “Habrá esta noche un temblor de tierra, dijo. Lo siento venir, es un malestar nervioso, superficial aunque muy definido...”. En México no pasó nada, pero los periódicos informaron que al sur de Colombia, una pequeña ciudad había sido destruida esa noche por un sismo violento.

Un periódico publicó que el ingeniero Emilio F. Norte Bustamante había predicho con varios días de antelación el sismo que acababa de producirse. Sus cálculos se fundaban sobre datos astronómicos. El reporte mencionó las “coordenadas de la tierra, del sol y de la luna” y concluyó con una cita del señor Bustamante: “los movimientos telúricos son previsibles...”. Predicciones de este género continuarán haciéndose sin que se verifiquen. No infiero nada sobre una teoría que pueda ser precisa. En la predicción y aun en el conocimiento

exactamente interpretado siempre existen saltos azarosos. El sismo principal de la madrugada del 22 de febrero se prolongó de las 3:21 horas a las 3:27 horas, alcanzando el séptimo grado en la escala Mercalli; es decir, fue tan violento que los aparatos de medición quedaron fuera de uso. El epicentro se situó en una región del Pacífico al suroeste de México. Dos niñas nacieron en un sanatorio durante el temblor. Se llaman Juana Ortega de Rosa y Manuela Ibarra. ¿Tendrán ellas una intuición particular sobre la inestabilidad del mundo? En los hospitales el pánico fue enorme, sobre todo en los paráliticos y los recién operados... Hubo algunas víctimas en los barrios pobres, donde se derrumbaron viejas casonas deterioradas. Se dice que la mayoría de las ciudades no hubieran resistido semejante estremecimiento, pero que la Ciudad de México está construida sobre una capa de agua que amortigua las sacudidas... Según geólogos competentes, ciertas regiones de la costa mexicana del Pacífico están amenazadas por una catástrofe geológica. Es idea de gentes instruidas que creen saber que la competencia geológica existe.

Mucho más numerosas son las personas que nunca han escuchado la palabra *Geología* y que dicen que el sismo fue un castigo: en efecto, algunos días antes habían matado a un cura en las afueras del mercado de La Merced... Si el volcán reventó la tierra de San Juan Parangaricutiro es que en este preciso lugar se había cometido el sacrilegio de arrancar una cruz... La desproporción entre estos crímenes, el sacrilegio y el castigo (o esta advertencia: ¡no se toque ni a los curas ni a las cruces!) es turbadora. Los comerciantes de La Merced y los indios de los pueblos ignoran felizmente lo que pasa en el mundo.

Durante una corrida de toros apunté las siguientes visiones sobre los *temblores*. El espectador se encontraba en los lugares más baratos, en las gradas más altas, y desde allí arriba vio oscilar el circo entero como si fuera un cráter lleno de hombres; en la arena, el toro cegado de furor titubeaba, el asesino vestido como un insecto resplandeciente blandía con desatino su capa roja y su pequeña espada desencajada... A lo lejos, el circo de las montañas se movía suavemente. El espectador temía caer desde una altura de cinco pisos en algún lugar entre la bestia y el matador... Unos obreros construían un rascacielos. Se les vio aferrarse a las vigas metálicas de un décimo quinto piso que temblaban como un almacén absurdo... Y luego esto, que es un recuerdo personal: subía por la calle de un pueblo al borde del mar, cuando fui sorprendido por un vértigo bizarro y volteé hacia la parte baja de la calle, hacia el mar azul cuyo horizonte subía, subía como si la tierra se balanceara, como si el horizonte marítimo fuera a precipitarse sobre la tierra... Fue lento, sencillo y aterrador.

San Juan Parangaricutiro es un *pueblo** indígena muy próspero, situado en las llanuras montañosas, a unos 330 kilómetros de vuelo de pájaro de la ciudad de México. Un pastor del pueblo cuidaba sus borregos que pastaban en la espléndida soledad verde y aseoleada del horizonte de los pináculos. Los crujidos subterráneos y el oleaje que recorrían los campos de maíz turbaban a la población, que en estos casos exclama: ¡*Temblor!*!, se persigna y prosigue con sus menesteres cotidianos. Las ancianas van a la iglesia pensando que los pecados de Isidro o de Sánchez no pueden ser ajenos a este enfurecimiento del cielo y de la tierra, y que una oración insistente, dirigida a la Virgen Morena de Guadalupe o la Virgen de Zapopan que salva del fuego, ayudará en el instante preciso. La Reina de los Cielos comprenderá que no hay mucho que hacer con Sánchez el borracho, buen hombre a pesar de todo, ni con Isidro el peleonero, y que la voz balbuceante de María o de Rosa está llena de arrepentimiento sincero por los pecados de los demás. Casi siempre la Virgen escucha los rezos, todo se arregla y los pecados continúan. Esta vez el pastor vio una delgada humareda brotar del suelo, se acercó; era ardiente, insistente y no dejaba de crecer. La grieta se ensanchaba entre las piedras quemadas; bajo los pies desnudos, la tierra se estremecía "como si respirara". De inmediato aparecieron más humaredas y pavesas en la hierba. El indito corrió al pueblo que se encontraba a cuatro kilómetros, donde nadie quiso creerle; sin embargo, algunos chiquillos que no tenían nada que hacer y unos viejos indios más sensatos lo acompañaron al lugar, porque al fin y al cabo un sembradío tiene su precio y estos eran muy bellos... Una hora después, un grupo de sabios de rostros morenos y silenciosos, cubiertos por grandes sombreros cónicos de paja, acucillados cómodamente sobre la tierra caliente, verde y movediza, contemplaban, bajo un sol de fuego implacable, el nacimiento del volcán. Era tan sólo un montículo gris de apenas un metro de alto que crujía débilmente, coronado de vapores y pesadas humaredas, animado por chispas indecisas, desbordando a tirones una espuma incandescente de materia en fusión... En poco tiempo se transformó en una temible elevación de unos metros de alto y de cien de diámetro, desprendiendo un calor insoportable, derramando por todos lados raudales de lava negra. Cuando llegó la noche, la lava era incandescente, surgía sin cesar y la cima se coronó de fuego. Un pesado martilleo de explosiones subterráneas agitaba continuamente

* En español en el original.

te la tierra, llegaba hasta el pueblo y mucho más lejos. Tormentas de arena ardiente se precipitaban sobre las calles de San Juan Parangaricutiro, las chispas quemaban los techos de paja o de madera vieja, cundió el pánico. Apareció una nueva palabra: *volcán*. Puede ser que esta palabra, etimológicamente, haga referencia al verbo castellano *volcar*; que quiere decir: derribar, zozobrar. La tierra zozobraba.

Al amanecer, una columna de humo pesado dominaba el paisaje justo al fin de la calle principal. El humo suspendido conformaba un enorme penacho en pleno cielo, planteando una interrogante sobre el destino de los hombres. El éxodo de la población comenzó; en largas filas, los burros y las mulas cargaban a las mujeres, a los niños y a sus humildes riquezas por los caminos de las montañas, agobiados por un tórrido sol; los hombres taciturnos, encorvados bajo sus cargamentos, caminaban al lado de las bestias. Las ciudades de Uruapan y Guadalajara enviaban camiones, las oficinas del gobierno prometían nuevas tierras a las víctimas del siniestro. ¡Felizmente, en México no es la tierra la que falta!

En las catástrofes siempre hay los que quieren huir y los que se quieren quedar. No sé quién es más valiente, si se considera que semejante opción produce una desigualdad de ánimos. Desconozco quién es el más razonable: el que huye desarraigándose de los hogares familiares, de los lugares de la infancia y del porvenir, de los recuerdos, de la tierra creada por las manos de los ancestros, afrontando una nueva aventura de vivir y empezando de nuevo en lo desconocido; o quien se queda, cualquiera que sea el peligro, resistiendo tenazmente. Pienso que la opción se produce en las profundidades del inconsciente, en virtud de causas todavía misteriosas que dividen incluso a los hombres enérgicos en caracteres aventureros y en caracteres conservadores.

La mayoría de la población se fue y junto con ella un anciano de ciento ocho años, demasiado pobre como para tener un burro, demasiado solo, sin duda, como para que alguien le ofreciera un lugar sobre una mula y demasiado digno como para acomodarse simplemente en un camión; se fue, pues, a pie con su hitacate al hombro. La foto revela un rostro fino y firme bajo su sombrero. Una buena parte de los habitantes decidió quedarse bajo la lluvia de ceniza, a pesar de los incendios, a pesar de los cañonazos subterráneos, a pesar del crecimiento del volcán que, de aurora en aurora, se elevaba cada vez más, ferozmente centellante, noche tras noche. El cura se negó a dejar su iglesia, una bella iglesia, y no permitió que se llevaran un Cristo milagroso... Al cabo de algunos días, el volcán del Parícutín erguía su cráter a varios centenares de metros de altura y su penacho escondía la mitad del firmamento nocturno.

Las personas tenaces, sólidas en el desamparo y tranquilas delante del fuego central, no dudaban en hacer un buen negocio. ¡Hay negocios brillantes que hacer en todos los desastres! A diferencia de los vagos y los mercachifles de los campos de batalla, los indios de San Juan Parangaricutiro hicieron sus buenos negocios inocentemente; y los hicieron, por eso, mucho menos bien que los negociantes de las ciudades vecinas. El turismo arremetió, los vendedores de cervezas y de conservas instalaron sus puestos al pie del volcán en la zona abrigada por las corrientes atmosféricas, que producían lluvias de ceniza y de bólidos; incluso surgieron *cervecerías** alrededor de San Juan; por la noche, al resplandor brutal de las lámparas de arco, en el gran resplandor rojo del brasero volcánico, pequeñas orquestas de cuerdas rechinantes acompañaban a las parejas que bailaban, turistas norteamericanos, damas y señores de las ciudades; de los que gastan en una sola noche en los bares de la ciudad de México el equivalente al salario anual de un indio; había también modestas señoritas y señoritos amateurs de *fiestas*... Bailar sobre un volcán, procura, como se comprenderá, una sensación interesante. Imagino, tal vez equivocadamente, que sólo los europeos decentes se han hastiado. Sin embargo, el éxodo continuaba, pues la victoria del fuego seguía. Las casas más grandes y los corrales se deterioraban cada vez más, estaban cubiertos por una espesa capa de ceniza gris que ahogaba la bella vegetación. Los indios procuraban guías a los excursionistas, rentaban mulas y humildes cuartos desnudos donde, sin duda, algunos hombres, algunas mujeres del porvenir, fueron concebidos después de los bailes sobre el volcán... Los indios, severos e indiferentes, con sus grandes ojos de eterna tristeza que expresan una impasibilidad resignada, observaban a distancia del círculo de luz a las parejas dar vueltas sobre la ceniza, a los señores beber cerveza y *tequila**, duro aguardiente de maguey, y a los norteamericanos manipular sus aparatos fotográficos... Y, si en algo pensaban los indios, no podría ser en otra cosa sino en la muerte de los sembradíos y del pueblo, en un futuro incierto, ganados de la gran miseria...



Hice dos peregrinaciones al volcán. Una mañana el Lago de Pátzcuaro se extendía como espejo suavizado por el cielo. Es el lugar más apacible, el menos rocoso de México; uno podría creerse en un país del Mediterráneo, donde la claridad está desprovista de candencia, la montaña de aspereza, la planta de peligro y el agua de amenazas. El lago es tan vasto que da una impresión de amplitud luminosa, la altura es suficientemente alta para templar el trópico y el clima suficientemente impregnado de frescura para que uno se sienta liberado del aturdimiento constante suscitado por las selvas o las costas de naturaleza abundante, de vitalidad elemental, pero enemiga del hombre, porque empieza por destruirle el cerebro; conozco el sufrimiento de sentirse adormecido por vivir bajo el fuego del cénit en la humedad de follaje... El dulce país de Pátzcuaro, cuyo nombre significa en lengua tarasca "Lugar de las Delicias", cuando tiene sus momentos de calor ardiente, entre el medio día y las cuatro de la tarde, se parece por su clima a *Provence**... Imagino la *Provence* desconocida de hace tres mil años, probablemente poblada por una raza cobriza, silenciosa, activa con lentitud y artista como la de aquí. La raza, a decir verdad, es más morena que cobriza, de tipo mongoloide; me hace también soñar en los kazansacos de las estepas de Asia Central igualmente silenciosos con firmeza, la misma suavidad al hablar quedamente, la misma gracia de las siluetas aun vestidas en harapos. A las orillas del lago nacarado, los tarascos son sobre todo pescadores, un poco agricultores. Viven del lago que surcan en largas pirogas planas ahuecadas en un solo tronco de árbol. Los turistas los admiran; ellos los ignoran; ignoran a los generales revolucionarios, ignoran la medicina, el mobiliario, los periódicos, ignoran la Segunda Guerra Mundial! Viven en sus casuchas, que en general son más bien chozàs, en sus jardines de las islas, sobre sus pirogas, como hace seiscientos años, cuando tenían un reino, templos en forma de pirámide, esculturas plenas de humor realista y soberanos que se llamaban Vapéani, Pauacumé, Tariácuri, Tzitzipandacuaré, Zuanga... Viven tranquilos en sus islas al margen de las quintas imponentes, excepto en la pequeña isla demasiado encantada de Janitzio, en la cima de la cual el presidente don Lázaro Cárdenas hizo erigir un monumento colosal al libertador (naturalmente, fusilado tiempo atrás) Morelos. La obra del escultor Ruiz se parece de lejos a un singular faro; de menos lejos, parece una mano cortada colocada sobre la roca y que apuntaría con el índice amenazadoramente; de más cerca, no sé si

hay que verla simplemente fea o lograda, como un capricho de rocas demasiado rígidas evocando una forma heroica. Vienen tantos visitantes aquí para contemplar el esplendor del lago y el circo de montañas, que los tarascos han abierto tiendas de Coca-Cola, pequeños restaurantes. Un montón de chiquillos se escapan por debajo de las redes de pesca tendidas al sol, saliendo desde los interiores, donde reina sobre la cerámica, las cuerdas, los chiles y las frutas una penumbra de Rembrandt. Luego salen a cantar por *un quinto* una estrofa de una cantinela en lengua indescifrable.

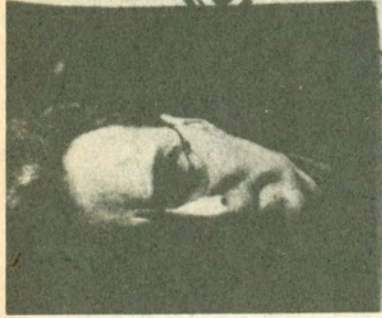
Las cenizas del volcán cubrían aquí las cosas de un fino polvo mineral sin enrarecer la transparencia perfecta del aire... A lo lejos, por encima de las columnas azules, se ensanchaba una pesada columna de nubes densas, más compactas y más grises que los verdaderos nubarrones, inmóviles en la base y cada vez más anchos hacia lo alto hasta difundirse sobre cincuenta kilómetros en la atmósfera en un fino rocío de vapores cargados de ceniza... Nunca olvidaré la prodigiosa noche estelar sobre el lago, que pareció más centelleante, más cósmicamente viva que todas las noches intensas de los cielos de los que guardo algún recuerdo; las de la estepa del Ural transformadas por los bancos de nieve, las de La Martinica donde veía al mismo tiempo la estrella Polar y la Cruz del Sur, mientras que por los dos lados de una península, justamente llamada *La Pointe-du-Bout*, donde estábamos internados en una antigua leprosería, las olas debilitadas cantaban quedamente acariciando la arena. Hay una tal profusión de estrellas que ya no puedo situar una sola, sería ridículo tratar de ponerles un nombre. Cuando las primeras extensiones desaparecían en esta marea astral, la vida recobraba en la mirada una justificación completa. El lago era de tinta negra, ¡qué miserable imagen!, el lago era de un vacío material pero que de segundo en segundo resurgía de la nada, poblando de islas, rodeado de alturas, pues los relámpagos iluminaban el horizonte con tal regularidad que por un momento creímos en la presencia de un faro desconocido: sólo era el soplo de las tormentas eléctricas suspendidas en algún sitio arriba del volcán.

Más allá de Pátzcuaro se entra en una región privilegiada, una especie de inmenso jardín semi-tropical, abundantemente regada durante la estación de lluvias... Es una bendición para los ojos, para el espíritu, después de la sequedad calcinante de la alta meseta y de sus laderas erizadas de cactus. Entre Jujutacato y Parangaricutiro hay una estación de tren que se llama Tarascón. Uruapan en tarasco quiere decir "Abundancia de Flores", es una pequeña ciudad españo-

UNIVERSIDAD DE SANTO DOMINGO
REPUBLICA DOMINICANA

BIBLIOTECA

Nº. 221



PLAZA DE LECTOR

a favor de *Don Gerardo*
residente *La Católica 18*
Valedera hasta el día 31 de Diciembre de 1941
de *Junio* 1941
Ciudad Trujillo.

El Secretario General de la Universidad

Vicente Ferrer
El Lector

la sobrepoblada, tiene grandes árboles que algunos incendios han devastado. Vivió una premonición de catástrofe mientras que las cenizas candentes llovían sobre los viejos techos desecados... El viento se alejó, y una vez repuesta del miedo, la vida somnolienta y febril continúa; sin embargo, la ciudad de los tonos claros, de los jardines puros, de las calles rosa y crema, parece haber pasado por el ollín. El parque del Cupatitzio, "Las Aguas que Cantan", y sus más de cien fuentes tienen sus follajes y sus flores bajo la ceniza, y los cafetales están negros; es un paisaje de tintes siniestros donde las aguas saltan y cantan, las aguas invulnerables.

...El auto toma un camino de terracería en el interior de un bosque. Vamos a diez kilómetros por hora. El follaje es anodino pero hay algo trágico y oscuro en el aire. Pasamos por un lamentable pueblo de casas deterioradas, ennegrecidas y abandonadas. Unos cerditos negros jugaban en charcos negros. Una cantina absurda se halla al borde del camino y muestra todavía en un cartel las piernas y la sonrisa de una *girl* hollywoodense embadurnada de negro, recomendando las bebidas norteamericanas. Miseria y soledad. La tierra, los cultivos de maíz, los árboles, y hasta la más insignificante de las plantas revisten una tonalidad gris-negrucza anunciadora de muerte. Las cenizas comenzaron la destrucción del camino propagando por doquier sus movimientos de dunas... Ahora vamos a cinco kilómetros por hora, arriesgando en las curvas del despeñadero. A la caída de la noche atravesamos un siniestro bosque. Los árboles se quemaron, un fuego feroz pasó sobre ellos, el entierro bajo las cenizas ahoga las raíces, destruye las hojas que aún quedan; la frescura crepuscular es la de una gruta. En esta media-muerte de la tierra y del árbol, al borde del camino negro, donde las ruedas y los pasos se hunden, se encuentra una tumba ridículamente aterradora. De la cruz subsiste aún una tabla vertical; a un lado hay una especie de espantapájaros inclinado hacia atrás, improvisado con ramas y con la vestimenta deshilachada del asesinado; aparece como un fantasma titubeando bajo el frondoso árbol muerto. Tumba perfecta.

A lo lejos, el volcán emerge, sorprendentemente cerca en apariencia, en el lindero de un claro del bosque. Está animado como el mar; la densa columna de humo grisáceo sube y se prolonga colosalmente hacia el cielo. Se ven las masas opacas de gas, de polvos, de vapores, humaredas que se mueven pesadamente, torciéndose y anudándose sobre ellas mismas; tienen forma de entrañas inflamadas en parto constante, sin dislocarse; empero, suben y se abrazan rítmicamente con el fuego de una caldera abierta al cielo. Escuchamos el soplo regular de las explosiones.

La llegada a San Juan Parangaricutiro ofrece un espectáculo "apocalíptico", según dice Paule con una palabra sencillamente justa. Plena noche. El automóvil llega a una vasta plaza desnuda. La noche es triplemente densa, a causa del sol negro y de la inmensa cola de cometa que se dobla en el cenit, listo para abatirse, según parece, sobre la región condenada a sumergirse irremediamente. La espera del hundimiento bajo las humaredas asfixiantes y las cenizas ardientes se insinúan en nuestro nerviosismo. ¿Y por qué no? La inteligencia agobiada se rememora del *Inch-allah* de los musulmanes, excelente explicación porque no explica nada más que la inutilidad total del combate y el consentimiento. El último vigor del hombre vencido está en el consentimiento. Diciendo "acepto", afirma todavía una serenidad superior a la de su derrota.

La plaza del pueblo parece no tener límites; todo un lado se confunde con las extensiones devastadas, es decir, con las tinieblas. El campanario barroco de la iglesia es un grito de piedra negra que asciende entre las tinieblas. Las regiones estrelladas del cielo son fosforescentes; en este fondo, la maciza cruz de piedra del atrio es otro grito vencido, caído de nuevo en el silencio. En una esquina, la electricidad llamea formando una isla de luz cruda como en el fondo de una caverna, que sería como todo un fragmento de mundo. Ahí se mueven, alrededor de pequeños braseros puestos al aire libre, formas humanas intensamente negras, de hombros redondos bajo sarapes y grandes sombreros blancos. Del centro de la plaza llega un rumor de muchedumbre, un pataleo de caballos, un rugido de motor, todo esto se escucha muy quedo, ahogado a causa de las cenizas. Las cabezas de unos pequeños caballos tristes de ojos inexpresivos nos rodean; las cabezas de unas mulas de ojos opacos se tornan rojizas cuando un resplandor las roza; pululan cabezas de indios y manos de momias vivientes que nos ofrecen brutalmente la rienda, "tome mi animal, señor, señora". Estamos sumergidos en una barahúnda inmóvil de grupas, de perfiles cabalinos, de enjaezamientos, de máscaras carnales precolombinas... Alientos alcohólicos emanan, un indio borracho con la boca abierta y las pupilas turbias hostiga a una viajera, le apunta la rienda hacia el mentón y repite con tono suplicante que sólo costará un peso, una moneda por la ascensión al volcán sobre su mula. Hay unos caballeros de los cuales sólo se ven los ojos en la oscuridad, flotan arriba del conglomerado de bestias y de hombres del cual nosotros formamos parte. Repentinamente percibo al final de una calle de casas bajas, completamente en tinieblas, el destellante incendio rojo; las nubes calientes surgen del cráter, se apagan, resurgen con un ritmo de exhalación e inhalación.

...Mis amigos partieron en caravana; vago solo un largo rato, tropezando entre tinieblas que nunca antes había visto. Extraños transeúntes llevaban en la mano un tizón encendido, es una anciana y una niña; la bruja y el ángel negro... El incendio lejano y sobre todo su ritmo, me hipnotizan. Uno dice soy y el otro yo soy y he aquí que uno se siente inestable, múltiple, esparcido en una soledad absoluta, rozado por las cosas, los seres... Es sorprendente no verse y sólo sentir la torpeza de los pies caminando a tuestas; sólo soy la presencia apenas consciente de esta noche, de este fuego original... En un repliegue de mi cerebro se esboza una obra por sí sola y yo, que casi nunca pienso en versos rusos, escribo mentalmente, o más bien estos versos se escriben solos en mí, sobre la reminiscencia de mi camarada de tiempos pasados, el fusilado Nicolás Stefanovich Gumilev: "Nuestro viejo leopardo y los pájaros de fuego / se reconciliaron en estas tierras... / ¿Por qué, entonces, hermano piensas en ti mismo? / *¿In vino veritas?* Pero no, la verdad está en el fuego."

Sebastián López es un chico del pueblo, tiene dieciséis años, bello muchacho de sangre mestiza, español y tarascó o nahua, me lleva columpiando un lámpara de minero por un extraño camino de la nada material hacia el cráter. La lámpara dibuja a nuestros pies un frágil círculo de luz, impotente ante la oscuridad absoluta. Treparamos, escalamos las dunas, hundiéndonos hasta las rodillas. Sebastián López es un chico que piensa antes de hablar, sensato y de voz matizada. Adivina que no soy norteamericano, se interesa por la guerra. "¿Qué países luchan contra otros, señor —me pregunta— y cuáles vencerán?". Parece ignorar que México está en guerra también, ¿pero por qué, contra quién, con cuáles aliados? Son demasiados los países que están en el pleito, pero la gente de San Juan Parangaricutiro ni siquiera sueña en inmiscuirse. Sebastián López murmura:

"*¿Y por qué, Señor, tanta guerra?*" "*¿Vencerá México?*". Le aseguro de buena fe que México vencerá... No me siento muy inteligente. Avanzamos por altos y bajos; a un flanco de la colina, discernio que atravesamos un bosque muerto, completamente aniquilado. Suspiros cósmicos y algunas ráfagas se aproximan, es como si nos dirigiésemos hacia una batalla. Al fin, se revela en la maleza de árboles fantasmas la curva netamente dibujada del cráter, bordeado de llamaradas púrpuras que levantan nubes negras. Noche total.

Sobre una roca frente al cráter vemos el campamento, algunos puestos hechos de tablas donde se vende cerveza, un café de cárcel de Europa, los alimentos preparados sobre los braseros de carbón. Turistas, caballos, el conjunto es a la vez real e irreal; al centro de las tinieblas y de todo se encuentra la deslumbrante erupción; la montaña derrama un juego de fuegos artificiales desmesurado, monótono, sin sentido, temiblemente poderoso. Usted conoce esos cromos de navidad sobre los cuales, al fondo de una noche de nieve, brilla una ventanita rectangular... Es un poco eso, salvo que la nieve es de carbón opaco: a 600 metros adelante, justo al pie del volcán, cerca del brasero hay una ventana encendida. Camino hasta ella solo. Esta estrella desaparece en la medida en que me hundo en la hondonada. No me queda otra cosa que caminar sobre la duna hacia el relámpago rítmico y las llamas brotantes que invaden el cielo. El aire es caliente, vibrante. La ventana vuelve a aparecer. Es la cabaña del Doctor Atl. A través del vidrio veo el grupo de amigos y un viejo muy vivo, de barba gris corta que ríe y gesticula. Se parece a Blanqui en sus últimos años. Sin embargo, el rostro es más enjuto. Al encontrarnos, tuvimos un momento de goce intenso, como si estuviéramos en el fin del mundo en una de las últimas barracas sobrevivientes después de un diluvio de lava.

El Doctor Atl es español. En vez de su hermoso nombre castellano, Gerardo Murillo, prefiere uno tomado del nahua: Atl, el agua. El agua se infiltra, corroe, desborda, el agua es activa, inconsciente, obstinada, pasajera; él también. Sesenta y ocho años, los rasgos menudos y finos, la barba blanca en collar sin bigote, una expresión despierta, de voluntad, de buen humor, bajo la cual se advierte una especie de obstinación, de extravío, quizá sea una razón imperiosa que domina todo lo demás —¡y vaya que hay mucho que dominar!— o más bien una brizna de locura lúcida. Tiene las uñas encorvadas, duras y negras, las manos viriles y ágiles. Hay algo de fauno en él. Su viejo traje, completamente arrugado, deshecho, muestra por la parte de atrás la tela del forro. El interior de su cabaña sólo posee una sola riqueza, la gran lámpara de petróleo; duerme sobre un *petate**, sin desvestirse; solo se lava de vez en cuando, se nutre de lo que preparan en el campamento, bebe el deplorable café que una indita de ocho años le trae y que él nos ofrece con alegría. Este será uno de los mejores cafés que he tomado en mi vida. La barraca está tan encumbrada de material de pintura y de dibujo como un taller de Montparnasse. Una gran tela ha sido empezada sobre un caballete. Los

estudios del volcán hechos al carbón y a lápiz que el Doctor Atl nos muestra son extremadamente detallados, despojados de todo impresionismo; dan por ello una sensación de contacto directo. Atl quiere hacer una obra documental; para sus esbozos pinta en diez grandes telas los diferentes aspectos del volcán...

Fue con una cierta aprensión que me dirigí solo hacia esa ventana. Conozco libros del Doctor Atl de un antisemitismo delirante, a la manera de Louis Ferdinand Céline, que todavía se venden en las librerías fachistoides de la ciudad de México. Pero una joven francesa que se encontraba ahí me había dicho: "Es un viejo admirable, hay que perdonarle eso". ¡Perdonar eso! ¡Cristo no lo perdonaría! Sin embargo, el "no sabe lo que hace" es válido en muchos casos. Descubro un viejo al cual esto se aplica. Atl fue una de las figuras más notables de la revolución mexicana, uno de los organizadores de la Casa del Pueblo, del movimiento sindical y de los Batallones Rojos que aseguraron en 1915 la victoria de don Venustiano Carranza, es decir, del constitucionalismo revolucionario sobre una soldadesca improvisada. Luego político aventurero, geólogo, arqueólogo, director de excavaciones, descubrió bajo la lava del Pedregal la pirámide de Cuicuilco, la más antigua del Nuevo Mundo, creó museos, derrochó créditos, menospreció la fortuna, se ligó con los reaccionarios, admiró los fascismos, todo eso con pasión, confusión, fuerza, ligereza, inteligencia desordenada. A los sesenta y cuatro años, hastiado de muchas cosas y puede ser que también de sí mismo, se construyó una casucha a tres mil metros de altura al borde de las nieves del Popocatepetl y se retiró con sus telas y sus colores...

Para él la vida siempre fue una aventura en el sentido más amplio de la palabra, así como en el más trivial; y a lo largo de esta vida no paró nunca de hacer excelentes pinturas.

Mientras caminamos sobre las cuevas negras contemplando las centenas de humaredas sulfurosas que emergen de las grietas y cubren el espacio de una arborescencia blanca, me dice: "No hay nada peor que el orden. Una vez que uno se deja llevar poniendo orden en su casa, se chingó. El desorden me salvó. Nada es tan bello como el desorden".

¿Salvado de qué? ¿Del poder del dinero, del orgullo, del hundimiento...?

Su francés es el de un parisiense: "Hice mis estudios en la Escuela de Altos Estudios y en la Sorbona... Pero mi verdadera filosofía la hice en el boulevard de La Villete y en el boulevard de La Chapelle..."

—Yo también, dije, debo algo a esas escuelas...

Y veo que él es, en el paisaje del Paricutín, semejante a un auténtico

*clocharde de Paname.**

Yo: Conozco su nombre desde los tiempos heroicos de la Casa del Pueblo. Usted era un verdadero revolucionario.

El: Sí. Eso está lejos. Cuando uno piensa en el pasado, no sabe realmente si hay que reír o llorar...

—De error en error, continuar, claro. Yo continúo estudiando los volcanes. Este es mi hijo...

—De aquí en adelante ya no corre usted el riesgo de equivocarse...

Conozco de sus paisajes unas montañas pintadas con mano dura, llanos y desiertos, donde nunca se ve un ser vivo, sólo la austera montaña con líneas de energía terrestre. Hablamos de ello. "El hombre es demasiado pequeño", me dice riendo. Hay en este viejo una alegría de vivir incesante. Su ensueño mismo debe ser una contemplación apasionada. Delante de una aurora tropical, un crepúsculo ensangrentado, imagino que ríe sólo y no teniendo necesidad de nadie.

Seguramente tuvo que odiar a hombres desconocidos, al menos en la abstracción de sus libros, puesto que todo en él es bondad y no quiere ver (la verdad es que no le importa) que esta noche hay entre sus huéspedes una joven judía. Fue necesario que creyera odiar con desarreglo y delirio, pensando desenmascarar complots universales; posiblemente no fue culpa suya el que otros lo desviaran por ese infantilismo abominable que condujo al asesinato de un pueblo; esos que eran metódicos, buenos técnicos de la destrucción humana. ¡El mismo se asemeja tanto a los grandes judíos por su carácter, su vitalidad e incluso por su físico! Quizá el delirio pertenece también a los errores del pasado. No se lo pregunto, ya no me importa más.

A las once de la noche, nos acucillamos afuera sobre un petate frente a la erupción. Estamos tan cerca que nos sentimos ínfimos bajo el cono truncado, bastante regular, de materia oscura lanzada desde las profundidades... El volcán es más ancho que alto, su base se confunde con las crestas de roca solidificadas en pleno movimiento; son de basalto y de lava. En la cima, el borde del cráter traza una línea tensada como la cuerda de un arco, muy firme, que de pronto se ilumina y luego se apaga. Pequeñas olas de fuego arrastran las escorias incandescentes reventando por encima de este borde; se ven riachuelos rojos derramándose sobre las pendientes negras. Hace frío, la montaña canta, ruge, murmura, se calla, aspira aire, exhala el fuego subterráneo. En verdad es la tierra respirando. El volcán tiene cuatrocientos metros de altura, sus llamaradas púrpuras se elevan al doble de su tamaño, vuelven a caer en forma de lluvia de piedrecillas incandescentes, meteoros y cenizas ardientes

* Vagabundo de un barrio marginal de París.

bajo la sombría cola inmensamente desplegada de un cometa. Vemos como suben y caen los meteoros mientras el volcán, retomando aliento, se opaca, se ennegrece y finge *sucumbir*. Al margen de la cola del cometa las estrellas son verdes, el firmamento oscuro; unos meteoros esparcidos planean un momento entre las constelaciones. A esta hora la Vía Láctea cae sobre el volcán, de manera que la erupción parece tener dos prolongaciones hacia el infinito: el prolongamiento puro y amenazador de sus nubes y el de la galaxia, aéreo, glacial y suavemente luminoso. Escuchamos las caídas silbantes de lava. En los huecos de la colina los fluidos rojos jadean, se desvanecen y se reaniman. Estamos viendo los orígenes del mundo.

El Doctor Atl dice que tiene suerte, una suerte increíble. Desde hace diez años estudiaba los volcanes apagados; esperaba que una gran fuente de fuego despertara. Sus deseos se cumplieron plenamente. Y repite una vez más: "¡A este lo quiero como a un hijo!"

Con frecuencia los relámpagos estallan en el abanico desmesurado del fuego, pero en lugar de caer en zigzags caprichosos, trazan súbitas cruces alargadas; sobre un fondo púrpura, unas X de blancura instantánea.



Recalentados por el alcohol de maguey, dormimos alineados los unos contra los otros, sobre el piso de la cabaña bajo el sonido de los cañonazos (como tantos europeos a estas horas...). Frente a mí, fulgurantes destellos escarlatas traspasaban las tablas de la madera mal pegada. De vez en cuando discernía los relámpagos blancos de las descargas eléctricas. El deslizamiento de la lava amplificaba un ruido de espuma sobre arena, los bólidos que caían de mil quinientos metros de altura martilleaban duramente el suelo. Me desperté varias veces bajo una sensación pura y simple de cataclismo, me parecía que la lluvia de rocas ardientes nos perseguía... ¡Bah, no éramos tan importantes!

Hacia las seis de la mañana descubrí el viento de un paisaje único de tonos de ceniza vagamente amarillenta, teñido de azufre. Palidez del cielo, pesadez de las mareas, maravilla de los vapores, aniquilamiento total del mundo vegetal hasta donde la vista alcanza, y mientras la luz sube la tierra se vuelve más oscura; su extensión parece mortalmente desértica. Las llamaradas expirantes del cráter son rosas o de un granate de sangre coagulada. La blancura de las nubes nacientes las ahoga. A la derecha, una ladera de rocas quemadas en tonos de carne hinchada: es la cresta del basalto nacida del Parícutín. El montículo donde nos encontramos desciende en pendientes redondeadas hacia la base del volcán, y ahí, en el barranco, las rocas trastornadas abren sus labios de piedra por donde se escapan centenares de humaredas de vapor erguidas. Alrededor de nosotros, las alturas onduladas sólo tienen el color de la ceniza, los bosques escuálidos están muertos, los endebles esqueletos de los árboles están amarillentos. Ningún signo de vida... Y, sin embargo, sobre un árbol calcinado hay dos o tres mil minúsculos retoños verdes.

Dos indias caminan a pasitos a través de la soledad.

Son una mujer vieja y una joven. Acaban de contemplar "La Maravilla"; me lo dicen con tristeza.

Las siluetas de los caballeros se perfilan sobre las crestas negras.

La luz mexicana sólo se vuelve enceguedora una vez pasadas las diez de la mañana. En la bajada hacia los llanos infinitos y al pueblo de San Juan a través de las dunas volcánicas, los bosques asesinados, los cultivos y los pastizales yacen destruidos, en una región lunar inerte, que parece por su vastedad la única realidad; la bajada se transforma en un retorno a la claridad de las altas planicies y a la dulzura de vivir... El sol matinal vuelve dorados los campos abandonados. Los tallos y las hojas emergen de la ceniza. En las fuerzas del *pueblo*, los magueyes tenaces aún traspasan trágicamente, con sus largas y pode-

rosas hojas que terminan en implacables agujas de un metro de largo, las capas de polvo mineral... Las calles están muertas... San Juan Parangaricutiro, fundado entre 1540 y 1545, poco tiempo después de la conquista española, acaba su existencia de cuatro siglos. Huyendo de los conquistadores de Beltrán Niño de Guzmán, unos campesinos tarascos se refugiaron en esta colina. Sólo cien años después fueron evangelizados, no obstante que su iglesia, símbolo de sumisión antes de ser un símbolo de fe, haya sido construida por primera vez hacia 1580. La estadística indica que el pueblo tenía más de 1500 habitantes. La municipalidad contaba con más de 400 habitantes dispersos sobre 302 kilómetros cuadrados... En comparación a los campos de América Latina, esta población era bastante rica.

La iglesia lo comprueba. Construida en buena piedra de estilo renacimiento, domina un gran atrio y un humilde conjunto de habitaciones, todas de una sola planta. Las más elegantes, adornadas con un techo ligeramente sobresaliente sobre la calzada, las más modestas, cubiertas de viejas tablas y de paja mordida por el fuego. Las tres naves, sorprendentemente espaciosas y altas, bañadas de claridad blanca, están casi desnudas. Son las nueve de la mañana, un indio termina de barrer la ceniza del enlosado. Un grupo de fieles avanza arrodillado hacia el altar, la mayoría son mujeres, ancianos y niños; las madres llevan a sus hijos en los brazos. Todos avanzan de rodillas murmurando. Frente al altar, se levantan sobre sus pies descalzos delgadas formas morenas, tensas, vestidas con telas de algodón blanco y chales oscuros. Las nuca erguidas, las formas poseen una dignidad de estatuillas y continúan murmurando letanías, figurando sobre el lugar una danza grave y ligera que se baila a saltitos. La nave se llena de un ritmo furtivo, como si fuera un goteo de agua sobre una baldosa. El grupo de fieles retrocede así, vuelto hacia el altar espaciado, murmurando y bailando lentamente; cada silueta rígida haciendo un medio paso cadencioso hacia adelante y un pasito hacia atrás. Quizás es una muy antigua danza mágica semejante a la oración cristiana. La expresión es muy intensa, es una salida indecisa en donde hay múltiples idas y venidas, imploraciones mágicas. Son gente bronceada, magros— algunos hasta el desencarnamiento, los ojos hundidos y la mirada bailando delante de nosotros, sin siquiera percatarse de nuestra presencia. ¡Que Dios les cumpla!

Regresamos un año más tarde a la bella región de Michoacán en febrero, mucho tiempo después de la estación de lluvia. Se viaja indefinidamente por las estepas, las montañas quemadas y a lo largo de barrancos calcinados. Un ganado escuálido pasta desesperadamente hasta la última hierba amarilla. La tierra árida, abandonada, toma el color del sol y uno se percata que el color terrestre del sol puede ser atrocemente triste. La victoria del desierto es luminosa. Las casuchas de los indígenas hechas de adobe tienen también este color inanimado del fuego celeste transformado en arcilla muerta. Alrededor de ellas crecen los poderosos magueyes: esos ramilletes de largas espadas vegetales, de cimitarras curvadas, puntiagudas, de puntas afiladas, de espinas malhechoras, suntuosamente decorativas y trágicas. La planta busca la humedad profunda del suelo y aspira el aire calcinante, como las cactáceas. Da la impresión de un ser despojado que, sin embargo, tiene armas, energía solitaria, rigor flexible y duro. Su sabia, apenas fermentada, produce alcoholes asesinos. Entre más la contempla uno se discierne mejor la noble violencia que sube por ella, desafiando la aridez, el incendio, la destrucción.

En las paradas, unos mendigos medievales figuran al hombre disecado como la planta. Tienen rostros cobrizos, casi negros, enjutos, ásperamente viriles. Reconozco en ellos a los hermanos de los mendigos de Rusia y a los flamencos pintados por Brueghel. Sin embargo, la mayoría parece gozar de buena salud. El sol calcina la tierra, al hombre, la miseria, la voluntad de vivir... Cuando el paisaje cambia bajo la bendición de las aguas y aparece un sencillo valle, los ojos resienten un alivio extraordinario. Siento cuanta necesidad tenemos de una vida vegetal próxima y cercana.

Pátzcuaro, pequeña ciudad antigua hispano-indígena, española por sus piedras, tarasca por su pueblo, está abandonada. Opulenta por la dignidad de sus grandes árboles de tupido follaje, plantados hace algunos siglos sobre las plazas. El día de mercado, de abigarramiento, de pobreza, los tarascos suben desde los pueblos vecinos por los caminos hacia la ciudad, llevando sus humildes mercancías. Muy seguido sólo se trata de grandes pescados transparentes, de un color de cuerno. Las mujeres llevan a sus hijos cargados sobre la espalda con un rebozo azul. El niño despierto, de grandes ojos negros, parece que nunca llora. Hay cientos de ellos en los cestos, todos silenciosos; seguramente algunos sufren, pero saben por instinto que es inútil quejarse, eso es lo bueno de una resignación vigilante que aguarda su suerte. La plaza reverdeja apuñalada por el sol. Tiene aspectos de selva y perfiles de ciudad provinciana como si fuera Castilla La Vieja: tenaz para vivir. Los comercios puestos al ras de la tierra la colorean

espléndidamente. Se vende carne, creo que de borrego, secada al sol (como se hace también en Asia Central), en espesas hojas aplanadas que no tienen mal aspecto. Los frutos, los chiles, las redes de pescar, las esteras producen esplendorosas sinfonías de colores a través de las cuales pasan los mendigos, los ancianos, los mutilados, bajo sus grandes sombreros sucios y sus sarapes empolvados. A Rodin le hubieran gustado sus pies descalzos, enhorcados, sus dedos enclavados por raíces de carne endurecida. No hay nada indigno en ellos, pero sí una miseria irremediable, pasiva, agresiva por su sola presencia. ¡Como un *Ecce Homo!*, trivial, repetido en voz baja sin respuesta posible.

Gran calma; este pueblo es el del silencio y del murmullo. De un lado de la plaza hay una bella casa cerrada pintada en rosa mexicano, con cortinas de olanes, con balcones de hierro forjado; detrás de un vidrio en el primer piso, un señor ricachón, vestido a la europea, fuma escuchando el bullicio de abajo. El reina. El ayuntamiento, del siglo XVIII, es tristón. Tras unas ventanas enrejadas charlan hombres con sombreros y camisas blancas mientras observan el movimiento tentador de abajo. Son prisioneros de la cárcel menos severa del mundo. Algunos purgan largas condenas y puede ser que se deba al hecho de haber raptado a sus novias en lugar de haberlas pedido a sus padres, concluir el negocio discutiendo la dote y luego simular un rapto por el honor y la tradición, a fin de que la unión comience por una fuga, una conquista. Las calles laterales, bordeadas de casas bajas, colores alegres y anchos cobertizos, son recorridas por yuntas que conozco: el *arba* de los georgianos del Cáucaso; dos bueyes con cuernos muy abiertos arrastran un vehículo sostenido sobre dos altas ruedas. Un campesino, parecido a sus hermanos de Osecia o Mingrelia que él no conoce, conduce la yunta tocado con el mismo sombrero ancho y sujeta la misma jabalina de hierro macizo. Camina en una encantadora calle, apaciblemente luminosa. Subiendo hacia una iglesia barroca de tonos de terra cota, una mendiga loca sentada en el umbral se levanta al ver que nos acercamos y nos tiende una mano rozada y morena, escamada de mugre dura, espantosa; su rostro es inmóvil como una máscara con los ojos ensombrecidos sin brillo, negros sin luz, que ven y comprenden algo... Tres cabarets contiguos proclaman con sus insignias descoloridas una gran poesía: ¡*El Sol de Oro, El Edén, Ternura!* Vengan a tomar en la penumbra el aguardiente, pero desconfíen de los cuchillos del letrero del sueño frustrado... En la esquina de la calle, un camión pintado de lila, abollado por mil choques, la carrocería hundida (o parchada); se llama *El Bolchevique*. Nos parece que hace honor a su nombre... “Uno de los últimos

bolcheviques, dice mi compañera. Parece que ya no puede más, pero aún recorre las rutas de México...”

En el centro de la plaza, bajo las sombras, se halla la estatua de Gertrudis Bocanegra. Mujer fuerte, en bronce, con el cuerpo erguido... Gertrudis Bocanegra fue martirizada aquí por haber luchado por la independencia. Juan O’Gorman la pintó de blanco, en su fresco de la biblioteca, con el vientre abierto sangrando como una fuente. El suplicio primero, luego la estatua y enseguida el elogio de los historiadores: es una vieja aventura humillante para el espíritu humano. La espaciosa biblioteca es una iglesia expropiada. Pocos libros, pocos lectores, pero muchos niños que un viejo maestro de primaria instruye... El fresco muestra al fondo del antiguo altar imágenes poderosas. Esta obra, así como las de Diego Rivera y Orozco, reanuda la tradición de los *Códices* precolombinos que contaban los anales con imágenes. Otros dicen —lo oí decir— que estos frescos “no son arte”, porque no expresan metafísica ni psicoanálisis alguno para revistas lujosas y galerías. Cantan en azul vivo, en rojo puro, en fuego, para los niños y los niños grandes, una terrible historia legendaria, con símbolos sencillos que conmueven fácilmente; son elementales y vivos, hablan a gente sencilla, me hablan a mí que ya no soy tan sencillo y ¡le hablarían a usted también señora, señor!, si no estuviera tan lejos de la ruda vida real, que no es literatura ni ediciones finas. El artista Juan O’Gorman me dijo: “Estoy feliz por haber pintado en Pátzcuaro, porque el arte debe penetrar en los pueblos. Los indios tienen más necesidad de esto que de la gran ciudad de negocios...” La ciudad está saturada de arte, arte muerto, arte falso, arte vulgar, arte vendido, revendido, asfixiado... Me agrada que el pintor revolucionario, en lugar de adornar los departamentos suntuosos o nutrir los museos, vuelva a ser el artesano trabajando en una aldea de Michoacán para que la gente de la montaña y del lago se emocionen un momento delante de los símbolos ininteligibles de su pasado... Estoy de acuerdo que este arte, cumpliendo con el justo fin del lenguaje apasionado para las masas, no agota ninguno de los problemas del arte. ¿Pero acaso no existen tantas formas de arte como variedades humanas y tantos problemas que proyectar en el arte? No muy lejos de aquí, en un pueblo a las orillas de Pátzcuaro, visité a un artista europeo formado en la búsqueda más cerebral de la pintura moderna. Su voluntad creadora no es la de expresar el mundo contemporáneo, sino más bien la de extraer la substancia de un mundo emocional y pensado, que se basta a sí mismo sobre la tela. Más que por desprecio a lo repetido, lo ya hecho, lo ya visto, lo ya muerto y, más aún, por la ambición de hablar a un pueblo silencioso, este creador está motivado por la necesidad de creación pura, distin-

ta de todo lo que se ha hecho hasta ahora, pero viva al igual que las más vivas... Está bien que trabaje en su soledad inteligente. El misterio aparente de los planos, las líneas, los puntos, los colores homogéneos, bañados por un día de serenidad, de las composiciones de Onslow-Ford nos habla un lenguaje diferente al de la pintura naturalista que yo llamaría la "orgullosa sirvienta de los ojos simples"; de manera diferente pero enriquecedora, obedeciendo al imperativo de necesidades complementarias. Mucho tiempo, durante mucho tiempo, estuve en celdas de prisiones como para que las revistas de arte puedan engañarme sobre las necesidades de nuestros ojos, de la sorprendente magia del color, del denso valor de lo irreal y de la insondable significación de lo pensado. Un fiel retrato, un desnudo, un árbol, la proyección de un sueño, la expresión de un delirio escogido, la sobria construcción de un fragmento de mundo deseado, pertenecen igualmente al arte verdadero, pues el prisionero, yo lo sé, encontraría aquí al mundo mismo. Pienso en el arte como en un encelulado virgen donde las plantas se entre-destruyen y suben juntas como si uná conciliación suprema las elevara: las plantas infinitamente diferentes.

Dejemos a los danzantes grotescos de la plaza poner en entredicho estas reflexiones pasajeras... Día de carnaval, las callejuelas claras se esparcen sobre el campo verde. Ahí aparece un grupo de músicos y máscaras. Tocan para ellos solos y para algunos vecinos. Es menos una representación que un rito; el placer no consiste en ver sino en actuar. El grupo satiriza una corrida de toros. Un gran diablo desaparece bajo un toro blanco de cartón que carga sobre sus hombros. El toro lleva en sus pequeños cuernos de chivo unos ridículos toreros. Varios de los danzantes van vestidos de mujer: con largas faldas de pliegues, propias del país, rojas con trazos negros. El juego consiste en que la mujer se enfrenta a la bestia peligrosa y así expresan su humor. Un muchacho admirablemente musculoso, disfrazado de esta manera y tocado con un sombrero de paja, ejecuta una danza del sable. Su machete golpea el pavimento. El grupo de la corrida y del machete va de puerta en puerta chismorreando con seriedad un mensaje de inspiración poética, soportando admirablemente el tórrido calor. No nos toman en cuenta puesto que nosotros no conocemos el significado de estas cosas.

En el centro de Pátzcuaro otro grupo de danzantes, disfrazados extraordinariamente con máscaras de truhanes españoles, se une al primero. Entre ellos hay varios personajes en guiñapos (fieltros de alas anchas levantadas y recortadas como los sombreros de los corsarios) ataviados; uno de ellos, con una máscara de barba negra y nariz de Cyrano, y otro, con una máscara de demonio como esas que los



VLAD 1955

primitivos tallan en madera. El primero lleva pantalón de piel, desgarrado; el demonio viste un abrigo de color pardo. Los que vestían de mujeres se pusieron máscaras rosas y blancas, como si fueran pequeñas sirvientas bretonas con cejas estupefactas y sonrisas complacientes y devotas. Representan su corrida con frenesí, agitando los látigos y los sables; es un baile de forajidos y de idiotas inocentes. La música rechina, el toro de cartón se bambolea y se avalancha sobre las faldas. El lugar se estremece siniestramente. Emanan una sensación de crimen gratuito, de violación sin goce. Los danzantes están tan desfigurados que sentimos alivio al ver que uno de ellos se quita la máscara de muchacha rubia que llevaba bajo un sombrero de paja, para secarse el sudor de la frente aceitunada. Se agitarán en vano así, durante horas, en las esquinas de las calles sin hacer ruido, sin gritar, sin reír, sin júbilo, por lo menos en el sentido que nosotros le damos a esta palabra. No hay ni la más mínima alegría en su arrebato monótono, de una fuerza rítmica, alucinante, una suerte de trance parsimonioso. El regocijo, la alegría, no sé si estas palabras pueden aplicarse al indio. Está dominado siempre por una energía pasiva, taciturna o prudente, violenta como la planta del desierto. Ama el canto, la música de tonos de letanía, la cantinela o el hechizo, la danza ritual. Nadie ríe y nosotros tampoco tenemos ganas de reír.

Delante de estos indios no olvidaremos nunca que tomaron contacto con la civilización europea hace cinco siglos solamente y que esto sucedió destruyendo su propio mundo bárbaro. ¿Acaso la alegría, el goce de vivir alegremente que nosotros hemos conocido, requieren de una cultura más antigua, de algunos milenios, con siglos de bienestar y de seguridad relativa, de riqueza y de aventuras victoriosas? Los campesinos franceses descritos por La Bruyère como un triste ganado humano tampoco reían. ¿Acaso los rescatados de los campos de exterminio encontrarán la alegría de vivir?

El lago de Pátzcuaro ofrece un vasto paisaje de nácar, de perla, de seda gris de cielo, plateada con reflejos de tono mate. La importancia de las palabras: con frecuencia me siento molesto cuando escribo, a causa de la distancia irremediable entre la sensación, la visión y las palabras convencionales de las que uno dispone; en el fondo la descripción no es más que un pequeño juego de comparaciones y de aproximaciones más o menos hábiles. El lago es "como un espejo ligeramente ondulante", esto es "exacto", pero ¿por qué debo compararlo con un espejo, ese objeto de interior, que verdaderamente no se le asemeja en nada? El truco de los estilistas y de algunos surrealistas consiste en buscar la aproximación inesperada: "Las plumas vibrantes de la voz surgen del zarzal ardiente de tus labios" (Benjamín Péret), esto es excelente porque, quizá, espontáneo; pienso que no se pueden producir muchas imágenes espontáneas (o elaboradas, lo falso espontáneo de buena calidad) sin una concentración de espíritu sobre esta producción; concentración que debe afectar el pensamiento; la observación, el contacto de lo real vivido. Más que inventar imágenes insólitas o inéditas, prefiero considerar las cosas con sencillez, intentar describirlas por medio de palabras comunes y seguir mis problemas que son bastante obsesivos como para prescindir de atavíos verbales. ¿Existe un término medio accesible entre el gran talento y el gran genio? Aparte de dos o tres libros que son logros extraordinarios, *Bella*, *Suzanne et le Pacifique*, ¿acaso Jean Giraudoux no se desvió en su brote de lentejuelas brillantes, él que introducía en el poema austero de su prosa una constante preocupación de inteligencia y una firme elegancia de pensamiento? (Tolstoi hubiera desdeñado estos juegos del espíritu...). Pensé en Giraudoux sobre este lago luminosamente apropiado para la tristeza, ya que acaba de morir en París, en la sofocación y en la amargura, empeñándose en trabajar a pesar de todo. A los sesenta años lo había encontrado tan joven, grande, con un bello rostro fino y fuerte, una mirada aguda y discreta. ¿Sabía él que encarnaba lo más diamantino en la literatura europea anterior al desastre? *Diamantino* no es quizá un adjetivo original, pero sí una palabra que creo adecuada: el diamante es duro, irreductible, brillante, de pura calidad cristalina, capaz de reflejar innumerables aspectos del mundo, sólo le falta el turbio obscurecimiento de la vida; esto era precisamente lo que Giraudoux medía con un alma profunda y lo convertía en diamante.

Nuestra embarcación, dirigida por un joven remero indio de ojos rasgados, de nariz recta, que se lava muy raramente y no deja de ser un hermoso muchacho, recorre el lago de reflejos de cielo. Sobre las

colinas del fondo, la enorme espesura del volcán estalla inmóvil y se prolonga en una cabellera de vapores. Abordamos una isla rocosa y verde. Redes de pescadores, chozas, maleza caliente, un sendero sube hacia la altura entre bloques desplomados de antigua lava, pequeños campos de maíz, matorrales de cactus. ¿Por qué sentimos este júbilo al subir? ¿Acaso porque los horizontes se dilatan? Es demasiado desinterés como para contener el más mínimo elemento de voluntad. Es más bien un placer de evasión, de comunidad con los espacios terrestres (pues toda contemplación implica una identificación con las cosas contempladas). Estamos felices de ver las costas del lago bajo el cielo sin límites. Lagartijas y serpientes se deslizan en la hierba seca, hacen un ruidito de roce metálico. En la cima de la isla, una casa blanca cuadrada. ¡Lugar privilegiado! Una bandada de niños moreno se escapa; parece que los divertimos. Estos pequeños tarascos son sanos, muy bronceados, risueños, la mitad de ellos, niños y niñas, son verdaderamente bellos. Rostros anchos, huecos y sin embargo repletos, frente redonda, ojos cafés aterciopelados, miradas directas, dentadura blanca, difieren muy poco de las razas mediterráneas. Hay tres grupos de más o menos ocho niños cada uno, todos se encuentran en la misma pieza fresca abierta al espacio. La maestra, una indígena septuagenaria, afable y digna, nos explica que enseña el castellano y la aritmética; el tarasco ya lo saben (el tarasco no tiene alfabeto). La escritura de los chicos es buena; hace maravillas esta vieja mujer en su aldea de pescadores. ¿Qué tesoro de capacidades desconocidas poseen los niños indios de estas tierras? Y todavía no se ha encontrado el poco dinero que sería necesario para reunir algunos centenares en una buena escuela superior que los revelara a sí mismos. Cada mes los clubes nocturnos de la ciudad de México derrochan más dólares de los que serían necesarios para esta empresa.



Una región del cielo pierde su luminosidad, se vuelve pesada y plomiza, presagio de lluvias pesadas; pero las nubes están extrañamente violáceas. Entramos para viajar durante varias horas en un fantástico país de desolación gris cremosa, de palidez difundida sobre la tierra, espectral. Las cenizas, semejantes a una nieve incolora y sin embargo sombría, vagamente quemada, cubren los llanos, los bosques, los sembradíos, las depresiones, los caminos, hasta donde la vista alcanza. Tierra exterminada, vegetación muerta. Árboles derribados, árboles abatidos, ni un pájaro, ni un insecto, todo esto es lívido, podría ser una tundra siberiana, pero cadavérica. "Un campo de batalla, decimos nosotros, en donde las ráfagas de explosivos no hubieran dejado nada vivo, sumergido en el polvo mineral". En efecto, fue una batalla entre el fuego subterráneo y la tierra viva, la tierra vencida cuya fragilidad sagrada comprendemos repentinamente. La tierra, esta substancia gris y marrón, tan frágil como la substancia cerebral, que, sin cesar, de manera similar, regenera o adormecè la vida. Me acuerdo del geólogo que me explicaba que la tierra fecunda es una creación de los organismos vivos; que cada uno de sus granos ha participado un sinnúmero de veces de la existencia orgánica... Aquí, por mucho tiempo esto se acabó; el polvo de lava lo aniquiló todo. Me viene a la memoria una visión aterradora del desierto donde alguna vez fuera St. Pierre de la Martinica. El carguero pasaba lentamente a lo largo de la isla paradisíaca con riberas bordeadas de cocoteros, de laderas esmeraldas que eran campos de caña, de selvas doradas que trepaban hacia los picos cónicos; cuando de pronto vimos un singular desierto de cascajo rojizo, con tonos de sangre coagulada, a veces deslavada, extenderse desde lo alto de la montaña hacia el mar, en flúidos informes, absolutamente desnudo, absolutamente estéril... Al amanecer del día 8 de 1902 se hallaba todavía allí una ciudad próspera de pesca, de comercio y de dulce placer de vivir; y en la tarde de ese mismo día, la ciudad no existía más; las quintas de columnas blancas habitadas por la alta sociedad dejaron de existir; los campos también desaparecieron.

Un hombre, uno solo sobrevivió de los 26,000 que eran. ¿Era éste el único Justo? La bóveda de un sótano de la prisión lo protegió milagrosamente. Vi esqueletos petrificados, amontonados al margen del incendio cósmico; aún guardaban el movimiento de la carrera y del horror del último instante. Vi fragmentos de botellas transformadas en locas flores de vidrio debido a la incandescencia del mundo. En más de cuarenta años ni una yerba ha retoñado sobre la lava inmóvil...

Viajamos durante horas por el país muerto descubriendo la relatividad profunda de la muerte. Las hojas muertas retornan a la vida vegetal. La hierba y el árbol en flor brotan sobre las tumbas e incluso dentro de ellas; la descomposición hace fermentar nuevos gérmenes de vida. La muerte de los seres es, materialmente, tan sólo el anonimato del ser. Es como las salpicaduras brillantes de las olas que al romper, vuelven al mar. Pero ahí donde el fuego elemental pasa y triunfa nada recomienza, la substancia sagrada vuelve a ser semejante a las rocas anteriores al ser, el misterio de la vida se vuelve a sumergir en la nada. La lava de Saint Pierre, nieves minerales de Parangaricutiro, son la imagen del fin total. Lluve arena y cenizas calientes, avanzamos dentro de la neblina blancuzca y al fin se eleva la densa columna de humaredas moviendo sus cordones viscerales.

San Juan muere. ¡Bella resistencia la de los últimos hombres! Las habitaciones se derrumban, los nopales erizados sucumben durante un corto tiempo, un peso de ceniza dobla los techos que aún resisten. Ya no hay jardines sino terrenos baldíos como no he visto en ninguna parte del mundo, superficies lisas, puras y muertas. Hay unos cuantos niños con zarape, taciturnos y sucios, pues el agua no existe más. Grisalla, entiznamiento de todo. Los rostros, los ojos e incluso las miradas están penetradas de ceniza negra. La iglesia podría haber sido mutilada por un bombardeo. Sobre la plaza, la cruz de piedra se lamenta en silencio. Al final de una calle abstracta, la enorme erupción sube sombríamente invadiendo el cielo.

Nos vamos a pie para subir la última pendiente hacia el cráter. Las corrientes atmosféricas orientan el monstruoso penacho de lava aérea hacia la región de donde venimos. Por otro lado, en alguna parte, una corriente de lava desciende y sube irresistiblemente hacia las ruinas del pueblo. Caminamos bajo la lluvia mineral y ésta se transforma en aguacero. El atardecer tiene una claridad oblicua y lívida, matizada, como la de los glaciares durante el invierno boreal. Los llanos devastados no tienen límites. De los bosques sólo subsisten muñones de árboles. Caminata penosa, a cada paso luchamos contra un pérfido comienzo de hundimiento. El chubasco mineral crepita sobre mi sombrero, la ceniza extiende una nube sobre mis anteojos; la ceniza nos irrita los ojos, cruje entre nuestros dientes, la sentimos áspera, pegarse a nuestros cuerpos bajo los vestidos... Sensación de un inexorable entierro. ¡Y qué silencio de destrucción! Si nos detuviésemos un momento para mirarnos desde aquí a nosotros mismos, comprenderíamos, quizá, la palabra *nada*. No nos detenemos. No tenemos esta sed de comprender. Nuestra caminata es un combate de insectos contra un universo. Tenemos prisa de llegar. ¿A dónde? ¿Al corazón de la nada?

No iremos más lejos del campamento. Sus cabañas están sumergidas en las tinieblas, golpeadas por ráfagas del aguacero caliente; ínfimas lámparas parpadean. El cráter está cerca, aparece y desaparece, según el bracero arda o se contraiga en su propia noche. Humaredas amarillas serpentean a la izquierda, fulgores de incandescencia surgen de la erupción oscura y espesa, luchan contra una asfixia a causa del humo, palidecen y se apagan. Ya no son más las llamas, sino un enrojecimiento sofocado. El volcán jadea, su respiración prolonga un estruendo de cañonazo subterráneo. Una pareja abrazada avanzó algunos metros, la tormenta seca la rodea, los últimos amantes de la tierra nos aparecen así, sobre un fondo de brasas ahogadas, en la unidad de la tierra, del cielo y del fuego entenebrados.

Los indios, apoyados sobre los mostradores primitivos de las cabañas, tienen siluetas deformadas, disecadas, maltratadas, personajes de James Ensor. Los mulos parecen hipocampos en peligro. Un puñado de estrellas lángidas traspasa la herida del cielo espeso. ¡Últimas estrellas ofrecidas a últimas miradas! Esta no es una visión del poder cósmico, del origen del mundo, como la que tuve aquí la primera vez. Es una visión del sofocamiento monstruoso del fin del mundo. El Parícutín, me dicen, entró en agonía, a pesar de que en ciertos días su energía estalla aún en abrasamientos magníficos. ¿En agonía? ¿Qué sabemos nosotros? Me gusta esta palabra que subraya delante de la muerte de la tierra nuestra unidad con el planeta.

México, 1943-1944.

**PIDALA
TODOS
LOS
LUNES**

DI

Revista
política de
alternativas
que busca y divulga
soluciones a la crisis



Adquirla en su puesto de periódicos o en
las principales librerías.

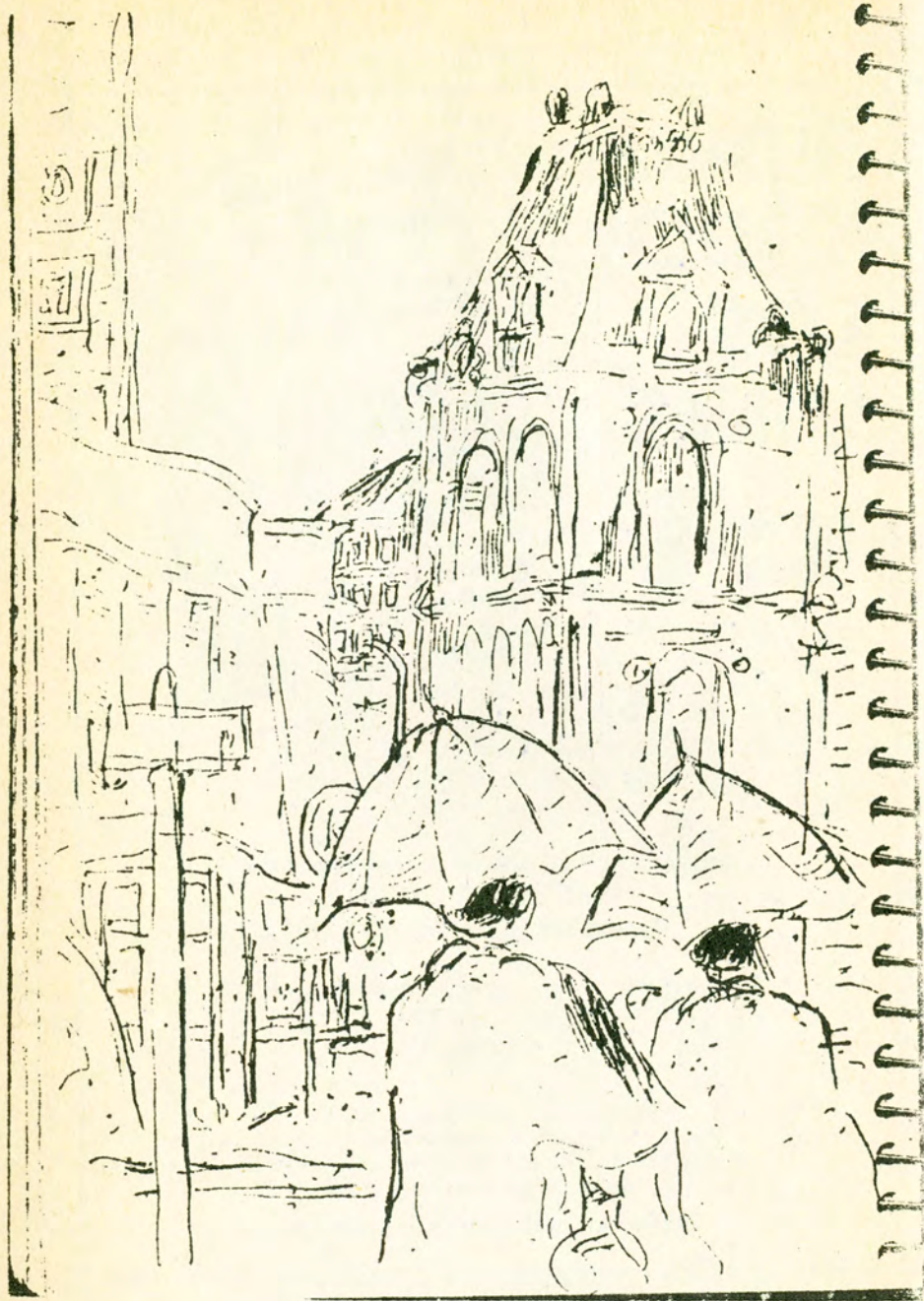
Precio del ejemplar \$30.00

Suscribase a los teléfonos
797-59-43 797-99-16
797-96-27

Ofrecemos nuestro servicio de
fotocomposición en
máquinas comp/set en 37 tipos diferentes
y tamaños de 6 a 74 puntos.

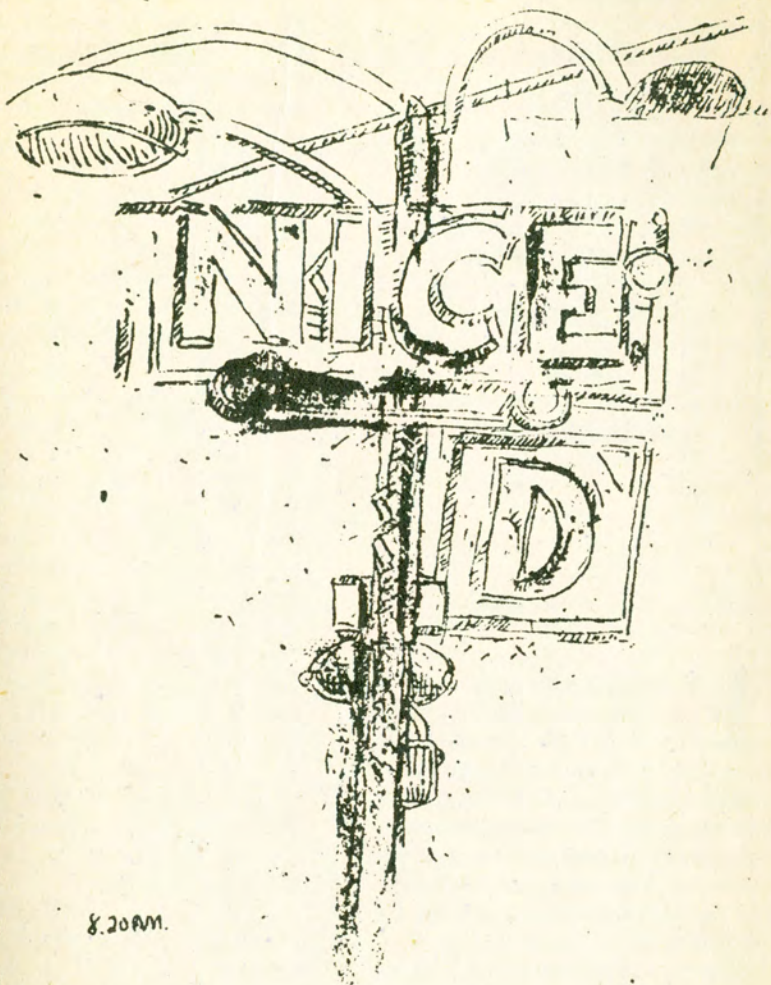
Así como todo tipo de impresiones.

**Sociedad Cooperativa de Comunicación Social
"Debate Ideológico", SCL**



Dibujo de Gabriel Macotella.

TIEMPOS



8.20 AM.

BIZARROS

**Desbalance
de
una
fracción
parlamentaria**

El rendimiento de la fracción parlamentaria del PSUM en la Cámara de Diputados, de septiembre a diciembre últimos, estuvo por abajo de lo que de ella se esperaba. Por abajo inclusive, por más que sean odiosas las comparaciones, del papel que desempeñó la Coalición de Izquierda en la LI legislatura.

Para unos observadores, las causas deben buscarse en la heterogeneidad del grupo: de la *coalición* a la *unificación* hay un trecho muy largo, dicen.

Pero podría afirmarse igualmente que coaligados estuvieron entonces, como ahora pretendidamente

unificados, PCM, MAUS, PPM, PSR, UIC y demás.

Para otros, los más, el meollo de la cuestión está en la inexperiencia parlamentaria del PSUM, por lo menos de la bancada que el PSUM mandó a la Cámara en esta ocasión. Y por chocante que parezca, es inevitable hacer algunas comparaciones para entender el fenómeno con mayor claridad.

Coaligados llegaron a la LI legislatura hombres como Carlos Sánchez Cárdenas, con experiencia en el PPS lombardista y fundador del MAUS; Arnoldo Martínez Verdugo, dirigente del PCM; Juventino Sánchez Jiménez, miembro del Consejo Supremo Mije y poseedor de la votación más alta entre todas las obtenidas por los diputados de la Coalición; Roberto Jaramillo, exdirigente de las Juventudes Socialistas y fundador del Partido Socialista Revolucionario. Y así podríamos seguir haciendo cita de gente con experiencia en la lucha política: Alejandro Gazcón Mercado, Gilberto Rincón Gallardo, Gerardo Unzueta Lorenzana, Manuel Stephens, Luis Fernando Pezraza Medina, Evaristo Pérez Arreola, Valentín Campa, Pablo Gómez, Othón Salazar, Ramón Danzós Palomino, Arturo Salcido Beltrán. Todos, sin excepción, han sido hombres de debate.

Aquí, seguramente, está otro punto que debe ser sometido a reflexión: en una Cámara de Diputados que es producto genuino de un sistema político como el nuestro, la oposición jamás va a ganar una votación, ni siquiera después de un debate convincente.

Pero puede —y esto es de singular importancia— ganar un debate. Esto

es: ganarlo a juicio de la propia mayoría y de los periodistas. Finalmente, la Cámara de Diputados es una caja de resonancia. Y un debate ganado en la tribuna por quien sea (pero sobre todo por la oposición), *resuena* en los medios de difusión.

¿No es difusión lo que cualquier entidad política necesita?

Este hecho conduce a otro análisis: en la tarea política, en la tarea parlamentaria, es indispensable, inexcusable, tener "visión informativa".

Por ejemplo: es un error garrafal entregar a la prensa especializada un boletín con los puntos de vista del PSUM sobre la política económica del gobierno, justamente el día en que hay uno o dos debates de primera magnitud y que, necesariamente, van a acaparar la atención de los medios.

Esto ocurrió varias veces entre septiembre y diciembre del año pasado, sin que la fracción parlamentaria del PSUM corrigiera la falla.

Sin pretender que se acepte la generalización del juicio, Edmundo Jardón y Rolando Cordera fueron los mejores hombres del PSUM en la tribuna de la Cámara de Diputados. Dos de 16, si descontamos a René Rojas Ayala, de vuelta en el POS desde los primeros días de septiembre del año pasado, pero foco de problemas para el PSUM un día y otro también.

Pero ni Rolando Cordera ni Jardón son el PSUM. Más aún: al calor de los debates o en el trasiego de las sesiones, se suscitan omisiones que, ciertamente, no corresponden a la línea política que se ha trazado el PSUM.

Durante el alboroto que armaron las reformas al Código Civil para instituir el delito de "daño moral", cierta prensa —que no puede ser desdeñada— tomó escrupulosa nota de los diputados que llamaran la atención sobre lo que se suponía un atentado a la libertad de expresión.

Esa misma prensa, registró el hecho de que fue el líder de la mayoría priista, Humberto Lugo Gil, el primero en emitir una declaración de apoyo irrestricto a la libertad de prensa y a la libre expresión de las ideas, independientemente de la intervención inteligente y táctica que tuvo en la tribuna el panista Gerardo Medina Valdés.

Edmundo Jardón, periodista desde siempre, permaneció silencioso en su curul, como lo hicieron también algunos periodistas del PRI que, en su momento, recibieron el reproche.

De manera que Cordera y Jardón fueron los mejores hombres del PSUM en la tribuna; y quizá lo fueron por ser los únicos, también, que lograron ganarle debates a la mayoría priista.

Durante las sesiones del Colegio Electoral, en el mes de agosto, Iván García Solís, Salvador Castañeda, José Encarnación Pérez Gaytán y Daniel Angel Sánchez Pérez, se perfilaron como posibles "caballos de batalla" del PSUM.

Pero la tribuna de la Cámara de Diputados pesa. No es el atril de una samblea sindical ni la tribuna de una asamblea de partido o la de un mitin de pueblo.

En este sentido y por más que moleste la verdad, una de las sorpresas más notables la dio Daniel Angel Sánchez Pérez, honrado y

valiente militante del PPM, abogado michoacano y dirigente político en Apatzingán, Michoacán.

Llevado por el calor de la oratoria —así tuvo que admitirlo públicamente Rolando Cordera—, Sánchez Pérez cometió errores inconvenientes para el PSUM y su fracción parlamentaria: atacó al ejército, a los burócratas, al movimiento obrero organizado y a la prensa.

Es claro que el ejército, la burocracia, el movimiento obrero y la prensa “nacional” no son hermanas de la caridad, pero ¿tiene el PSUM que pelearse con estos sectores? ¿No necesita de ellos?

Otro es el caso de Arnaldo Córdova: respetabilísimo maestro, militante del MAP (al igual que Rolando Cordera y Antonio Gershenson), culto, sólido política e ideológicamente, naufragó en la tribuna de la Cámara de Diputados.

Fue, sin duda, el experto en cada uno de los temas que le tocó debatir, pero no fue el hombre indicado para *ganar* los debates.

En cierta ocasión, un orador del PRI le señaló la falla durante un debate: demasiado academismo.

Y los ejemplos son aplastantes. El día que se debatían las reformas a la Ley de la Administración Pública Federal (debate que ganó el PRI), Arnaldo Córdova dijo en la tribuna conceptos como los que siguen:

“De acuerdo con la prescripción de Maquiavelo, cabe preguntarse: ¿el poder del príncipe ha hecho de la nuestra una sociedad virtuosa políticamente, vale decir, una sociedad en la que, como la que quería el gran florentino, todos sus ciudadanos sean como príncipes? Es evidente que no. Y los hechos hablan por sí mismos. La tesis de la

minoría de edad de las masas trabajadoras que, por ello, necesitaban de la representación de sus intereses en el poder ejecutivo, podía justificarse en sus orígenes porque el nuestro, no obstante ser un pueblo en armas, era también un pueblo disperso; el riesgo fue el de dar nacimiento a un Leviatán cuyo poder colosal hoy está fuera de toda medida. Hay príncipes que vuelven abyectos a sus pueblos o no son capaces de sacarlos de la abyección en que se debatían desde antes de que se instaurara su poder; ese no es el caso de México. Pero todo lo que nuestro príncipe pudo hacer por su pueblo, lo hizo ya; nosotros pensamos que pudo haber hecho mucho más: esa es la razón histórica de nuestra disidencia y de nuestra crítica y nuestra oposición militante en contra del sistema establecido”.

Aparte las razones históricas de la disidencia —que no son, precisamente, las apuntadas por Córdova—, es evidente que el debate estaba perdido desde las primeras líneas de este interminable párrafo aquí transcrito.

Del lado priista también se registraron estos errores. Algunos peores. Pero el PRI puede darse el lujo de perder un debate y ganar la votación. Los partidos de oposición no, porque si pierden un debate están perdiendo su actuación política: “de todas todas”.

Agobiada por el alud de iniciativas presidenciales, la Cámara de Diputados en su conjunto se negó a sí misma la facultad de legislar conforme al mandato constitucional.

Y al decir “en su conjunto”, ello significa que la Cámara arrastró

consigo en esta inercia a todos los partidos políticos, incluido el PRI.

Y el PSUM.

En septiembre fue a las comisiones legislativas un proyecto pesumista de reformas al Código Penal para castigar la especulación y la fuga de capitales. Ese proyecto está aún en el seno de la comisión legislativa de justicia, en espera de que se le dictamine.

En octubre hubo otra iniciativa del PSUM: reformas a la Ley Federal del Trabajo para instaurar en México la escala móvil de salarios. El proyecto lo tiene la Comisión Legislativa de Trabajo y Previsión Social. Y no precisamente en estudio.

Ese mismo mes la fracción parlamentaria del PSUM presentó una propuesta para que la Secretaría de Gobernación investigue las actividades del consorcio Televisa. La iniciativa pasó a la comisión de Radio, Televisión y Cinematografía, que preside el priísta Juan Saldaña, y ahí sigue seguramente.

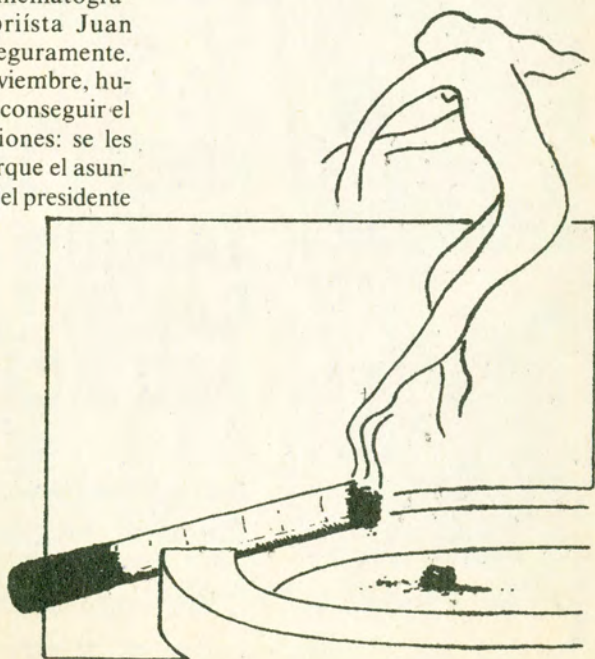
Al mes siguiente, noviembre, hubo otro proyecto para conseguir el anonimato de las acciones: se les congeló el proyecto porque el asunto ya estaba en manos del presidente Miguel de la Madrid.

En el último mes del primer periodo ordinario de sesiones, diciembre, se le presentó a la Cámara un viejo proyecto de la izquierda, esta vez por cuenta del PSUM: la incorporación de un capítulo económico a la Constitución. El asunto volvió a ser archivado en la comisión de Gobernación y Puntos Constitucionales, porque sobre la misma cuestión estaban ya en plena discusión las reformas constitucionales promovidas por Miguel de la Madrid.

A otros corresponde hacer el balance definitivo, o inclusive las críticas a la crítica.

Así están las cosas...para el PSUM.

Luis Gutiérrez.



busque

biblioteca del pensamiento
socialista
y encontrará a

Adler*Althusser*Bakunin*Balibar*
Baran*Baron* Basso*Bauer*
Bernstein*Bettelheim*Bloom*Brossat*
Buci-Glucksman*Carrere D'Encause*
Claudín*Cohen* Colletti*Danielson*
De Giovanni*Dobb*Engels*Fourier*
Gramsci*Grossmann*Herzen*Kautsky*
Kelsen*Lenin* Lowy*Lukács*
Macciocchi*Mandel*Marx*Moore*
Napoleoni*Prestipino*Rosdolsky*
Schmidt*Schram* Sternberg*
Trotski*Tvardovskaia

...y no olvide



...y no olvide
nuestra edición crítica

PANA JAL

**Pan
casero caliente
todos los días**

**Pan: salvado, negro,
cebolla y ajo.**

**Elaborado y atendido
por su propietario.**

**Av. Copilco
No. 102-16**



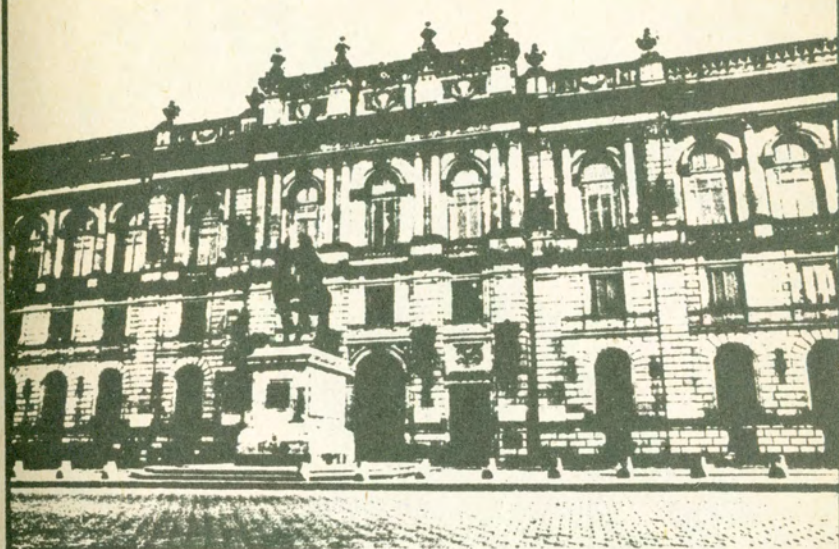
PENTAGRAMA

**ROCK - JAZZ
TANGO - NUEVO
CANTO LATINO-
AMERICANO**

**Adquiéralos en las Mejores
Tiendas de Discos del País**

Av. México 51 Col. Hipódromo tel. 515-3137

Museo Nacional de Arte



El arte mexicano de todos los tiempos



Felipe Sojo / relieve en yeso

**Martes a domingos,
10:00 a 18:00 hrs.**

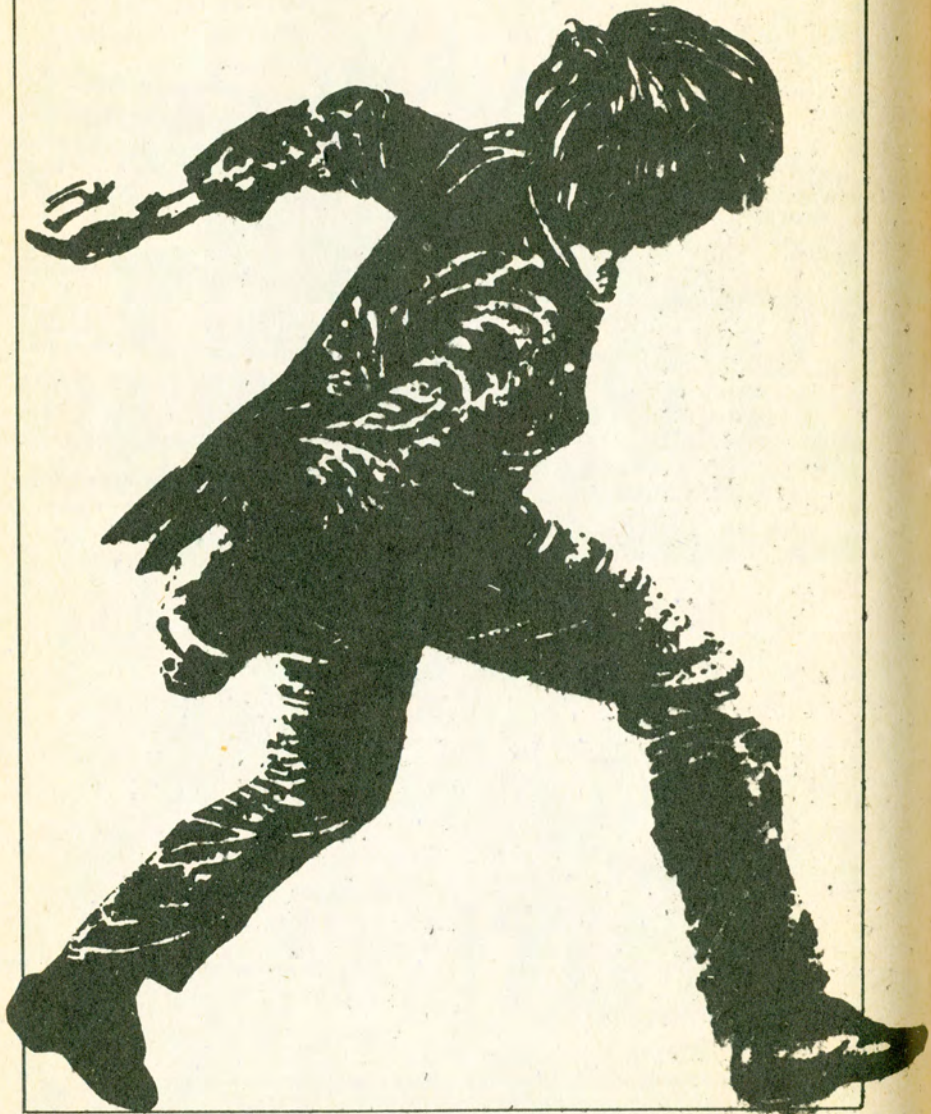
**Palacio de Comunicaciones,
Tacuba 8**

Domingos entrada libre



Instituto Nacional de Bellas Artes **CULTURA** SEP

¿Jugamos



a los desencantados?

(continúa la encuesta).

Para mí el período fue de acoso y avance, de soledad y drogas y, por encima, el sol rojo en la montaña, una conciencia política, social, una percepción de la realidad cada vez más clara. Organizaciones, partidos, grupos, autores de libros, la conciencia organizada en un poema, en un acto amoroso, solidario, silencioso, humano. Humano. No era lo divino imaginado en los viajes multicolores que arribaron luego al extenso escritorio donde había teléfonos y todo.

Buscamos entonces (desde entonces) una salida a nuestra propia crisis, intentamos guiar el sentido de nuestro propio cambio. En muchas partes los jóvenes comenzaron a estudiar (conocer) la realidad social, la historia de México. Comenzaron a escribir novelas, poemas, canciones y ensayos cada vez más cercanos a lo que sucede.

En la crisis social y política (dispersión en muchos sectores, asombro, imaginación, miedo, aliviane a pesar de todo, control político vertical, la represión que se enseñoorea, el planteamiento de la guerrilla como única salida, los presos políticos, el humo y la música) se revelan cosas que de otro modo jamás conoceríamos. La crisis es también un cambio fundamental.

En esta situación, es posible aprender algo; acción es una palabra amplia, se trabaja en todo, todo acto es político.

Es un cambio en todos los órdenes, en las concepciones filosóficas y políticas, en las relaciones humanas. La sociedad no funciona, el sistema muestra un exceso de fallas; sin embargo, decir el mundo se está acabando es grande exageración.

Esperamos que no se repitan esos días inolvidables. Una crisis social. Auge, retroceso, avance, un paso adelante... de nuevo el domingo. Un momento clave. La puesta del sol.

En ese momento la organización es un planteamiento político importante (es necesario un partido, decía Demetrio Vallejo). Se movilizan las personas que forman parte del problema, las personas que forman parte de la solución. Es evidente el aumento de la conciencia social, política, de la conciencia de clase.

Fueron momentos, me parece, de autenticidad, de coherencia, de tener claro el asunto de que se trata y hacer algo, cualquier cosa. Comenzar el fin del mundo, como sugiere Aimé Césaire.

Lecturas de Fanon, Lao-Tsé, Perse, Vargas Llosa, Marx y Engels resultan útiles, por ser claras.

El ambiente de las calles, decimos lo que no se olvida, las calles donde llueve, puede afirmarse que pasaron muchas cosas.

Contra la ley Simpson-Mazzoli

Ante la perspectiva de que el proyecto de ley Simpson-Mazzoli (Ley de Reforma y Control de Inmigración), que pretende poner bajo control la inmigración en los Estados Unidos, se presente nuevamente al Congreso de ese país, después de haber sido derrotado en la última legislatura, el Seminario Permanente de Información y Estudios Mexicanos-Chicanos* considera de vital importancia hacer un análisis de este proyecto el cual fue presentado al Senado norteamericano por los legisladores Alan Simpson y Romano Mazzoli en marzo de 1982.

La derrota de este proyecto se debió, en gran medida, a la militante oposición de grupos sociales, religiosos y sindicales en ese país. Esta oposición tendrá que incrementarse y ahondar su efectividad dado que el proyecto en cuestión tendrá mayores posibilidades de ser aprobado en las próximas sesiones de la Cámara de Representantes (Cámara de Diputados).

Este proyecto ha sido el mayor esfuerzo legislativo en los últimos años para reformar las leyes de inmigración estadounidenses. Esto responde a la profunda crisis económica por la que atraviesan los Estados Unidos, y al papel que han jugado los trabajadores mexicanos en el desarrollo de esa economía.

* El Seminario Permanente de Información y Estudios Mexicano-Chicanos fue establecido en la Ciudad de México en septiembre de 1982 con el apoyo del Departamento de Etnología y Antropología Social del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

En agosto de 1982, el proyecto fue aprobado en la Cámara Alta (Senado), pero virtualmente fue empantanado en la de Representantes por las 132 propuestas de modificación, que hicieron imposible la conciliación de intereses. La nueva propuesta modificada incluiría posiblemente muchas de las sugerencias y reformas planeadas el año pasado por sectores interesados en la nueva ley.

El proyecto de ley mencionado planteaba una nueva regularización de inmigrantes, a través de una supuesta "amnistía", la cual significaría la residencia permanente para los "indocumentados" que han vivido en los Estados Unidos desde el primero de enero de 1978; y la residencia temporal para los "indocumentados" que se encuentran en este país desde el primero de enero de 1980.

La introducción del concepto de "amnistía" era un intento del gobierno norteamericano de suavizar el carácter represivo de esta ley, al "perdonar" un supuesto delito en el que incurrirían los mexicanos al cruzar la frontera en busca de trabajo.

Esta "amnistía", además de caracterizar a los trabajadores "indocumentados" como delincuentes, dividiría aún más a los trabajadores inmigrantes en diferentes segmentos o sectores, y de esta manera, el Estado ejercería un mayor control sobre su fuerza de trabajo. La situación de los trabajadores que obtuvieran residencia temporal sería aún más crítica, al no poder recibir ningún tipo de asistencia pública, a pesar del hecho de que estarían contribuyendo a los servicios públicos a través de sus impuestos.

Simultáneamente a la introducción del proyecto Simpson-Mazzoli al senado norteamericano, aparecieron el proyecto Reagan y la "operación trabajo", con lo cual se trataba de justificar la expulsión de los trabajadores sin documentos, para darle empleo a los nacionales. Por lo que, con la implementación de un proyecto de ley como el Simpson-Mazzoli, las deportaciones masivas de los trabajadores "indocumentados" no serían impreables, puesto que estos mismos regresarían a ese país bajo condiciones restrictivas aun más desfavorables.

En este proyecto de ley se planteaban severas sanciones a la libre compra-venta de la fuerza de trabajo, así como a las agencias y sindicatos que reclutaran o enviaran obreros carentes de documentos a los centros de trabajo.

Estas sanciones, en un proyecto similar, fortalecerían, por un lado, al Servicio de Inmigración y Naturalización (SIN) en su política represiva contra los trabajadores sin documentos; y, por el otro lado, convertirían a los patrones, agencias y sindicatos en elementos represores de estos trabajadores al tener que poner en práctica esta ley.

Estas medidas aumentarían el racismo existente contra los trabajadores de origen latinoamericano, y a la vez constituirían un ataque contra los sindicatos que luchan por organizar a los trabajadores "indocumentados".

Una medida represiva con mayor cobertura, sería la introducción de un sistema de identificación nacional, como constancia de elegibilidad para poder trabajar. Esta medida estaba contemplada en el proyecto Simpson-Mazzoli, y la aprobación de una proposición de este tipo la convertiría en una medida más de control estatal, ya que abarcaría a la totalidad de la fuerza de trabajo norteamericana.

De implementarse una ley de este tipo se incrementaría el presupuesto de la Patrulla Fronteriza, la cual actúa como policía nacional para perseguir a los trabajadores "indocumentados"; con ello aumentarían también las violaciones de los derechos humanos de estos trabajadores.

Al contemplarse además un programa de "Trabajadores Huéspedes" (H-2), lo que se estaría haciendo sería: por un lado, ampliar un programa ya existente, para incluir a los trabajadores mexicanos; y, por otro lado, se estaría reintroduciendo el viejo programa de "Braceros". Esto le garantizaría al empresario agrícola norteamericano la mano de obra necesaria, en los períodos de mayor demanda de ésta.

Así, el Estado norteamericano permitiría que el empresario asegurara y aún incrementara la acumulación de capital, a través de esta política proteccionista para el agro.

Este programa violaría los derechos laborales de los trabajadores, al impedir que éstos permanecieran por más de 8 meses en un año dado en ese país, lo cual obstaculizaría la libre movilidad de éstos. Además, sus derechos laborales quedarían pisoteados, al estar atados a ciertas condiciones pre-establecidas por el tipo de contrato, en el cual se prohibiría la sindicalización, y no recibirían ningún beneficio, a pesar de contribuir a los fondos sociales a través de sus impuestos.

Por último, la inmigración documentada hacia los Estados Unidos, considerada bajo este tipo de proyecto, restringiría las categorías de los inmigrantes dentro de las cuotas anuales establecidas por el gobierno norteamericano. Esto limitaría principalmente la reunificación de familias; y también fomentaría la "fuga de cerebros", al otorgarle preferencia a la mano de obra altamente calificada.

Hasta la fecha, todos los proyectos de regularización y reglamentación migratoria en los Estados Unidos han sido contemplados unilateralmente, cuando que esta problemática incide de manera directa en México. De aprobarse un proyecto de la naturaleza que hemos venido mencionando, esto incidiría en este país de la siguiente manera:

1. Considerando la severa crisis por la que atraviesa México, las posibles deportaciones masivas empeorarían el ya grave problema del desempleo.

2. La decisión unilateral del Estado norteamericano de legislar sobre la vida de ciudadanos mexicanos, excluiría al Estado mexicano de influir sobre el destino de éstos.

3. El costo de la reproducción de la fuerza de trabajo migratoria recaería sobre la sociedad mexicana en 3 períodos específicos:

a. su mantenimiento antes de entrar al mercado laboral norteamericano.

b. su mantenimiento en casos de accidente o enfermedad una vez que ingresaran a este mercado de trabajo, puesto que al no contar con asistencia pública en ese país serían expulsados a México.


c. en períodos de desempleo, ya que al carecer estos trabajadores de algún derecho que los proteja en ese país serían expulsados a México.

Así, este tipo de proyecto contemplaría diversos modos de ahorrarle al capital norteamericano la reproducción de una gran fuerza de trabajo, a través del programa de trabajadores huéspedes, así como de los trabajadores con residencia temporal, al negárseles los servicios sociales mínimos. Además de que seguirían existiendo los trabajadores sin documentos.

La ausencia de protección extrafronteras de los trabajadores migratorios muestra la débil posición que el Estado mexicano ha asumido históricamente ante el norteamericano. Es preciso que frente a la perspectiva de un proyecto semejante, el Estado mexicano tome una posición concreta en defensa de los derechos de estos trabajadores.

Por consiguiente, hacemos un llamado a las organizaciones sindicales, políticas y sociales, a defender activamente estos derechos; así como a exigir al Estado que reafirme e implemente los postulados de la Carta de Derechos Plenos de los Trabajadores Indocumentados tal como fueron aprobados en la conferencia del mismo nombre realizada en marzo de 1980 en la Cd. de México.

Javier Molina



AUN ESTAS A TIEMPO...

...SUSCRIBETE



iccionario
británico del
zoocialismo

A

Ajusco: antiguo pulmón verde de la Ciudad de México. Hoy es otro más de sus riñones.

Autocrítica: después de los hechos consumados, cualquier tonto es sabio.

B

Basurero: últimamente en las asambleas de la Facultad de Ciencias, la Normal Superior, Chapingo y otras escuelas se acostumbra condenar a tanta gente al “basurero de la historia”, que pronto tendrán que mandar a toda la historia al basurero.

Blanco Moheno, Roberto: un escritor más talentoso que él tendría aún un talento escaso.

Burgoa: última contratación exitosa del Circo Atayde.

Burocracia: en la carrera burocrática gana el que corre más despacio; aquél que llega al último a la meta cuando todos los demás ya se han cansado, aburrido o, en el peor de los casos, yacen bajo tierra.

C

Canal 13: antena paranoica situada a las faldas del Ajusco.

Cañonazo: si el general Obregón viviera seguramente tendría algunos problemas con el "parque", pues los "cañonazos" de hoy en día no bajan de sesenta millones de pesos.

Centenario: de Marx: a) velada literaria musical celebrada en recinto porfiriano entre el art-deco y el nacdco, amenizada por el POS; b) la academia asediada por el reventón.

Cruz, Sor Juana Inés de la: poetisa que pasará al anonimato en el presente sexenio.

D

Desilusión: cuentan que Lenin resucitó durante una hora, y al ver el panorama de su querida Unión Soviética sólo pudo decir: ¡Proletarios del mundo, perdónenme!

Derecha: en las últimas elecciones francesas la derecha combatió al gobierno de Mitterand con la siguiente consigna: "para hacer una política de derecha más vale que la hagamos nosotros, pero bien".

Discreción: hay quien compara al sistema político formal de México con el de la URSS. Habría que decir que el

primero es más *discreto*: aquí se erigió un mausoleo a un "brazo" (el de Obregón), allá todo un hombre (Lenin) fue instalado en un mausoleo.

Disidencia: en México se suma, en el Cono Sur la restan.



Embarazo: ante el embarazo de su deuda, el estado mexicano debería iniciar una lucha en la comunidad de naciones por la legalización del aborto.

Escándalo: por ejemplo cuando Vallejo atribuyó maliciosamente a algunos miembros del Comité Nacional del PMT vicios que no tuvieron la oportunidad ni la tentación de practicar.

Eta: letra separatista del alfabeto griego.



Fama: dormirse en los laureles es como una excursión en la nieve: el que se duerme no despierta más.

Fatalismo: una idea fructífera degenera irremediablemente en una pseudo-idea, en una creencia, en una fe. Sólo una idea estéril preserva su status de idea.

Flores Tapia, Oscar: moraleja de una *Infamia Política*: el que corrompe al último se corrompe mejor.



Ganga: materia de deshecho que atrae a los ilusos por su

carácter aparentemente apreciable y su engañoso bajo costo. Por ejemplo, la reforma política fue una ganga.

Gasto público: según Friedman es como el alcohol: dosis pequeñas hacen bien, dosis exageradas hacen mal; al principio, quitárselo de encima provoca serios malestares, después se siente uno bien. Según esta definición, para Salinas de Gortari los mexicanos son un pueblo de dipsómanos incurables y para Carlos Tello no alcanza ni para la primera tanda.

H

Hernández, Amalia: prominente mexicana que logró transformar la danza del venado en "The Dance of the Bambi".

Hernández, Héctor: antiguo centro delantero del Guadalajara.

Humorismo: el humor no es un estado de ánimo, sino una visión del mundo. Y por ello cuando se dice que la izquierda mexicana es solemne y carente de humor, esto no quiere decir que no se esté de buen humor, sino algo mucho más profundo e importante.

I

Inflación, La: cantina situada en la colonia Guerrero. El que entra en ella, difícilmente sale bien parado.

Intelectual: dicese del que piensa tanto que no hace nada. Para los políticos, intruso indeseado del que sólo se requiere el renombre y los servicios. Para los burgueses, respetado bufón que ameniza veladas. Para los obreros, extraño individuo que incluso ha llegado a decirles que es el "portador de la ciencia".

J

Joto: masculino de j.

L

LadRAR: un perro salió de la URSS hacia Finlandia. En la frontera, los guardias finlandeses le preguntaron los motivos de su salida:

— ¿Acaso no te dan de comer?—

El perro contestó que en la URSS la Constitución Socialista se cumplía al pie de la letra: cada perro recibía diariamente un kilo de carne.

— ¿Acaso no te sacan a pasear?—

A lo cual respondió que, como estaba establecido en las leyes, cada amo sacaba a pasear puntualmente a su perro una hora por la mañana.

— ¿Acaso no tienes dónde dormir?—

Jamás me ha faltado techo, respondió el perro.

— Entonces, ¿qué diablos haces aquí?— preguntaron los guardias.

— Es que no me dejan ser perro, no me dejan ladRAR.—

Ladrón: estado mexicano: ladrón de tumbas célebres que despoja de gusanos los sepulcros. En ello se parece a la hiena, el zopilote, las hormigas y otros animalitos que preservan el ciclo vital de la naturaleza. Provee en forma de mito a los políticos jóvenes lo que los políticos viejos han provisto al enterrador.

Locura: el mausoleo fue la primera y la más divertida locura de los soviéticos.

M

Marx, Carlos: una enorme cumbre que se convirtió, con el paso del tiempo, en un altiplano más enorme aún.

Marxismo mexicano: quien no tiene una tradición y quisiera tenerla, es como un enamorado infeliz.

Mestizo: hijo de dos razas que se avergüenza de ambas.

Michelena, Margarita: seguramente piensa con la pluma, pues su cabeza no sabe con frecuencia lo que su mano escribe.

N

Narcótico: algunos marxistas sostienen que la religión es el opio de los pueblos: a) no se sabe si por los placenteros efectos que produce o por las fantásticas alusionaciones que provoca; b) ¿Cuál será su LSD?

Ninfomaniaco: gobierno que persigue a los “ninfos”.

O

Onán: rey de los intelectuales en México.

Onanista: el que milita en un partido de izquierda para “hacer política”.

Optimista: el que cree que la guerra atómica sólo afectaría al hemisferio norte.

P

Polaca: a) esposa de Walesa; b) séptima sinfonía de Brahms; c) primera sinfonía de Zabludovsky.

Polémica: en México: uno arroja una pelota, el otro no sabe si devolverla, arrojarla a un tercero, dejarla caer, recogerla y metérsela en el bolsillo. La mayoría de las veces todos prefieren tragarse la pelota.

POS: pos. . . : ala derechista de la Liga 23 de Septiembre.

Q

Q, don: Quetzalcóatl de Caparroso.

R

Reforma política: magnanimidad del Estado para con aquellos delincuentes a los que costaría demasiado castigar.

Reyes, Alfonso: a) "El Maestro"; b) fundador de la versión cultural de "El Padrino"; c) templo que sirve de contorno a las pasiones sin mezclarse en ellas.

Reyes Heróles, Jesús: anciano caballero, poderoso y calvo, que ha aprendido a sonreír mientras su conciencia le roba el sueño.

S

Sócrates: "Sólo sé que no sé nada". Buena rima Sócrates, buena rima.

Sui(z)idio: vivir en Suiza.

T

Tentación: una diferencia entre un hombre de ideas y uno de ocurrencias estriba en que éste cede a cualquier tentación, mientras que el primero les hace frente.

Teóricos: seres que preguntan continuamente: "¿por qué?"; son como los turistas que, con la Guía en la mano, leen la historia del edificio que tienen enfrente y ello mismo les impide verlo.

Toledano, Lombardo: bajó frecuentemente de las frías cumbres de la prudencia a los valles verdes de la colaboración.

Tortugas rojas: equipo de administradores de una universidad de izquierda.

U

Utopía: a) para Saint-Simon, reino donde la convivencia armónica se debe al trabajo y a la disciplina; b) para Fourier, estado social perfecto logrado gracias al amor y el cumplimiento de las normas de conducta; c) para los mexicanos, reino imaginario donde cada hombre tiene veinte casas chicas, nadie trabaja y cada quien puede violar las normas cincuenta veces al día; las mexicanas, por supuesto, tienen otra idea del asunto.

Urna: caja de cartón que en cada elección protege las boletas del PRI de las inclemencias del tiempo.



Vallejo: sexonerado.

Virtudes: a) públicas: las de Heberto que lanza figuras al estrellato con más frecuencia y éxito que la Metro-Golden-Meyer; b) privadas: se desconocen.



Yoyo: funciona como la política mexicana. Todo se basa en la capacidad, la eficacia y el tino del dedazo.



Zoocialismo: una de sus múltiples versiones comienza en "Reino Aventura" y acaba en "El Valle de los Dinosaurios".



Solicitamos a todos aquellos interesados en contribuir a la elaboración del Diccionario Británico del Zoocialismo, sometido a la aprobación de la Real Academia de las malas y las buenas Lenguas de la Izquierda Mexicana, que envíen sus propuestas a la redacción de *El Buscón*.

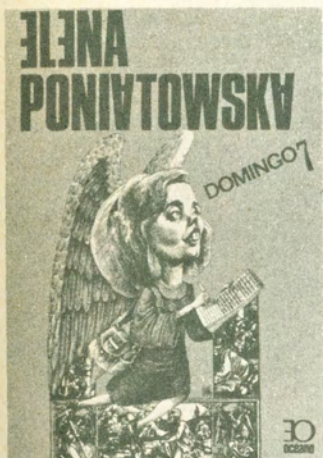


**Deslíndate
con**

DES LIN DE

**Revista de la
Facultad de
Filosofía
y Letras
de la
Universidad
Autónoma
de Nuevo
León**

OE océano



En *Domingo 7* Elena Poniatowska, autora de "*La Noche de Tlatelolco*", "*Hasta no verte Jesús mío*" y *Fuerte es el silencio*" dialoga con los 7 candidatos a la presidencia en una de las instancias más importantes de la política mexicana: el sistema que lleva a las elecciones del primer domingo de julio de 1982. De allí el título de "*Domingo 7*".

Contar la historia de la banca privada mexicana, es pasar revista al proceso de acumulación de privilegios y de prebendas que desde su nacimiento la colmó el gobierno mexicano.



De venta en sus librerías y autoservicios
BUSQUE OCEANO

Mexico 1984

5 de junio de 1984. México, D.F.- No me cabe duda ya de que pitonisos como Orwell o Huxley padecían de un optimismo incurable. Después de todo, los mundos que ellos describían gozaban de orden; las actividades eran planificadas y sistematizadas y la gente comía. Contrastemos sus visiones con lo que hoy pasa en tierra azteca. Veamos algunas de las noticias de este día:

“México, 4 de junio.- Dado que en nuestro país prácticamente han desaparecido el dinero y los capitales, algunos funcionarios corruptos e inmorales han empezado a hurtar objetos materiales de gran valor (monetarios y simbólicos). Se sospecha sean funcionarios del anterior régimen, tal como lo ha denunciado la audaz periodista Margarita Michelena. Ejemplos de ellos: la semana pasada desapareció el Ángel de la Independencia. Al día, siguiente, ya no se encontraba la estatua de Tláloc en el Paseo de la Reforma. Ayer desaparecieron todas las águilas que se hallaban en las banderas nacionales, quedando sólo las serpientes. Hoy, a temprana hora de la madrugada las personas que circulaban por el Zócalo de la ciudad de México se sorprendieron al ver que ya no estaba presente el Palacio Nacional. Expertos policías con perros amaestrados buscan el Palacio extraviado, y se ruega la ayuda de la ciudadanía en esta tarea”.

“México, 4 de junio.- El Secretario de Hacienda, así como el Sr. de Programación y el Sr. Director del Banco de México, Sr. Luis Pazos, han logrado el otorgamiento de un gran préstamo de la banca internacional, consistente en millones de... animales: gacelas, rinocerontes, hipopótamos, jirafas, etc. Con estos ejemplos de la zoología mundial pululando por todos los rincones de México, los trabajadores del país se dedicarán a la caza y a la pesca con objeto de atender a su subsistencia, y así dejarán de asumir actitudes antipatriotas como las de pedir aumentos de salarios, no dejar de comer (¿acaso no se han dado cuenta del sabotaje que sufrió el SAM por parte de las ideas exóticas?), querer vestir, etc.”

“México, 4 de junio.- Dado que los científicos sociales no han demostrado capacidad para diagnosticar los problemas sociales y proponer soluciones, se suprimen todas las dependencias donde estos especialistas laboran, así como los centros donde se forman. Previendo esta situación, ya algunos destacados intelectuales del ramo habían cambiado el carácter de sus actividades; así, Enrique

Mexico 1984

5 de junio de 1984. México, D.F.- No me cabe duda ya de que pitonisos como Orwell o Huxley padecían de un optimismo incurable. Después de todo, los mundos que ellos describían gozaban de orden; las actividades eran planificadas y sistematizadas y la gente comía. Contrastemos sus visiones con lo que hoy pasa en tierra azteca. Veamos algunas de las noticias de este día:

"México, 4 de junio.- Dado que en nuestro país prácticamente han desaparecido el dinero y los capitales, algunos funcionarios corruptos e inmorales han empezado a hurtar objetos materiales de gran valor (monetarios y simbólicos). Se sospecha sean funcionarios del anterior régimen, tal como lo ha denunciado la audaz periodista Margarita Michelena. Ejemplos de ellos: la semana pasada desapareció el Ángel de la Independencia. Al día, siguiente, ya no se encontraba la estatua de Tláloc en el Paseo de la Reforma. Ayer desaparecieron todas las águilas que se hallaban en las banderas nacionales, quedando sólo las serpientes. Hoy, a temprana hora de la madrugada las personas que circulaban por el Zócalo de la ciudad de México se sorprendieron al ver que ya no estaba presente el Palacio Nacional. Expertos policías con perros amaestrados buscan el Palacio extraviado, y se ruega la ayuda de la ciudadanía en esta tarea".

"México, 4 de junio.- El Secretario de Hacienda, así como el Sr. de Programación y el Sr. Director del Banco de México, Sr. Luis Pazos, han logrado el otorgamiento de un gran préstamo de la banca internacional, consistente en millones de... animales: gacelas, rinocerontes, hipopótamos, jirafas, etc. Con estos ejemplos de la zoología mundial pululando por todos los rincones de México, los trabajadores del país se dedicarán a la caza y a la pesca con objeto de atender a su subsistencia, y así dejarán de asumir actitudes antipatriotas como las de pedir aumentos de salarios, no dejar de comer (¿acaso no se han dado cuenta del sabotaje que sufrió el SAM por parte de las ideas exóticas?), querer vestir, etc."

"México, 4 de junio.- Dado que los científicos sociales no han demostrado capacidad para diagnosticar los problemas sociales y proponer soluciones, se suprimen todas las dependencias donde estos especialistas laboran, así como los centros donde se forman. Previendo esta situación, ya algunos destacados intelectuales del ramo habían cambiado el carácter de sus actividades; así; Enrique

En torno a las alternativas políticas en Chile

Respuesta a
Alejandro Rojas

PAR

En el número de enero-febrero del *Buscón* apareció una carta intitulada: *En torno a las alternativas políticas en Chile*, donde Alejandro Rojas explica los motivos de su renuncia individual al Partido Comunista de Chile. Renuncia que, por lo demás, él mismo hubiera "preferido no escribir" y "continuar en (su) situación de alejamiento silencioso" de las filas del partido. Infortunio: el silencio de AR no se rompió gracias al interés de emprender el debate entre los militantes del partido, que seguramente lo hubiéramos seguido y enriquecido en mil formas, sino debido a una estúpida y maniquea noticia aparecida en *El Mercurio*. Digo "infortunio" porque el silencio empobrece la vida democrática de la izquierda, da pie a que periódicos como *El Mercurio* organicen escandalitos espurios y genera un clima que no sólo desemboca en el ostracismo, sino en la creciente

imposibilidad de establecer un diálogo creativo y fecundo. El silencio es otro signo de las grandes insuficiencias de nuestra vocación democrática. Los miembros del PCCH (y hablo por los compañeros que me rodean cotidianamente, pero no creo equivocarme si generalizo) hemos estado y estamos dispuestos a *discutir* y *dialogar* sobre *toda* alternativa política democrática al régimen fascista. Así lo hemos demostrado una y otra vez en todos los foros de la vida política nacional y del exilio. Seguramente el PCCH merece muchas críticas, pero el silencio de sus integrantes no lo merece ni el PCCH ni ninguna organización de la izquierda chilena. Sólo el autoritarismo, que tanto critica AR en su carta, puede estar interesado en el silencio.

Afortunadamente el silencio se ha roto. Y para contribuir a que no vuelva al ostracismo, quisiera abusar de la generosi-

CORREO AEREO

AIR MAIL

Abramos las ventanas

Correspondencia de

AIR-MA

EL BUSCÓN

dad del *Buscón* y exponer algunas reflexiones sobre la carta de AR.

1) AR ve en la idea (y por lo visto en la práctica también) del “partido de vanguardia” una forma política que es “difícilmente compatible” con “el pluralismo y la diversidad”, que son “deseables en un régimen político democrático de vocación socialista”. El PCCH sería, según Rojas, un ejemplo de un “partido de vanguardia”: un “agente portador de una conciencia revolucionaria pura incontaminada, liberada, y destinada a ser introducida —importada debería decir— a las masas, cuyos intereses objetivos serían cautelados y conocidos por el partido con el auxilio de un conocimiento científico de la realidad”. Además esta “concepción que atribuye al marxismo-leninismo las virtudes de una cientificidad absoluta y que sería garantizada por los dirigentes del par-

tido... es... de marcado carácter autoritario”.

Veamos qué tanto se ajusta esta definición al PCCH.

En la historia del movimiento obrero el problema de “introducir” una conciencia revolucionaria a la clase obrera por un grupo de intelectuales se presenta, de una u otra manera, cuando el sector fundamental de esta clase no ha sido ganado por las prácticas del socialismo. No es casual que la idea de la “exterioridad de la conciencia revolucionaria” haya surgido en un momento donde la Socialdemocracia Alemana —sobre todo a través de Kautski— y la Socialdemocracia Rusa —sobre todo a través de Lenin— eran aún fuerzas marginales en sus respectivas sociedades. Una vez que las corrientes socialistas han logrado articular su hegemonía en la clase obrera el problema cambia radicalmente: el socialismo se vuelve parte de la vida

CORREO AEREO

PAR AVION

cotidiana del movimiento obrero y forma elemental de su existencia organizada.

Sólo los que gravitan en su exterior pueden ver en el problema de la “introducción de la conciencia revolucionaria” en la clase obrera un problema pertinente. Para los partidos que se hayan arraigado en la vida cotidiana del movimiento obrero, como el PCCH por ejemplo, los problemas son otros: ¿cómo puede la clase obrera crear un bloque de fuerzas socialistas que posibiliten encontrar una alternativa al sistema?, ¿cuál es la vía de la transformación del sistema?, ¿cuál es el programa de esta alternativa?, etcétera. Es decir problemas cuyo punto de partida es el hecho de que la mayor parte de la clase obrera chilena se ha transformado en una clase con potencialidades revolucionarias. El PCCH jamás ha sido un “agente” externo a la clase obrera chilena, que se vea en la necesidad de “importarle su conciencia”. Por el contrario, ha sido y es una de sus partes integrantes fundamentales. Ha crecido junto con (y en) ella; ha sido sellado definitivamente por su historia y ha contribuido a sellar su historia democrática y socialista. Y el “marxismo-leninismo”, que Rojas despacha tan ligera, tranquila y superficialmente como una ideología “autoritaria”, ha jugado un papel determinante

en la constitución de una clase obrera, cuya vocación democrática ha quedado demostrada una y mil veces.

Lo que en el PCCH se define como “marxismo-leninismo” no es un conjunto de ideas emanadas de las cabecitas de algunos dirigentes, que son “cauteladas” a diestra y siniestra bajo el prurito de la “cientificidad absoluta”, sino que es un patrimonio teórico —que pertenece al conjunto de la izquierda chilena— surgido de un largo y difícil diálogo entre el partido y la sociedad chilena. Hecho que se expresa, a mi parecer, en el carácter arraigadamente nacional de la política del partido.

Hay en la carta de AR un incomprensible olvido de este carácter. ¿O acaso la definición de las ideas y las prácticas predominantes en el PCCH como “difícilmente compatibles” con “el pluralismo y la diversidad” de un “régimen político democrático de vocación socialista” no es un “olvido” —en el mejor de los casos— de los últimos veinte años de la política de nuestro partido? No se lo necesita recordar a Rojas, él lo sabe muy bien: *todos, absolutamente todos* los esfuerzos desarrollados en la política, en la teoría y en la organización por el PCCH hasta la derrota de la Unidad Popular han estado marcados profundamente por uno de los intentos más originales de la historia del movi-

miento obrero: la búsqueda *precisamente* de un régimen socialista que preserve y enriquezca las mejores tradiciones democráticas (y particularmente las democrático-burguesas) de la sociedad chilena. Desde el respeto *práctico* a las instituciones parlamentarias, pasando por una política de alianzas totalmente alejada de sectarismos, iluminismos y dogmatismos, hasta el respeto a la autonomía del movimiento de masas, la historia del "marxismo-leninismo" del PCCH está permeada y constituida por un esfuerzo visiblemente opuesto al "autoritarismo" y el "iluminismo" que Rojas se esfuerza inútilmente en demostrar. En último caso, al PCCH se le ha criticado de lo contrario: querer poner en práctica un socialismo profundamente democrático ahí donde parecía imposible.

Creo, con Rojas, que un pequeño grupo de hombres que se autonombran "portadores

de la *con-ciencia* revolucionaria" y quieren imponer su voluntad al conjunto de la sociedad es sin duda un germen de autoritarismo. Irónicamente, Marx criticó por ello a los blanquistas en la década de los 50 del siglo pasado. No creo, sinceramente, que sea el caso del PCCH.

2) Más adelante, en su carta, AR señala las limitaciones de las fuerzas socialistas que buscan una alternativa al Chile de hoy. El problema central —"la base"— de esta alternativa consistiría, según AR, en formular las características y la fisonomía de una "izquierda renovadora" que luche bajo "la simple convicción de que el resultado del consenso mayoritario del consenso mayoritario de los chilenos". Para ello (o por ello) la "izquierda renovadora"... "no quiere ser ni reformista ni revolucionaria, sino fuerza transformadora a la vez que constructora de socie-

dad civil” y “efectúa toda su teorización —aún incipiente— a partir de la valorización de la democracia política entendida no sólo como arena útil para la acumulación de fuerzas sino como valor intrínseco”. El nombre de esta izquierda: “renovadora”, se debe también, y parece que fundamentalmente, a que ni el PCCH, ni la socialdemocracia (en Chile tiene su nombre propio) ni la democracia cristiana “cuentan”, para Rojas, con “la visión del mundo y la perspectiva teórica” desde la cual es posible “construir la sociedad democrática” —a la que él “aspira”.

¿Cuáles son los posibles significados de esta propuesta a la luz de la realidad chilena actual?

La definición de la proyección revolucionaria de una

fuerza social en un momento dado de la historia es, sin duda, un asunto complicado. En el lapso en que una revolución se está decidiendo, las fuerzas que se aprestan a darle una u otra solución se polarizan y sus proyectos se hacen más transparentes. En una situación no revolucionaria la definición de las fuerzas que luchan por avanzar hacia la revolución pasa frecuentemente por encima de su polarización. Quisiera mencionar algunos ejemplos. En la Comuna de París, blanquistas y prouhonianos no representaban el mismo proyecto social: los primeros aspiraban a una profunda revolución, los segundos a una profunda reforma. Lo mismo se podría decir de los bolcheviques y los mencheviques en 1917; o de los espartaquistas y

“Mucho de lo que he escrito se ordena bajo el signo de la excentricidad, puesto que entre vivir y escribir nunca admití una clara diferencia”.



DESHO
el último libro de
JULIO CO

la Socialdemocracia en Berlín en 1918; o también de los Consejos Obreros y el Partido Socialista Italiano frente al levantamiento de Turín. En las revoluciones que conocemos, la disyuntiva: ¿reforma o revolución?, ha culminado incluso en confrontaciones armadas. Aun en las revoluciones burguesas se presenta esta polarización. ¿O acaso el proyecto de los jacobinos podía ser el mismo que el del Directorio del Termidor en la revolución francesa? Y ni hablar de la confrontación entre zapatistas y carrancistas en la revolución mexicana. En realidad, durante las revoluciones las fuerzas de la reforma se transforman frecuentemente en fuerzas de la contrarrevolución violenta. Sólo quisiera recordar el papel jugado por la democracia-cristiana chilena

en 1973. No creo que baste con la buena voluntad de Alejandro Rojas para acabar con esta polarización tan recurrente en la historia.

En las situaciones no revolucionarias el problema es distinto. Parece que aquí la definición central pasa por la actitud ante la democracia (por lo menos en los estados modernos): ¿contribuye un partido a que la democracia política sea estructurada por las fuerzas sociales de la revolución o a que sea dosificada "desde arriba" por las fuerzas de la reforma? Frecuentemente ambas coinciden en la necesidad de luchar por la democracia política. Pero el problema reside en cómo interviene el movimiento popular en esta lucha: ¿se apropia o no se apropia de sus conquistas?, ¿se unifica o se divide



ORAS
de cuentos de
ORTAZAR



JEVA IMAGEN
20 D.F. TEL. 680 2988

en torno a ellas? El mismo Rojas nos ofrece una clave para realizar esta distinción. A su "izquierda renovadora" le basta con ser "transformadora y constructora de sociedad civil". Una fuerza revolucionaria pensaría más en la absorción de la sociedad política por la sociedad civil. En un lenguaje menos críptico: pensaría en las formas en que las organizaciones y las instituciones de la sociedad pueden reestructurar, disolviéndola, la armazón estatal acudiendo a todas las formas de lucha. Una fuerza revolucionaria quiere ligar sus objetivos estratégicos (transformar el carácter del Estado) con sus tareas elementales (construir sociedad civil); para las fuerzas de la reforma, los objetivos estratégicos son como las manzanas en el árbol: madurarán y caerán algún día por sí solas. Las primeras piensan desde la perspectiva de la transformación del carácter global del Estado, las segundas tan sólo en la democracia política.

tinadas en la antigua UP no han luchado denodadamente por la "construcción de la sociedad civil" en Chile? ¿O no han sido ellas principales portadoras de un "socialismo construido sobre el consenso", como quiere Rojas, y no sobre las armas? ¿No fue también por ello que las derrotaron? ¿Por qué entonces una "izquierda

renovadora", cuyo carácter renovador no es más que una enumeración de las tradiciones más consecuentes del socialismo chileno? Y más aún: una izquierda que no puede ser ni la comunista ni la "socialdemócrata", ¿y la del MAPU?, ¿y la Radical, ¿y la IC? ¿Acaso ellas concretan este proyecto? ¿O será este un socialismo tan "renovado" que tal vez no irrite a la democracia-cristiana?

Seguramente el mismo Rojas lo podría explicar mejor.

3) Por lo visto, los comunistas tenemos aspiraciones menos "innovadoras" que las de Alejandro Rojas. Para nosotros el socialismo en Chile será el resultado del *movimiento real* por el socialismo en Chile. Y en él se encuentran inscritas las fuerzas de la UP, el movimiento popular que apoya a la DC, el MIR, otras nuevas que han surgido en estos últimos diez años y, seguramente, las propuestas de Alejandro Rojas. No nos colocamos por encima de "socialdemócratas" o de las fuerzas populares de la DC; por el contrario estimamos el aporte que cada una de estas fuerzas puede dar al socialismo chileno. Colocarse en el altar del *movimiento real* corresponde a los "portadores exclusivos de la conciencia revolucionaria" que Rojas se esmera en criticar.

Manuel Hernández

Ediciones
PAPELES PRIVADOS

POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS

Enrique González Rojo

POEMAS SUELTOS

Jaime Sabines

LOS PARPADOS Y EL POLVO

Fayad Jamís

EXTRAÑOS

Guillermo Rousset Banda

DESTINO ARBITRARIO

Jaime Bañuelos

Próximos autores:

- César Moro
- Félix Grande
- Gilberto Meza
- Elva Macías
- Enrique Molina
- J. Gustavo Cobo Borda

De venta en:

Arreolarte, Río Guadalquivir, 75
Libros escogidos, Carpio, 115

Librería del palacio de Bellas Artes o en
Papeles Privados, Plaza Río de Janeiro,
56-302 Tel: 528.82.98

COCINA



ediciones
mimeográficas

cocina ediciones
mimeográficas
queretaro 185 = 6 ,Méx
ico 7, d. f.
gabriel macotela, yani
pecanins.

S115